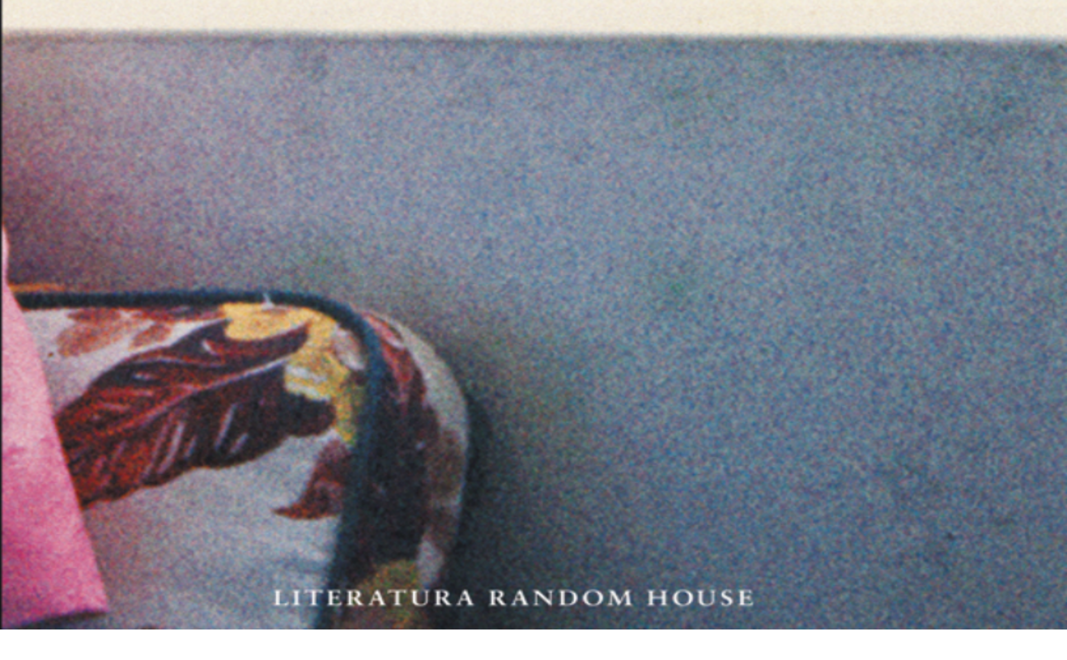
ROBERTO BRODSKY

Casa chilena



LITERATURA RANDOM HOUSE

Índice

A Samuel y Sara, que viajan juntos
A José y Cecilia

All is ripness.
Rey Lear
WS

Tienes once años, a lo más doce. Entiendes algunas cosas pero en verdad no sabes nada. No sabes, por ejemplo, por qué te alegra el primer día de clases, y el que sigue y el que sigue, hasta que luego el colegio te aburre. La disciplina aplasta tu entusiasmo, Pulveriza la euforia inicial. Te distraes con las motas de luz. Pierdes el foco con facilidad. Tampoco hay justificación para que huyas a esconderte como un animal apaleado. Sientes miedo y no lo sabes. Sólo entiendes que estás herido. Subes a tu pieza y te encierras, tendido a oscuras en la cama, dispuesto a negar todo vínculo con el mundo. Cierras los ojos y las cosas caen alrededor. Una por una, todas las cosas, desplomadas unas encima de las otras por la catástrofe con que premias tu retirada. Pero no son sólo ellas; también las escenas diurnas que no tienen nombre ni forma se vacían en una especie de vértigo que las sumerge en la confusión (los hermanos fuman junto al tanque de parafina en el garage, el perro mastica en un rincón las medias de la madre, las bicicletas corren hacia el fondo de la calle hasta llegar al pie del muro, la Piba se sube las faldas y permanece durante horas tendida boca abajo y luego algunos minutos boca arriba mientras el borde se desliza por la carne como un cierre que abriera sus muslos sobre las losas tibias del patio vecino).

Aprietas los puños y esperas un instante en plena oscuridad, maravillado y medio aturdido por el derrumbe de los objetos familiares. Una secuencia de sombras inunda el cuarto, que parece perder sus límites y derramarse como un cristal estallado en cámara lenta. Distingues hilos de luz, piedras, colores, sonidos de motor que llegan de la calle y mueren antes de alcanzar el muro, alertados del abrupto final sin salida. A veces un haz de luces cruza la ventana del cuarto y enseguida el motor se aleja de vuelta por donde ha venido, pasando el cambio de velocidad en dirección a la esquina de la plazoleta. Con el oído atento, adiestrado en el suspenso de esos detalles, descartas de inmediato el regreso de los padres con una punzada de dolor aún más aguda que la espera. En ocasiones como

éstas detestas equivocarte, y por esa misma razón mantienes el cuerpo tenso y la cabeza despejada, hasta que por fin el cielo y la tierra se alinean en un solo plano de escombros al interior del cuarto. El ritual exige resistencia de tu parte, y conservas tus expectativas a lo largo de un conteo irregular, poco ortodoxo, hasta llegar a diez, quince, cincuenta, llevado por el apuro de abrir los ojos y volver a encontrar en el mismo lugar, impertérrito y erguido, el fetiche que te sobrevive. El caballo de goma no tiene más de veinte centímetros de altura, pero descansa como una deidad antigua sobre la repisa del escritorio. La figurita completa tu falta de educación religiosa. Bajo la ventana que da hacia la calle, iluminada por las ampolletas del alumbrado público, la silueta toda blanca del amuleto flota en el aire mientras concentra tu ansiedad.

Entonces sobreviene el accidente que has preparado con minuciosa superstición durante esa rutina de sombras. Imaginas fierros retorcidos, vidrios rotos, escenas penosas. Un policía se para con aire de calamidad en el umbral de la puerta, obligado a dar la mala noticia en horas imposibles de la noche. ¿Son tus padres quienes mueren o eres tú quien los estrella en la esquina de la casa? Confundido, arrancado fuera de tu guarida por un tendencioso murmullo en el pecho, corres las sábanas y atraviesas el cuarto para ir a sentarte en las escaleras que conectan con el primer piso dibujando una espiral, y desde donde puedes fijar la vista en el pequeño pasillo de la entrada. Allí te quedas, inmóvil en lo alto de la escalera, rasguñando el paso de los minutos con preguntas difíciles que sólo se te ocurren como sucedáneos del abandono. ¿Cómo será no ser visto por nadie, como ahora que permaneces quieto y silencioso en lo alto de las escaleras? Puede que esto mismo sea lo que llaman morir. Pero el morir es una cosa y la muerte otra, y los distingues sin explicaciones porque la diferencia está en tu espera. Entre la muerte y el morir hay un espacio que te separa de los demás, mientras las preguntas oscilan en tu mente con torpeza y ansiedad. Si dejaras de existir ahora, ¿desaparecerían a su vez los otros? La falta de respuestas te distrae, te alivia. Te tocas la nariz, los párpados y la boca en busca de un espejo. ¿Qué es este cuerpo tuyo, Vivísimo en la oscuridad del pasillo donde nada ni nadie,

salvo tú mismo, percibe su animación? ¿Qué sería de ti si los padres no regresaran esta noche? Las preguntas se vuelven más complicadas según pasan los minutos y tus piernas se entumecen. La única vida que conoces está en tu cuerpo, sin tu cuerpo nada de lo que te rodea podría existir realmente. Ni siquiera el caballo de goma que te permite fijar la atención y distraerte del miedo que te penetra aunque ignores su significado. Y te ves de pronto divagando alrededor de un espíritu o un refugio hacia el cual te diriges y donde te estaría permitido descansar, cerrar los ojos al fin. Quizá allí yace la vida verdadera, y todo lo demás son retazos incoherentes de una realidad que te obliga a inmiscuirte e intervenir para considerarla propia (el olor penetrante de la parafina que inunda el garage donde fuman los hermanos, la baba del perro colgando translúcida entre los jirones de nailon repartidos en la cocina, el contorno húmedo de los muslos de la Piba que transpiran sobre las baldosas cuando ella se gira y el sol seca su huella, el chillido de los frenos y neumáticos que vienen saltando desde algún lugar de la ciudad, del otro lado de la plazoleta, como un aviso, una inminencia de que algo se rompe, y el hombre del saco al fondo de la calle, repasando el muro con las manos abiertas como si buscase un tesoro entre las vetas del cemento, alejándose luego con aire satisfecho en medio de la excitación de los niños que corren y se alborotan a su paso).

Las escenas te buscan en el desorden. ¿Son ciertas esas imágenes, o es el repliegue de las sombras en el cuarto quien las carga en tu mente? Acaso si no hubiera palabras o un lenguaje cualquiera para animarlas, todo sería espíritu y todo sería nada, ínfimas partículas de polvo en suspensión. Mientras uno sea, la vida sigue. Una vez muerto, se muere el mundo. Toda la vida que existe. Y si esto es así para ti, Tendrá que ser igual para los demás. ¿Cuántas veces muere entonces el mundo a cada segundo? Era para volverse loco.

Cierras los ojos y el piso comienza a desfondarse nuevamente bajo tus pies cuando oyes el motor acercarse y morder el pavimento con la determinación de una carta insinuada bajo la puerta. Lo identificas con facilidad por el radiador: un quejido suave, casi enfermizo, distinto de cualquier otro mecanismo de combustión que puedas

reconocer, reptando parsimonioso hacia el fondo de la calle hasta llegar junto al portón y girar las ruedas con los focos apuntados sobre la entrada de la casa. Un haz amarillento atraviesa en diagonal el vidrio junto a la puerta principal y tu corazón da un salto, un brinco alocado, fuera de todo cálculo. Puedes sentir cómo tu agradecimiento se abre, mudo sobre el vacío de las escaleras que bajan en remolino hacia el primer piso. ¡Finalmente! ¡Es lo que has estado deseando durante todas estas horas! Los padres vuelven a casa y con ellos la vida que tienes, la única que conoces. Es una bendición poder recogerse de nuevo en la certeza de, de … de qué exactamente no puedes decirlo, pero entiendes sin asomo de duda que las cosas vuelven a situarse donde solían estar cuando ellos te ven a ti y tú los ves a ellos. Sientes el cuerpo distendido, liberado de la terrible garra de la ansiedad. Te incorporas (no vaya a ser que te encuentren en lo alto de la escalera como un búho en la rama de la noche) y vuelves casi a la carrera hasta tu cuarto, saltas sobre la cama y arropas el cuerpo agradecido bajo las colchas. Antes de caer rendido tras el esfuerzo de imaginarte en un mundo remoto y olvidado, diriges un último vistazo al amuleto que continúa de pie en la sombra del escritorio. Dejas caer la cabeza, cierras los ojos. Simulas estar profundamente dormido cuando los padres asoman en la puerta de la pieza para cerciorarse de tu presencia. El fingimiento se vuelve real en el sueño que te acoge con un movimiento de mareas que van y vienen. Entonces, y sólo entonces, retrocedes y te dejas caer en la nada como si fuera tu elemento.

Sales, te mueves, dejas atrás. Pero no sabes bien por dónde empezar. Caminas. Hacia dónde. No importa; eso vendrá después. Ya verás según lo que encuentres. Paciencia. Estirar las piernas te ayuda a pensar, pero de memoria, sin objeto preciso. Lejos. ¿Estará bien dicho? De otro modo, mejor callar. Elimínalo. Una flecha circular. No, tampoco te convence, es demasiado; el origen no tolera esos brincos. Deja el lirismo para las despedidas. Lo tuyo es volver a volver. Caminas. Hacia dónde. No hay meta, pero sí estaciones que recorrer, paradas intermedias. Primero la casa. Sacar a los arrendatarios y recuperar la casa. Eso antes de cualquier otro plan. Luego vendrá la operación de venta: imprimir anuncios, buscar abogados, recibir ofertas, negociar condiciones, destacar los beneficios del paño. Convencerlos de todo lo que piensan. En tercer lugar, no tienes ni idea. Por ahora, estás acá. Finges que estás acá, aunque estés muy lejos. Dónde. Más cerca que nunca, en realidad. La distancia de los años favorece en esto la contigüidad de los espacios. El smog, eso sí, te irrita los ojos. Pleno invierno; a quién se le ocurre aterrizar en Santiago en estas fechas. Mejor sigue adelante, no pienses, comienza de nuevo. Muévete. Así, tal cual. Caminas de una esquina a otra por la avenida de la infancia. Irarrázaval sigue igual. Qué suerte. Nada ha cambiado demasiado. Te paras frente a un cruce de peatones. Miras. Hacia dónde. Cuidado. Tiemblas. Otra vez ese temblor en las piernas. Sientes el cuerpo insonorizado. La velocidad se apaga. No oyes nada. Las micros pasan a centímetros de tu nariz. La visión se nubla, se entorpece. Te zumba la cabeza. Prepárate. Vas a caer en cualquier instante. De frente contra una micro o desfondado, en cámara lenta. Una caída impasible, de actor paródico que nunca termina de caer y en algún momento incluso se rebela contra el destino ya escrito de su personaje, escupe al cielo y huye bajo la luz de los seguidores y la furia del público. Te preguntas por qué, desde cuándo. Tiemblas un poco. Cálmate, tranquilízate. No pienses en eso. Ya no pienses. Sigue caminando. Aquí la superficie es plana. Deslízate. Eso es. Sigue así.

Equilibra el cuerpo sobre el líquido denso y espumoso de los días. Las piernas firmes y las manos fuera de los bolsillos. Sin aspavientos. Recuérdalo: no has venido a vender; vienes a regalar.

Una empleada asoma desde la puerta principal. Sí, quién es, pregunta. Te anuncias a viva voz desde el portón de la calle. Transcurren unos minutos de consulta y al rato te hacen entrar. Has llegado a la hora de sobremesa para estar seguro de encontrarlos. Y así ocurre, tienes suerte: te esperan para que desesperes. Los saludos de rigor dan paso de inmediato a una discusión en la sala, junto a la mesa de centro. Cada uno ocupa un tiempo no previsto pero regulado por cierta decencia para exponer su punto de vista. Una vez entrado en materia, sin embargo, el diálogo se atropella. Un fuego cruzado te da la bienvenida cuando se te ocurre mencionar los plazos.

Tito no está dispuesto a irse. Eso se ve. Ella en cambio, Ingrid, se muestra más solícita, incluso con un deje de confidencialidad que llama la atención. Luego entiendes por qué. Ella ha tomado asiento en la sala dejando que la infusión de menta se enfríe sobre la mesa, mientras Tito permanece de pie y un poco aparte, los brazos cruzados sobre el pecho a la espera de una señal. Fuera, el perro ladra inquieto yendo y viniendo frente a la mampara que se abre sobre el patio. Tampoco él está contento de verte.

—Dile al Negro que se calle, por favor —Ingrid echa el cuerpo hacia atrás y el sofá chupa sus espaldas un poco demasiado anchas.

—Tú sabes cómo se pone cuando ve gente extraña —dice Tito.

Sonríes dejando pasar su comentario. Confrontarse y no llegar a ningún acuerdo es lo que busca. Te inclinas en cambio para recoger la taza de café en polvo sobre la mesa de centro. Sentado entre los dos, sobre una minúscula banqueta de palo con un cojín bajo las nalgas, tu posición dista de ser la que conviene al dueño de casa. Ingrid nota tu disgusto y pregunta si estás cómodo.

—No voy a quedarme mucho rato, gracias —dices.

Tito duda entonces entre salir a calmar al perro y clavar una última estaca para que no queden dudas. Se decide por lo último.

—¿Gloria no vino contigo?

—Tuvimos que dividirnos —dices—. Mucho trabajo.

—Eso no está bien. Después la pareja se resiente — dice Tito, y mira a Ingrid con una mueca.

—Es por poco tiempo.

—Puedes visitarnos cuando quieras, incluso quedarte unos días con nosotros en caso de apuro —Tito descruza los brazos como si bajara las defensas—. Ahora nos sobra espacio.

—¿Los niños no están?

Diriges la pregunta hacia Ingrid para dejar a Tito solo con su oferta. Ella niega con cierto pesar.

—Ya son grandes, tú sabes. Quieren vivir sus vidas.

—Claro —dices.

El perro Negro sigue ladrando y durante un momento es lo único que le da vida al cuadro que forman los tres en el interior de la sala, inmóviles como estatuas de una sola pieza pero esperando cosas distintas para hablar o acabar la reunión. Sin aviso, de pronto Tito da media vuelta y sale al patio llamando al perro por su nombre: Negro, Negro.

—Tienes que darnos un poco de respiro —dice Ingrid aprovechando que se han quedados solos—. Esto no ha sido fácil.

Esperas que agregue algo, sin saber a qué se refiere con exactitud. Ella endereza las espaldas y queda sentada sobre el borde del sofá.

—Tres años es mucho tiempo —se lamenta.

—Con un mes por año va a estar bien —dices—. Es lo que corresponde.

—Para mí sí, pero ya escuchaste a Tito.

—No puedo dejar que se queden sin un plazo.

—Esta ha sido nuestra casa —dice Ingrid—. Tito le tiene mucho cariño.

—Yo también.

—Sí, pero tú vas a vender y luego te vas a ir, o vas a comprar otra cosa o vas a hacer algún negocio. Nosotros no, aquí es donde hemos vivido.

—Si buscan, es seguro que encuentran algo mejor.

—Yo sí, pero él no.

—¿Se van a ir cada uno por su lado?

—Estamos separados —dice, y su voz baja medio tono—. Desde que se fueron los hijos.

—¿Y siguen viviendo juntos?

—Es un arreglo al que llegamos.

—Debe ser complicado.

—Nos entendemos, somos adultos.

—Pero entonces todo puede ser más sencillo —insinúas.

—O peor, quién sabe.

—Tómalo como una oportunidad.

—¿Para separarse?

—Para no estirar la cuerda.

—Es fácil decirlo, pero no funciona. Tú sabes cómo son estas crisis. Seguro que alguna vez te ha pasado, ¿no?

—La casa se vende, Ingrid —dices, cortando su desvío. Buscas ser íntimo y convincente a la vez—. Otra cosa son los problemas con Tito. Y si quieres un consejo, cuanto antes lo hagan, mejor.

—Hacer qué.

—Irse, y que cada uno haga su vida.

—Eso te conviene a ti.

—Nos conviene a todos —y te ofuscas ligeramente ante esa lógica de interés común a la que ella te obliga.

—Si nos quedamos un año más, como dice Tito, seguimos juntos —reflexiona Ingrid como si hablara a solas o fumara en el parque mientras pasea al perro, que para entonces ya ha dejado de ladrar y anda quién sabe dónde.

—Puede ser que él quiera eso, pero no es la mejor salida —alegas, ya perdido en su argumento.

—¿Quién te compra? —lanza ella de sopetón.

—Hay varios interesados.

—¿Una inmobiliaria?

—No una, más bien muchas.

—Qué suerte.

—Todavía no hemos cerrado nada, pero vamos por buen camino.

—¿Vamos? —dice, y hace una pausa. Su infusión y tu taza de café ya se han enfriado por completo—. ¿Quiere decir que vendes con más

gente?

Te incorporas, molesto. Das unos pasos y vuelves al mismo sitio de antes, pero te quedas de pie esta vez junto a la mesa de centro, con las manos juntas y los dedos enredados unos con otros para rogarle o evitarte las amenazas.

—Tú eres la arrendataria, ¿de acuerdo? —y ella dice sí, cabizbaja, mientras su melena color trigo, casi quemada por el sol, cae alrededor de sus pómulos y sobre la frente, ocultándola un instante—. Ahora bien, lo que yo haga o deje de hacer con la casa es asunto mío —agregas con rudeza—. Tienes varios meses de plazo...

—Seis, por lo menos —interrumpe.

—Según contrato, tendrían que ser tres.

—Tito dice que no, tiene un abogado que dice que podemos quedarnos hasta un año si queremos. Ni siquiera hay un corredor que nos haya pedido salir, o un documento legal que nos obligue. A lo más, tu correo electrónico y esta visita.

—Eso no es correcto, Ingrid.

—¿Alguna vez te fallé? —y te parece que ella se ablanda y busca una tregua o más tiempo para negociar con Tito—. En tres años nunca tuve un atraso en los pagos, y cuando lo hubo agregué un adicional o hice algún arreglo.

—Ese fue el trato. Fuiste tú quien pidió que no hubiera corredores ni oficinas de propiedad, porque tus dineros no llegaban en las fechas. ¿Te acuerdas?

—Somos amigos —dice—. Hemos hecho todo como amigos, y podemos seguir así.

—Es lo que estamos haciendo —dices—. Te estoy pidiendo la casa como amigo.

—Gloria no estaría de acuerdo.

—Estamos juntos en esto, te lo aseguro.

—Me gustaría hablarlo con ella.

—Busquen otro lugar, Ingrid. No quiero pelear.

—¿Viniste aquí sólo para decirme esto?

—Entre otras cosas, sí; y ojalá no me claves.

—Ten paciencia, ya. ¿Dónde estás viviendo? Quiero decir, acá en

Santiago.

—No muy lejos, en un departamento que alquilé.

—Bueno, anota mis datos y hablemos por la mensajería de texto.

—¿No puedo llamarte?

—Es mejor así. Tengo mala recepción. Además, Tito se pone nervioso.

No quisieras darle ninguna ventaja. Intuyes problemas con ese método indirecto que ha escogido para comunicarse, pero Ingrid no te deja alternativa e ingresas su número en el directorio de la aplicación. Te despides con la clara sensación de no haber logrado nada, o muy poco. Sólo lo que ella está dispuesta a cederte. Pero, ¿quién ofrece lo que no puede dar cuando se va?

Tiene una carrocería estupenda, comenta Milton diez minutos más tarde mientras suben los dos a su estudio para echar una mirada por la ventana del segundo piso. ¿La tiene? No estás seguro, pero una mano de pintura fresca realza la carcasa. Ingrid bordea los cuarenta y cinco y sus caderas se expanden hacia los lados a pesar de los jeans estrechos y el porte recto de las espaldas, que presumiblemente ha de sostener con sesiones de yoga día por medio. Su físico ha remontado el paso del tiempo y la crianza de los hijos con una dieta estricta que sin embargo deja intactas la flojedad de las carnes en otras zonas menos visibles, bajo los brazos y el cuello ligeramente abultado sobre los finos alambres que surcan su garganta.

Con Milton sentado a un lado, la ves pasar rápido de la habitación al baño y luego de vuelta, llevando de regreso al dormitorio algo que no logras distinguir. Una visión recta y sin obstáculos permite observar el movimiento del segundo piso en la casa vecina sin pasar por las excusas del pudor. Tan despejada y evidente resulta la intromisión.

—Ahí está el bribón —dice Milton, y ves a Tito subir las escaleras y alejarse hacia el interior del pasillo, de espaldas a la ventana—. No sé cómo esa mujer ha resistido tanto. Yo no podría vivir un minuto en la misma casa si llegara a separarme.

—Una pareja extendida —replicas, acomodándote en una silla de brazos apostada al pie de la ventana, ociosa entre el desorden de archivadores y cajas repartidas por el suelo—. Puede que ahora se entiendan mejor.

Milton se aparta y deja caer el cuerpo pesado y regordete sobre un pequeño sillón atrincado contra uno de los estantes. Malicioso, resopla y levanta la vista como si buscara aire con la cabeza fuera del agua.

—Pamplinas —dice—. La he estado observando bastante, y lo que te comentó de su separación es una verdad a medias. A ese huevito le echan sal en otra parte. En cuanto a él, es de esos tipos que un día cualquiera quedan cesantes y no se paran más, se les echa la yegua allí

donde los pilla la noche. Es como si hubiesen estado esperando ese momento para considerarse libres o inútiles. Fíjate que no sale nunca, a lo más saca al perro una vez a las quinientas cuando el rotweiller queda turnio de tanto ladrar.

—El amo se parece al perro...

—Ni lo digas, éste es de esos huevones raros que andan como pegados a la pared.

—O sea que me va a costar sacarlo.

—Posiblemente, pero te doy firmado una cosa: si ella se va, ese tipo se jodió. No va a tener dónde caerse muerto.

Oyes a Teresa llamar a Milton desde el primer piso. Tu vecino se incorpora. Antes de salir, Te dirige un gesto para que esperes allí. El estudio ocupa todo el espacio, con una media docena de estantes de distintos tamaños atiborrados de libros puestos en doble corrida, y un escritorio largo de pared a pared con diversas carpetas y papeles amontonados formando una irregular cadena montañosa que se mantiene en dudoso equilibrio sobre una base de vidrio. Pilas de periódicos y varias sillas repartidas sin orden le dan al sitio un aspecto de bufete o despacho privado donde se cierran negocios importantes y se juega al póker con los amigos. Has visitado anteriormente este lugar, en una de las tantas invitaciones cursadas por Milton cuando todavía vivías al lado, pero sólo ahora reparas en que también tú podrías haber sido objeto de observación desde una ventana a otra en una circunstancia lejana. ¿Habrá murmurado Milton algo parecido sobre ti lo mismo que ante la presencia de Tito? ¿Un desocupado profesor que aprovecha los restos de su talento dramático para ir de excursión por la memoria cuando se queda sin actores ni *troupe* que representen sus obras? ¿Un comediante, alguien que cambia de planes todos los días, a veces cada seis horas, y a cambio lleva de paseo al perro como máxima contribución al equilibrio familiar? Quién sabe si Milton ha visto demasiado o muy poco de ti, pero en cuanto a los arrendatarios, es claro que Ingrid se está quedando con todos los beneficios de la separación mientras Tito carga con los inconvenientes del matrimonio, seguramente a cambio de un trato económico favorable. Si esto es así, y parece indudable que lo sea, vas a tener que

sacarlo con grúa.

—Vamos a lo nuestro —dice Milton, jovial, entrando con una bandeja en vilo y de la cual sobresalen dos vasos, un jarro de vidrio con líquido hasta el tope y una pila de sobres, algunos de ellos con tarjetas de visita abrochadas con un clip encima. Deposita su carga sobre un revistero mientras toma asiento sin dejar de hablar—. Traje todas las ofertas de los últimos meses, incluso las que consideran un solo pulmón del paño, el tuyo o el mío. Eso lo hacen para reventar al otro, claro, pero yo ya les avisé que la idea es todo o nada, un precio único para los dos. Mira, revisa tú mismo.

Te inclinas sobre la correspondencia y vas leyendo una por una las hojas con membretes de fantasía —Inmobiliaria Azul, Torres y Asociados, Cordillera P&B Arquitectura, Inmobiliaria Pacífico—, algunas dirigidas a Milton, y otras, la mayoría, a los propietarios en general. Las ofertas oscilan en un rango demasiado amplio, impreciso, con precios que consideran sólo parte de los metros disponibles o bien incluyen sólo uno de los sitios, como advierte Milton. Ninguna de ellas se interesa por lo construido. Es evidente que demolerán una vez cerrada la compra. Enumeras hasta doce ofertas, una de ellas firmada por un particular, un tal Schmidt, el único que parece interesado en conservar una de las casas, y a quien habrá que descartar de inmediato. Todas llevan en sus membretes las direcciones y teléfonos para una respuesta con promesa de compra inmediata.

—Muy bien —levantas la cabeza, satisfecho—. No faltan interesados.

—Hay que proceder —dice Milton delatando cierto nerviosismo—. Qué te parece que deberíamos hacer.

—No sé, no tengo ninguna experiencia. Primera vez que hago esto.

—También yo, pero si estamos decididos, este es el momento.

—¿Ya convenciste a Teresa?

—Más bien al revés. Ella me convenció a mí, pero es lo que te dije por teléfono —y menea con desconsuelo la cabeza—. Con el dolor de nuestra alma. ¿Ustedes no?

—Sí, ya lo hablamos y estamos igual.

—Entonces cómo hacemos.

Haces el gesto de levantar los hombros, pero en rigor estrujas las espaldas y haces una mueca de labios y mejillas arrugadas. Luego miras el reloj: son pasadas las tres y media, y calculas que en la costa este ya deben haber vuelto de la hora de colación.

—¿Tienes conexión a internet?

Milton se incorpora y te invita a seguirlo hasta el escritorio. Toman asiento uno al lado del otro y él teclea sobre el computador hasta que en la pantalla aparece la nube de skype con los gráficos de contacto. Enseguida te hace un ademán para que tomes el control de la situación. Tecleas el número de Gloria, esperas menos de medio minuto ante el timbre de llamada y ella aparece en la pantalla. Parece contenta y ocupada.

—Hola —dice—. ¿En qué estás? ¿Cómo te han tratado?

—Bien, ya sabes cómo quieren en Chile al amigo cuando es forastero —recitas. Ella se ríe. Y teclea en el cuadro inferior: ja—ja.

—No te quejes —dice.

—Para nada… Hace un poco de frío, pero me acostumbro.

—¿Ya fuiste a ver la casa?

—En eso estoy.

—¿Y..?

—Vamos a ver.

—¿No puedes ser más específico?

—Bueno, en verdad ahora estoy con Milton en su estudio, y nos preguntábamos qué camino tomar para llegar a Roma.

—Hola —dice Milton, interponiéndose con cierta picardía para que la cámara capture su presencia.

—Milton, ¡hola!, qué bien te ves, qué guapo, cómo están por allá — suelta ella.

—Todo bien, querida, ¿y tú?

—Esperando tus noticias —dice—. Perdona que haya desviado la correspondencia a tu dirección, pero no había forma.

—Un placer, no te preocupes —dice Milton—. Justamente, por eso llamábamos.

—Estábamos revisando las ofertas —te apuras y te interpones, atropellando a Milton sin ninguna consideración, y las voces se

confunden en medio de un sonido de chicharra que monta las frases unas sobre otras a raíz de la interferencia.

—¿Qué?… ¿Cómo? No escucho bien —reclama ella, salpicando la conexión—. ¡Hablen de a uno!

Milton se vuelve y te hace un gesto perentorio, con las palmas abiertas queriendo decir algo así como obedezcamos, vamos por partes, tú primero y yo después. Asientes y corres el soporte de la pantalla para que los tres puedan seguir la llamada sin empujarse. Luego vas entregando detalles de lo que tienen entre manos y adviertes las dudas que surgen.

—¿Cúal es el precio máximo? —dice Gloria.

—¿Cómo?

—El precio —repite ella—. Lo máximo que ofrecen.

—¿Cuál de todos? —dices, sin captar de inmediato su intención, y miras a Milton por si tiene alguna respuesta en la cabeza.

—Treinta y cinco —dice Milton, que acecha el momento de intervenir y no duda un segundo—. El mejor ofrece treinta y cinco por metro cuadrado.

—Eso es mucho más de lo que ponían hace seis meses —se alegra ella—. Ya estamos casi arriba de la meta.

—Es lo que nos parece a nosotros también —retomas con aire de entenderlo todo aunque se te escapen las reales dimensiones del asunto. En verdad, desearías consensuar rápido un acuerdo con el mejor postor, invadido por la súbita idea de calamidad, de estar aventurándote en el riesgo más allá de toda prudencia, en circunstancias que lo mejor sería no dejar pasar esta oportunidad. Y agregas: —Deberíamos considerarlo.

—Vamos a licitar —la oyes replicar sin asomo de titubeo—. Vamos a poner la oferta máxima que ellos hacen como nuestro precio mínimo, y vamos a licitar: el que quiera subirse, que lo haga. Les escribimos de vuelta y les damos una semana de plazo para que lo piensen y hagan llegar sus ofertas.

—¿Dónde? —dice Milton con un salto de voz que parece temblar, y abre mucho los ojos mientras te mira, preso del desconcierto y cierto pavor en las órbitas que se le han puesto blancas como la nieve—.

¿Dónde lo vamos a hacer?

—En tu estudio —dice Gloria, con la evidencia al frente, y agita los dedos en la pantalla en señal de atención, diciendo allí, allí mismo donde ustedes están parados en este minuto—. Va a ser divertido ver cómo apuestan y se pelean el paño, cuando al principio lo que querían era que nos peleáramos nosotros.

—¿Y si ninguno se interesa? —preguntas, todavía incrédulo.

—Ya están interesados —dice ella, y hace un gesto característico, con la mano sosteniendo la cabeza y el codo apoyado sobre la mesa, dispuesta a explicar paso a paso su plan—. Les escribimos y les contamos a cada uno lo que decidimos, y sobre todo les contamos que estamos haciendo llegar la misma información a los demás, así también los demás saben que la licitación está abierta para todos, sin privilegios ni trampas. Eso nos asegura que empiecen a competir unos contra otros a partir de nuestro precio.

Oyes a Milton murmurar a tu lado: qué rápida, chucha que es rápida la comadre, atontado por la velocidad con que se multiplica el dinero al calor de esa propuesta del todo inesperada y generosa.

—Salvaje —dice, saliendo de su mutismo—. La idea es salvaje.

—Es sólo una idea —razona Gloria, tomando distancia, como si le interesara más la lógica de la negociación antes que los montos implicados—. Se trata de darle la vuelta al juego donde ellos nos metieron. Si nos invitan a vender, nosotros los invitamos a comprar. Así de simple.

—Y si se ponen de acuerdo entre ellos para no aceptar —se te ocurre decir.

—En ese caso no vendemos —contesta ella—. Son ellos los interesados en construir edificios y sacar dinero por metro cuadrado. ¿Qué apuro tenemos nosotros en echar abajo nuestras casas?

Durante un instante intercambias con Milton una expresión de completa perplejidad. Luego él se repone y vuelve a hablar. Lo oyes proponer plazos y avanzar detalles. Sí, despacharían a la brevedad una carta firmada a cada uno de los interesados para ser contestada en diez días a la dirección de Milton, donde se reunirían para abrir los sobres y estudiar las nuevas ofertas. La más convincente sería aquella

que no sujetara la compra a los sitios colindantes, además de ajustarse al mínimo exigido. De allí para arriba, apunta Gloria en la pantalla. Claro, de allí para arriba, remeda Milton. Te apartas del escritorio. Necesitas estirar las piernas, sacudir un poco la proposición antes de dar el sí y plegarte a ella, cauteloso como ante un anuncio de matrimonio que parece más bien encaminado hacia el divorcio, y luego te distraes revisando los libros y el orden de disposición de la biblioteca mientras ellos afinan el plan y Milton dice hay que ponerse las botas ya mismo, ahora sí que va a venir gente al baile. Sobre los estantes, observas que los volúmenes de historia, algunas biografías célebres y los libros de política obedecen a una cierta lógica por autor y país, pero luego el asunto se vuelve caótico con las dobles corridas que se acumulan entre los separadores. Milton va a tener mucho trabajo cuando desmonte la biblioteca. Llegas hasta la ventana intrusa del segundo piso que mira hacia el corredor de tu casa. No hay señales de Ingrid. Inclinas la vista en diagonal y divisas a Tito en el patio, fumando con el perro tendido al lado. El Negro mordisquea bichos con el hocico atento. Tito da unos pasos y te das cuenta de que habla a través de un teléfono pegado a la oreja. Quizá es cierto que la señal falla desde el interior de la casa, o puede que prefiera no ser escuchado en ese momento. Cabe también la posibilidad de que espíe una conversación de Ingrid mientras tú lo espías a su vez. ¿Estaría también ella observando tu posición, asomada por algún rincón invisible desde la ventana? Si ése fuera el caso, los tres deben formar un extraño dibujo. Como un *loop* indiscreto y promiscuo que rodara sobre los gastados resortes de la privacidad, prueba al canto de que esta ya no es ni de lejos la vieja calle de infancia ni el apacible barrio habitado por familias de la clase media. Las grúas cortan la vista hacia el norte, y en la misma esquina, frente a la plazoleta, dos camiones cementeros esperan descargar frente a un terreno cubierto con tablas, a la entrada de la obra que por ahora es sólo un enorme hoyo de tierra que cae en picada. Un letrero anuncia el proyecto en construcción, con departamentos de dos y tres habitaciones más bodega privada. Muy pronto los vecinos saldrán a disputarse los estacionamientos y habrá tacos desde la primera hora de la mañana. Cinco departamentos por

piso, con una altura de siete pisos y cada familia compuesta a razón de una pareja con dos hijos, eleva el número de residentes a más de un centenar donde antes vivían a lo más seis personas. Hay demasiada gente en todas partes, demasiados triángulos de miradas que se miran mirarse unos a otros como el que formas en este momento con Ingrid y Tito; demasiadas voces que hablan de espaldas y algo inclinados sobre sus aparatos inalámbricos buscando eludir o incluirse en la geometría de ese circuito cada vez más denso y expandido. Milton tiene razón; hay que darse prisa. En un sitio demográficamente expuesto, lo mejor es vender cuanto antes.

—Ruge el león —viene diciendo Milton, con la frase en la boca y los brazos abiertos en señal de admiración.

Con Gloria acaban de llegar al acuerdo de ejecutar el plan desde el día siguiente. Milton enviará la convocatoria de la licitación a las inmobiliarias. Parece más que satisfecho. Han fijado para un viernes a mediodía lo que él denomina "la ceremonia de apertura de sobres", de modo de resolver durante ese fin de semana. La decisión final llegará a los interesados el lunes siguiente. De allí pasaremos directo a la firma de las promesas, explica. Todas las propuestas deben ser enviadas a su dirección, y en ningún caso fuera de ese plazo. Nada debe ser dejado al azar. Se restrega las manos pensando en el día que abrirá los sobres. Es claro que disfruta de los procedimientos mucho más que de la fórmula que tú repites de memoria como un mantra para convencerte de la libertad que otorga: si ellos nos invitan a vender, nosotros los invitamos a comprar.

—Te acompaño —dice Milton caminando delante.

Convienen en reunirse el día de cierre de la licitación y caminan juntos hacia la salida. Sólo entonces él recuerda que Gloria ha colgado la llamada con un mensaje para ti: se conectará por internet en cualquier otro momento.

—Quiero casarme con tu mujer —dice Milton, serio y cortés cuando se despiden.

—Mi mujer electrónica —dices tú.

—Sí, tu e-mujer —se ríe él, y se apura en volver a la casa cuando oye a Teresa llamar desde la sala.

Tu calle no tiene salida, y te alejas de la casa por donde viniste. Alcanzas la esquina de la plazoleta y tuerces al sur, por detrás del antiguo cine Hollywood. De niño ibas allí a ver rotativos de vaqueros en una gran sala de dos niveles y hedionda a orines, pero ahora hay una tienda de ropa usada junto a una cadena de supermercados que da sobre Irarrázaval. Te gusta el barrio, los pasajes estrechos con casas de fachada continua que todavía siguen en pie. Bordeas la avenida principal por las calles interiores hasta llegar a Ricardo Lyon y luego a Pedro de Valdivia. Caminas sobre las veredas chuecas, jugando a no pisar las junturas de los pastelones. Llegas tan rápido a la infancia que prefieres mirar al frente. Cerca de allí todavía se conserva un centro comercial en forma de caracol que a fines de los años setenta fue considerado una novedad urbana, símbolo irreductible de la modernización económica de Ñuñoa. Con los años, el moderno caracol abandonó sus pretensiones y se deslizó sin reclamo hacia el destino agrícola de la comuna, que nunca dejó de ser una remota frontera de indios y flores. Hoy las vitrinas hospedan una oferta variopinta de servicios de fotocopias, recargas de teléfono, venta de boletos de lotería y canje de viejos álbumes coleccionables. La tarde ya se va cuando llegas a la esquina del caracol. Falta poco para que su frenesí diurno se traslade hacia la plaza del municipio, subiendo unas cuantas cuadras hacia el oriente. Repites mentalmente el mapa que has trazado. Necesitas estar seguro de las viejas diagonales para orientar tu recorrido: Plaza Ñuñoa, siguiendo por Irarrázaval pasado Suecia, y luego Holanda. Paladeas el nombre de esas calles en tu boca, como si llegaras por primera vez a conocerlas. En cierta forma, es lo que haces. Cerca de allí también están Chile-España y Miguel de Cervantes. Quien incrustó esos nombres en la geografía del barrio no previó el futuro desmañado que los esperaba, con su aspecto de provincia tullida, mal alimentada, invadida por tiendas de botones que crecen como hongos y peluquerías vacías al pie de enormes edificios comerciales en construcción, erguidos sobre un ir y venir de camiones

y palas mecánicas que transforman algunos tramos en cráteres de un bombardeo indiscriminado, entre islas de cemento y tierra removida para que sirvan de estacionamiento a los locales de billar o las salas de baile, todos montados unos sobre otros en un atiborrado conjunto de varios kilómetros de largo y enmarcado por anuncios y carteles publicitarios que con mayor o menor suerte le siguen la pista a los afanes de la avenida. Te paras en una esquina, junto al antiguo Teatro California que ahora es sitio municipal para actividades funcionarias. Has completado tu recorrido. El antiguo límite sur concentra toda la fealdad de la que es capaz una ciudad. Y sin embargo su tranquila derrota te atrae. No sabes precisar el motivo. Hay un símil entre la avenida flacuchenta y empeñosa con tu propio ruido de cadenas y la perpetua refundación del territorio consigo mismo. O es tu derrumbe el que habla cuando ves caer las casas en las calles interiores. Tomas asiento en el cafetín de la esquina del teatro y revisas las llamadas perdidas. Te avisan que C. sigue en la clínica donde fue internado de urgencia hace un par de semanas. Primero fue una caída tonta seguida de una complicación en el pecho, y de ahí vino una docena de exámenes con pronóstico reservado. Posiblemente deba operarse. Hay chances de visitarlo hoy a última hora, o mañana. Decides llevarle algún regalo, quizá un libro que no sea el tuyo. Caminas en busca del primer paradero de buses en dirección al centro, pero sigues de largo y extiendes el trayecto de oriente a poniente. La avenida, sucia y fea, mantiene su noble metáfora de negocio fallido conforme te acercas a Diez de Julio. No hay un solo hotel a lo largo de veinte cuadras, y sólo al llegar al sector menos encumbrado, sobre la esquina de Bustamante, surgen como espinas o fósforos encendidos en plena noche, junto a la estación del Metro, los anuncios de habitaciones por hora y algunos hoteles de sexo súbito. Por aquí entras y por allí sales. Finalmente decides tomar un autobús, pero en dirección opuesta a la que llevabas. Atisbas arriba y abajo la avenida. Examinas las huellas de tu infancia buscando en esas manchas la pieza que falta para completar el puzle.

Un hombre toca el acordeón parado en mitad del autobús de dos cuerpos y escasos pasajeros que avanza entre balanceos y porrazos. El músico, alto y delgado, mantiene las piernas separadas en forma de horquilla para conservar el equilibrio mientras pulsa las teclas. Del fuelle del instrumento nace una tonada campesina, mezcla de milonga con aires de tarantela. Al rato sube otro hombre con una tira de pequeños estuches colgando del brazo y ofrece lo que parece ser un set de cortauñas, peinetas y tijeras. Ahora los dos hombres disputan sin mirarse las monedas de la exigua clientela que viaja sentada y con la vista clavada en un punto distante fuera del autobús. El primero en bajar es el segundo en subir, mientras el acordeonista mantiene el tipo sin interrumpir la tonada. De forma por demás curiosa, éste no se muestra particularmente interesado en recibir dinero (no lleva gorro ni bolsa abrochada a la cintura con la cual recoger la propina). Como si los pasajeros fueran una audiencia de cartón, colocada allí para efectos puramente decorativos y sin relación con las intenciones del intérprete. Deberías poner en sus manos al menos las monedas que llevas en los bolsillos, pero algo intimidante en su postura te ataja. Quizás la cabeza inclinada sobre el instrumento te hace pensar en un verdadero *artista* de la calle y no en un ganapán de las micros, lo que te obliga a pensar no en una simple propina sino en una retribución más contundente, un verdadero *pago* que nivele la exhibición técnica, como ahora que ladea un oído atento a la sutil respiración del fuelle que se estira y encoge bajo la presión de los brazos. Decides no hacer nada. Tampoco deseas sacarlo del trance en que parece sumido y, cuando se acerca el momento de anunciar tu parada, pulsas el botón y esperas a que el autobús se detenga, de pie junto al músico que sostiene su concentración con la vista perdida y ciega en los compases del acordeón. La tonada es ahora infinitamente más triste que al comienzo. Como si se despidiera de un pasajero que con toda seguridad no volverá a ver. Tendrías que felicitarlo por la compañía, pero sorpresivamente es él quien se mete una mano al bolsillo y extrae

un calendario del tamaño de una tarjeta de visita que extiende hacia ti por si deseas recibirlo. Lo tomas y dices gracias. Guardas la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta, sin mirarla siquiera. Bajas del autobús sintiéndote ridículo y miserable.

Lo besas en la mejilla sin afeitar, áspera y greñuda. Un beso de hombre que se queda un instante con los labios pegados al sudor de la piel.

—No vayas a escribir esto —murmura C., apenas con un hilo de voz, y extiende el brazo a lo largo de la colcha con el catéter colgando de la vena.

Palmeas su cara para tranquilizarlo. No, por supuesto que no. Nada de eso. Últimamente, es lo que más oyes decir a tu alrededor. Y también con la mayor intensidad: que no escribas a las personas que están cerca tuyo, para bien o para mal. Eso siempre termina en algo peor. Lo que ves y escuchas no es para compartirlo, te dicen. Bajo ninguna forma de trasunto. Es posible que tengan razón. La realidad es mezquina y literal, no admite la elaboración de posibilidades extremas, igualmente plausibles pero imaginarias, y menos su exposición, por más que cada uno acaricie en sus peores sueños y mejores pesadillas la realización de esas mismas posibilidades mientras viva. En parte, de eso se trata vivir. Sí, es posible tener razón y al mismo tiempo estar equivocado. El respetable exige respeto. Lo aceptas, pero no tienes alternativa. Quizá has visto demasiado de una ventana a otra, como Milton. O lo que has visto supera lo que has leído. Eso de todas maneras. Entonces se te ocurre la mala idea de someter el juicio sobre ti mismo y los demás a esa criba impersonal de lo que pudo ser justo y no lo fue. Pero no eres juez de nadie, tu autoridad no alcanza para tanto por más que luego publiques tu impostura como una memoria. Es lo que piensas ahora, sin por ello tomarte la molestia de explicárselo a C. ni de arrepentirte (de haber hecho qué, por lo demás; por el bien de quién, para lavar qué ropas). Dejas hacer. Qué vas a hacer, por otra parte: tu reputación ya está en los suelos tras la publicación de la entrevista que te hicieron para el diario de la tarde. Te tomaron de sorpresa, recién llegado. Parecía un juego de niños y terminó en insultos, exasperación, las tazas de café vibrando sobre la mesa del local donde se dieron cita con el periodista

en cuestión, un hombre avisado y competente que al principio sonreía y luego introducía la mala leche en busca de una buena nota. Pasa todos los días, pero no ibas preparado. Tras la primera sorpresa terminaste disparando a la bandada, casi en defensa propia. Feo, feo. Ahora llevas la peste. Y encima las malas críticas. Tres años en las galeras para un trabajo que desaparece bajo quince centímetros de papel redactado en veinte minutos. Pero qué esperabas. Aun cuando todo hubiese sido diferente. Desde mucho antes de venir ya estabas caído en la tumba. La culpa no es de nadie, porque *nadie tiene tu culpa*. Has llegado por tus propios medios hasta allí. La única novedad es que todavía saludes. Por eso te haces pasar por otro, un personaje póstumo que ha dado un mal paso y emite gruñidos desde el fondo del hueco donde ha caído, llamando a viva voz con las palabras que recuerda o han quedado atrapadas con él en ese espacio exiguo desde el cual ve pasar el mundo sobre su cabeza (imágenes de cielo, a veces gris y en ocasiones azul, muy claro). Un mundo, lo admites en silencio, que es como una nube inalcanzable. Saludar es lo único que te queda por hacer.

De pronto C. emite un gruñido extraño, no de recelo sino de fuga, como si se deslizara fuera de la literalidad que te enjuicia, y vuelves a palmearlo, esta vez en el brazo desmayado, sin decir nada. No quieres abundar; callas tu tediosa argumentación porque sabes que su reproche de bienvenida se sostiene en el argumento incontestable de quien está tendido boca arriba, indefenso sobre la camilla de hospital, mientras tú eres sólo un turista de esa vida que lucha por recuperar las fuerzas que te asisten cuando lo escribes. O porque C. está hecho de otra tela, más compasiva y fantasiosa que la del drama donde tú pretendes representar la vida fuera de escena.

—Cuéntame algo nuevo —balbucea C., removiendo la cabeza de un lado a otro sobre la almohada y con la vista ida por efecto de los sedantes que le impiden fijar la atención. Aun así escucha y permanece semiconsciente, atravesado por las mangueras de suero que cuelgan de los travesaños del atril. Te sientas a su lado. Están solos en la habitación y tomas una mano huesuda entre las tuyas, que son más bien pequeñas. Una enfermera entra al cuarto y los observa de refilón

mientras se afana con los monitores colgados sobre tu cabeza. Dejas reposar la mano de C. al costado, sola. Hola, dices. Buenas tardes, responde ella, y lees sobre el plástico que cuelga de su delantal el nombre de Patricia Infante. Señor, tiene quince minutos antes de que se acabe la hora de visitas, advierte ella. La señorita Infante te va a cuidar esta noche, dices, dirigiéndote a C. Ella te va a contar las mejores historias de hospital que conoce. Él sonríe, niega con la cabeza, pero a ella el chiste no le hace gracia y sale mostrando una mueca desabrida. Creo que no le gustas nada, bromeas. C. vuelve a negar con los ojos cerrados. Paseas la mirada por el cuarto (tercera vez que lo haces) buscando distraerte o distraer a C. Aquí estás mucho mejor atendido que yo, dices, al fin. En serio. ¿Te conté alguna vez la historia del niño que se cae al fondo del pozo? Esta vez C. levanta ligeramente la barbilla en señal de seguir tu relato. Estábamos jugando a las escondidas en una casa en la playa, y uno de los niños se cayó en el pozo de agua que estaba en el patio. Debe haber sido el hijo de un vecino. La cosa es que nadie se dio cuenta de lo que había pasado y el juego siguió como si nada. Cuando alguien preguntó por él, todos dieron por supuesto que se había ido al pueblo o a bañarse en la playa. Posiblemente estaba aburrido de la compañía. Luego el juego terminó y cada uno volvió a lo suyo. Cuando sus padres preguntaron por él, no apareció por ningún lado y cundió la preocupación. Lo buscaron en la playa, rastrearon los puestos de taca-taca en el pueblo y fueron a la caleta, pero no hubo caso. Empezaba a oscurecer cuando alguien oyó ruidos y luego chillidos que venían del patio, cerca de donde estaba el pozo. Había caído dentro muchas horas antes. Como ya era casi de noche y no se veía nada, llamaron a otra gente que llegó con linternas, cuerdas y hasta una escalera por si era necesario. Me imagino la impresión que se debe haber llevado, pero la cuestión es que se había metido en un escondite tan bueno que ya nadie se preocupaba de encontrarlo. Es lo que pasa cuando uno juega a las escondidas: se trata de que no te pillen para que el juego siga, pero si nunca te pillan el juego se acaba o se vuelve muy poco divertido. Sobre todo para el que se esconde, porque los demás llegan a la conclusión de que te has ido a otra parte a jugar otro juego. No

comprenden que es el mismo juego, o hacen como si no lo supieran, porque es una de las trampas secretas que tiene el juego. Entonces te olvidan y siguen jugando entre ellos. Imagínate lo que puede ser para ese niño quedar escondido y enterrado donde no quería. No puede salir ni seguir jugando, y tampoco olvidarse cuando oye a los demás jugar alrededor suyo. Pide que lo saquen, grita para que lo vengan a buscar, pero ya se acabó el juego y él sigue escondido sin que nadie sepa dónde está. Hasta muchas horas después, cuando finalmente lo descubren y lo sacan del pozo. De lo que más me acuerdo es de que venía temblando de frío, pálido y asustado, con las ropas sucias chorreando por los costados. Daba no sé qué mirarlo. Después contó que había estado con el agua al cuello y manoteando desesperado durante horas, o quién sabe si agarrado de las piedras en la pared del pozo. Alguien lo abrazó (seguramente su padre o uno de los vecinos que colaboraron en el rescate), pero el niño tenía un expresión media salvaje, como nacida de una agonía que no esperaba. Una expresión loca. Le castañeteaban los dientes y no lograba cerrar la boca ni emitir sonido alguno. Todavía estaba paralizado en una especie de aullido. ¿Qué te parece?

Un silbido ausente sale de su cuerpo. Te inclinas hacia la cama, pero C. ya se ha dormido. Tiene la respiración dócil y regular, los labios entreabiertos mientras deja escapar el aire. Observas todavía un instante la imagen de tu amigo. Qué alivio que no haya escuchado nada de esto, te dices. Y también: qué lástima que C. no pueda verte en estos momentos y qué suerte que tú puedas verlo a él, pero una cosa va con la otra. Así es cómo se juega a las escondidas.

Abandonas la clínica con dificultades. Tomas el ascensor y las puertas de la caja se abren sobre una planta que luego descubres no es la indicada. Pero ya estás muy metido dentro del pasillo cuando te paras para rebobinar el recorrido que habías hecho para llegar al sector remodelado. Hacia un lado y otro corre un largo túnel de luces esmeriladas detrás de una plancha extendida en el techo, con paredes invariablemente pintadas color manzana. Avanzas un poco hasta llegar al primer giro, donde topas de frente con otro ascensor, pero de aspecto gastado y un botón de llamada sin luz de aviso. Oprimes y esperas. Todo hace pensar que estás en el sector antiguo. O al menos en una sección intermedia del edificio. No hay ventanas hacia la calle y el conjunto tiene más bien un aire de bodega o rincón de guardado. No ves a nadie alrededor. Decides incursionar un poco más allá y encuentras una puerta sin restricción de entrada. Empujas y encuentras unas escaleras que supones son de escape. Bajas un piso y empujas la siguiente puerta a tu izquierda, sin resultado. Continúas hacia abajo, atravesando dos bloques de escalones profundos que parecen ampliar el espacio entre un piso y otro, y alcanzas la siguiente puerta que esta vez sí se abre pesadamente sobre un segundo pasillo donde ves gente sentada y de pie, charlando en una sala no muy amplia pero bien tenida, con bidones de agua, vasos de papel, un revistero y una corrida de asientos unidos en la base por una estructura de metal. El espacio está cubierto con una moqueta que hace inaudible los pasos. Sientes el agobio de tu cuerpo luego de abrir y cerrar entradas para poder salir. Procuras recobrar el sentido de orientación. Aún no puedes determinar en qué sector de la clínica te encuentras, pero la gente que está en la sala tiene la actitud de una guardia nocturna que te desconcierta. Parecen velar la aparición de una noticia, como sucede en las esperas de emergencia. Dónde estamos, preguntas al primero que tienes cerca. Es un hombre de mediana edad, grandote y de aspecto amistoso. En el entrepiso del segundo, dice él. Pides indicaciones para llegar a la recepción

principal. Tu guía indica con la mano un trayecto que debes recorrer hasta encontrar un pasillo a tu derecha y luego girar de nuevo hasta topar de frente con los ascensores. Es fácil, dice. No te puedes perder. Echas a caminar bajo las luces de cristal. Tomas a la derecha, enseguida a la izquierda, pasas una puerta batiente y luego una mampara, cruzas a un grupo médico que sale de una sala junto a una camilla donde va una mujer desvanecida, cubierta con una sábana hasta el cuello y las mechas de pelo esparcidas a los lados. Preguntas por tu rumbo y la enfermera del grupo te indica una puerta de ascensor que no habías identificado, enorme como un cajón de doble hoja para almacenar maquinaria industrial. Llamas con el botón y esta vez sí se encienden los indicadores hacia arriba y abajo, simultáneamente. Pero qué te importa. Ya estás saliendo, ya vas en camino. Otra gente llena la cabina, se abren y cierran las puertas. Alguien pregunta dónde vas y tú dices primero, por favor, planta baja. Tiene que ser uno u otro, planta baja o primero, dice el hombre que viaja a tu lado. Son dos pisos distintos, y te mira impaciente. Planta baja, dices en tono de disculpa. Y luego hay más puertas y corredores, vidrios esmerilados, indicaciones luminosas con flechas dirigidas hacia la unidad de laboratorio, rayos, oncología, cuidados intensivos, sector cinco, y quieres volver al principio, empezar de nuevo, borrar lo andado, regresar al cuarto y sentarte a descansar junto a la cama donde está C., mirar a un costado y constatar que se ha dormido, incorporarte y salir sin tomar esta vez ningún desvío.

Lloras mucho, sin una lágrima y con los ojos secos, como si te fueras a morir. Lloras todo el día sin saber que lloras cuando hablas con tus amigos o con quienes consideras que todavía lo son. Te paras ante el espejo del baño antes de salir a la calle y lo que ves no es tu cara sino un hueco en el pecho, y luego, cuando acercas el rostro, lo que surge ante ti son las espaldas de un hombre de más de cincuenta años que se mira ante el espejo. Sin hacer caso de lo que sugiere ese retrato tuyo donde no te ves, sigues adelante con la sonrisa quebrantada. Echas en falta el espesor de una rutina que pudiera protegerte durante el resto de la jornada. Caminas solo a lo largo de la avenida, a distintas horas del día (aunque también algunas noches, no todas), husmeando los portales en busca de algo que piensas puede ser útil para llevar de vuelta al departamento, pero que olvidas a la cuadra siguiente. Te paras, buscas un café, cruzas delante de un kiosco, compras el diario de la tarde: tu horóscopo dice que recibirás la visita de alguien cercano. Es lo primero que lees de las noticias: tus propias novedades. Finalmente encuentras un café de máquina donde detenerte. Al rato sales de allí decidido a fijar un horario para hacer frente a la dispersión que te amenaza. Hay demasiadas cosas en juego. Y vuelves sobre tus pasos. Remontas Irarrázaval de una esquina a otra hasta llegar al pequeño departamento que arriendas a muy bajo precio y sobre la misma avenida, gracias al dato de un conocido que partió a realizar una estadía de un año en el extranjero. El trance de estar solo disculpa tu falta de dirección, la precariedad del recorrido. Pero entonces, ¿por qué el espasmo de súbito? Eso no está bien. Haberte mostrado vulnerable hasta ese punto fue una imprudencia ante ella. Julia lo notó y al despedirse dijo que podían almorzar juntos un día. Si quieres y te dan ganas. ¿Lo quieres, te sirve en algo como resarcimiento al mal paso? Cuando ella te contactó y acordaron las condiciones de tu testimonio, no pensaste ni remotamente en la posibilidad de hacer pucheros y comenzar a temblar ante una cámara, pero ella fue más lista, actuó con profesionalismo: hizo preguntas

generales (cómo, cuándo, qué edad tenías entonces) y enseguida avanzó recto hacia lo que más le interesaba. Rebobinas el episodio y te arrepientes de haber sido débil. No debieras referirte nunca más al tema, menos si registran y graban tus recuerdos. Una roca no tiene más memoria que su intemperie. Eso te dices ahora, pero ella fue terriblemente astuta. Te ablandó con su propia historia de juventud y activista ocasional de derechos humanos. Realizaba un documental a pedido de la embajada argentina que sería proyectado en septiembre, con ocasión de los cuarenta años del golpe militar. ¿Por qué ibas a negarte? Tú nunca te exiliaste, aunque el exilio sea tu casa desde entonces. Esto último no lo dices, pero aclaras de inmediato lo primero a través del teléfono, y Julia comprende, o crees que lo hace. Me interesan las voces secundarias, los que estuvieron al lado o detrás de los protagonistas, te dice. Ponderas su intención, la energía que despliega en convencerte. El set de grabación es la Villa Grimaldi, donde podrán trabajar con tranquilidad. Al final aceptas, en parte porque crees que el pasado es el único sentimiento colectivo que queda en ti, y también picado por la curiosidad. Nunca antes has visitado el antiguo campo de detención. No es una deuda que mantengas con nadie, pero tu elusión guarda una incomodidad con los lugares de conmemoración. La tarde de la grabación, ella pasa a recogerte al bar del Dante, junto al teatro donde alguna vez representaste una obra que era un acróstico sobre los peores años de la desaparición de personas. No fue gran cosa, pero había honestidad en esos cuatro personajes encerrados en un sótano. Y ahora Julia se presenta con retraso en la mesa donde esperabas ver aparecer a una chascona disfrazada de activista audiovisual, con cierres de velcro en los pantalones y una chaqueta de bolsillos múltiples y fondos de seguridad para cargar cintas y micrófonos. Te sorprende que no encaje con la caricatura que has forjado previamente. Al contrario, Julia es de una extrema sencillez. Estudió sicología social y camino a la Villa Grimaldi te cuenta de su nuevo interés por documentar personas y situaciones. Este es uno de sus trabajos a pedido, pero lo hace con gusto. La camioneta que maneja pertenece a la productora que ha montado con su camarógrafo, un sonidista y un productor que se

encarga de las platas. Es la expresión que utiliza: las platas, como si se refiriera a un tema serio y aburrido que ella desprecia pero considera necesario. Está por cumplir treinta años, usa lentes de miope y tiene la tez algo oscura. Te agradece la buena disposición a participar, a dar testimonio, como dice, y tú la retribuyes cerrando los ojos a modo de respuesta, mientras la camioneta sube hacia el oriente, sin saber adónde vas, adónde te lleva.

Julia te muestra una foto. Reconoces a tu padre de inmediato y preguntas de dónde la ha sacado. Un hermano tuyo me la pasó, con mucha reserva, sólo para hacernos una idea, dice ella como excusándose. No pensamos usarla.

Sostienes entre los dedos ese minúsculo retrato tamaño carnet que el tiempo conserva con dobleces en las puntas. Levantas la vista. Estás rodeado de fotos. Por todas partes, hacia donde dirijas la mirada. Sobre las paredes de la pequeña oficina administrativa donde se han metido a grabar el testimonio y también en el mesón de recepción, donde un vidrio transparente protege los retratos bajo un matiz de opacidad, como si el cristal hubiese sufrido un proceso de envejecimiento similar al papel. Fotos y más fotos, todas pequeñas, con las caras de hombres y mujeres que pasaron alguna vez por la Villa, estuvieron presos y desaparecieron o fueron liberados, pero que ahora figuran en calidad de museo iconográfico de lo que fue el centro de detención. Conoces algunos nombres, te has topado con sus fantasmas en muchas oportunidades, pero el sitio tiene la virtud de exponerlos en su circunstancia para que midas y juzgues la suerte que corrieron no en otro lugar sino aquí, donde te han pedido que permanezcas sentado. En el exiguo espacio interior de la oficina, el camarógrafo te hace señas con el pulgar levantado para una prueba de micrófono. Es un hombre gordo con unos audífonos de gran tamaño alrededor de la cabeza, y cuyos extremos terminan en dos monitores de audio que descuelga sobre las orejas una vez que obedeces la orden. Julia está sentada frente a ti, un poco en diagonal para dejar libre el tiro de cámara. Más atrás, el sonidista manipula en cuclillas una caja donde se guardan cables y focos. Ella te marca el inicio para que continúes solo. Sigues su guión sin apartarte. Tu historia es simple. Hace más o menos cuarenta años, cuando tenías catorce o quince, tu padre se asiló en la embajada de Argentina y tú lo acompañaste. Punto. Año mil novecientos setenta y cuatro. Julia se encarga de escarbar en los detalles; pregunta por la familia, las

edades, los paseos con los hermanos por la vereda opuesta de la embajada para que el padre los divisara cuando se asomaba al balcón, los días y semanas de espera en procura del salvoconducto para dejar el país. Vas llenando los espacios en blanco de tu propio relato que conoces de memoria. Julia quiere saber en qué momento se decidió tu partida. Vuelves atrás en el tiempo. Contestas lo que parece obvio: luego de que él llegó a Buenos Aires. Estaba acordado que fuera de esa forma, sugiere Julia. Sí, sí, dices tú. Pero luego surge una duda, como una fisura en la composición de los hechos, y sólo entonces vuelves a mirar la foto que todavía sostienes entre los dedos. Esta foto, dices, como si hablaras con la imagen de tu padre abrochada al momento exacto de ver su retrato por primera vez. Fue cuando nos llegó esta foto que mi madre decidió que debíamos irnos con mi hermano de inmediato… Haces la pausa. Sí, fue exactamente así como se resolvió. Se asustó tanto cuando vio la foto; él estaba irreconocible, muy demacrado y ojeroso, como despojado. Me acuerdo que estábamos en la casa nueva, la de Vitacura, nos habíamos reunido todos para leer la primera carta que llegaba de Buenos Aires, entonces ella sacó la foto que venía dentro del sobre y se quedó mirándola sin decir una palabra, miraba la foto y se apretaba los labios, entonces dijo sin dirigirse a ninguno en particular que debíamos viajar ya mismo para acompañarlo, mi padre no podía quedarse solo un día más, y en verdad él se veía tan, tan. Niegas con la cabeza. No encuentras un adjetivo que califique. Buscas, pero lo que hallas es otra cosa. Te estremeces. Intentas rehacerte. Una neblina cubre la escena. La voz se te va de la garganta. No puedes hablar, te ahogas. Apartas la foto hacia el costado, como si te quemara los ojos, enseguida el pecho y luego todo el cuerpo. Las imágenes se agolpan en tu cabeza. Toda la distancia que has intentado mantener entre esos hechos y tu emocionalidad, de pronto se quiebra. Ya no hay diferencia, el tiempo se ha condensado alrededor de esa expresión vencida y estropeada que intentas apartar a un lado. Aprietas la mandíbula que flojea, pero es inútil. No puedes seguir. La amargura te inunda, como si una mano experta desarmara el reloj que organiza los intervalos. Haces un gesto desesperado en dirección a la cámara para que el gordo corte la

grabación y la tortura acabe de una vez. Distingues un punto rojo arriba del ojo de la cámara y oyes que Julia pregunta dónde vivía, en qué lugar de Buenos Aires. No sé, dices, no sé, o sólo niegas moviendo la cabeza, sentado y abatido en tu silla. El barrio, la calle, cómo se llamaba, insiste Julia que no parece reparar en tu estado y te presiona con auténtica pasión documental, mientras tú te cubres, te tapas, ido y con las palabras ahogadas en el pecho. Quedas mudo y desprovisto.Levantas una mirada que ha de ser sangrante, porque a través de la neblina que se ha vuelto más densa ves que sólo entonces Julia hace un gesto hacia el gordo para dar a entender que la sesión se interrumpe por unos minutos. Te cubres la cara con las dos manos, de forma instintiva, y la foto se arruga y humedece entre tus dedos. Ni siquiera protestas o te quejas. Estás desecho, convertido en un puro gesto. Te han quitado las palabras. Te han vencido una vez más.

Te piden firmar un documento de autorización una vez finalizada la grabación (que has retomado luego de rehacerte y recoger tus tripas botadas en el suelo). La sesión se ha extendido por casi dos horas. La oficina queda junto a una torre donde se cuenta que llevaban a los detenidos para interrogarlos, en grupos o separados según el tipo de preso del que se tratara. Allí el tiempo corría de otra manera, no por horas ni días, sino en fracciones de fracciones que componían a su vez los segundos y los meses. Tu caso es distinto. El testimonio recaba información que la memoria ha grabado en una selección arbitraria de imágenes indelebles que no siempre coinciden con lo que se espera de ellas. La única utilidad de esas imágenes es que no se pueden trucar. No sirven para demostrar nada; ni jerarquía moral ni una inocencia autorizada por el sufrimiento. Tampoco que seas una víctima. Te basta con saber que hablan por ti, como un rudimento ético.

En el formulario que Julia te alcanza debes señalar con una cruz sobre recuadros blancos las restricciones de divulgación, además de visar los derechos de propiedad del registro. Accedes, pero limitas el uso del material a fines de archivo. En el apartado de los soportes y condiciones, vacilas. Nada de sitios web, publicidad política ni campañas partidarias. Tampoco autorizas cortes en la edición. Impones una suerte de política de hierro sobre tu experiencia del pasado. Las razones precisas se te escapan, pero no estás dispuesto a discutirlo. Serás un verso crudo bajo la cicatriz de las burocracias. Rellenas la última hoja del formulario con tus datos personales. Consideras un segundo la ficha con tu nombre, edad, dirección. Te sorprende tener ahora la misma edad de tu padre cuando partió al exilio y perdió casa, trabajo y familia. La diferencia parece estar en que hoy tú te deshaces de todo pero no pierdes nada. Es tu revancha contra el despojo. Algo has aprendido en cuarenta años, y firmas tu aceptación. Ya puedes irte.

Pasas el resto del día en el departamento, sin fuerzas para distraerte yendo al cine o a la tertulia a la que te han invitado en la Plaza

Ñuñoa. No conoces bien a los participantes y, en el estado en que has quedado luego del registro en Villa Grimaldi, prefieres abstenerte. El testimonio es una trampa, piensas. El testimonio que has dado ante Julia es la experiencia de la verdad, pero no es toda la verdad. Sólo es verdadero. Todo testimonio sacrifica al que lo da. Después de dar testimonio lo que quieres es cerrar la puerta, quedarte solo con tu cara.

En la biografía de Onetti que has comprado de regalo para C. (*Construcción de la noche,* de Carlos María Domínguez, cuya entrega decides dilatar hasta que C. salga de la clínica, tras reconsiderar el texto como poco recomendable para un hombre con un pie en el quirófano), encuentras una referencia que te salva de tus vicios. El libro cita a Proust cuando alecciona a los lectores, diciendo que una obra es producto «de un yo diferente al que manifestamos en nuestras costumbres», y que ese yo tan distinto al que habitamos en sociedad sólo es posible alcanzarlo «abstrayéndose de los otros y del yo que conocen los otros, (un otro-yo) que sentimos sin duda como el único real, y para el cual los artistas terminan viviendo como ante un dios al que abandonan cada vez menos y al que le han sacrificado una vida que no sirve más que para honrarlo».

Agregas tu paréntesis del otro-yo en lápiz grafito al costado de la página para hacer aún más nítida la sentencia, Y sumas al comentario del autor uno de tu propia cosecha. Revisas la frase. No te parece mal. Lo que sería una excusa impresentable en otros, aquí adquiere la fuerza de una ley excepcional. ¿Es suficiente? Dudas. Por qué semejantes licencias. El yo-secreto, el yo-público, el yo-yo… Todo existir es un exceso. En el fondo, las virtudes siempre han de ser públicas porque alimentan el sentimiento de comunidad, mientras los vicios sólo te pertenecen a ti, sólo tus vergüenzas se adhieren al yo que se hace secreto por este mismo motivo. Terminas de leer el capítulo y subrayas algo que te parece conclusivo: «Más que imaginar lo que no podía vivir por otros medios (como en el caso de la ficción tradicional), Onetti vivía para su propio dios, al que ofrecía su destino y, fatalmente, el de quienes lo rodeaban».

Verdad, verdad, verdad. Cierras la biografía y te das cuenta de que además de ignorar su publicación hay un montón de datos e historias que se te escapaban sobre la vida de Onetti. Has leído todas sus novelas, cuentos y entrevistas, pero no sabes gran cosa de su yo en sociedad, de su historia personal expuesta en sus máscaras. Sus

suicidios fallidos o trasuntos, por ejemplo, o su alergia a involucrarse en política y a colaborar en las buenas causas, o las tensiones con sus hijos y mujeres, los miedos y las angustias que lo acosaban. Recién ahora confirmas tus sospechas, porque comprendes que uno de los rasgos que más te impresionan de su arte son la indiferencia o la distracción. Ya nadie escribe ni vive así, de espaldas al ruido y centrado sólo en la felicidad o desdicha de sus personajes. Si la literatura se justifica, es porque trabaja sobre la vida propia y de los suyos, los arranca de su inercia y crea nuevas posibilidades para ellos y los lectores, del mismo modo que el actor en escena lo hace sobre los órganos y músculos de su cuerpo: en la oscuridad y el vértigo, A punto de perder pie y caer a cada instante. Entre el arte y la vida, hay que elegir por ambas aunque el interés no quiera mezclarlas. ¿Será por eso que hoy dominan (y te aburren) las estéticas *limpias*? ¿Porque fingen mal que detrás del corte hay un cadáver, un yo secreto que agoniza en el espejo? Pero Onetti nunca ríe, y a veces ladra. ¿Será por eso que has dejado de leerlo?

Apagas la luz, harto de especular y con ganas de dormir hasta el año próximo. En la oscuridad del cuarto, oyes los ruidos de la ciudad cayendo en el sueño. No sabes cuánto tiempo ha transcurrido cuando el fuelle de un acordeón te devuelve a ese cuerpo pegado a la cama como un molusco apaleado contra la roca. Las notas suben y bajan, se abren y cierran sobre el instrumento que suena muy próximo. En un momento de seminconsciencia, el recuerdo del acordeonista que has visto hace unos días se confunde con un personaje de la biografía que has estado leyendo. Abres los ojos al cabo de un rato de escucharlo, y cuando ya es evidente que has perdido el sueño. Al principio el sonido es dulce y armonioso, pero con el correr de los minutos la tonada se vuelve insistente y molesta. Enciendes la luz, ves la hora. Es pasada la medianoche. Te incorporas. Abres el ventanal. El balcón da hacia el norte y observas fuera la línea irregular de edificios, algunos en construcción y otros ya habitados pero a oscuras que parecen desplazarse hacia tu posición como un ejército esparcido sobre la llanura. Tratas de localizar el lugar desde donde viene la música. Piensas en una situación donde despiertas con una tonada de acordeón

en plena noche. Piensas en la situación como si se tratara de algo hipotético y no como en el irritante desvelo que padeces ahora. La ejecutante es una muchacha de trenzas, con un vestido de verano que practica su lección de música aprovechando que la ciudad duerme. Es la hipótesis que te planteas. La hipótesis de un yo secreto, si cabe. Decides vestirte e ir en su búsqueda para solicitarle un poco de paz y silencio. Mañana es día de trabajo, piensas decirle. Me gusta la música pero no después de cierta hora. Pero no es más que una intención: todavía crees que la música se interrumpirá en el siguiente acorde. Nada de eso ocurre, sin embargo. Esperas un instante y finalmente acometes el absurdo de levantarte de la cama para enfundarte lo primero que encuentras a mano. Sales al corredor y te paras a escuchar con los pantalones mal abrochados sobre la ropa del pijama. Bajas por las escaleras al quinto piso y con la oreja pegada recorres como un sabueso las puertas de los distintos departamentos, cuidando de no alertar a nadie. Tu pesquisa sin embargo no arroja un resultado al ciento por ciento confiable. Y no es hora de pruebas en la puerta de los inquilinos. La música sigue sonando, entretanto, como si se burlara de tu esfuerzo. Eres el hombre del pijama (llamémoslo así) que está a punto de ser sorprendido en actitud más que sospechosa mientras husmea por el ojo de las cerraduras del edificio. Todos duermen, salvo tú y la muchacha. Te diriges hacia el hueco de las escaleras y allí, inmóvil, intentas aguzar el oído. Contrariamente a lo que habías pensado, tu radar ahora indica que la fuente misteriosa de las notas de acordeón proviene de los pisos superiores, y te apuras en subir hacia el séptimo antes de que a la muchacha se le ocurra hacer una pausa o tomarse un vaso de agua. Pasas hecho un loco por delante de la puerta de tu departamento, pero te detienes a mitad de las escaleras con un gesto de pavor al ver que está cerrada. Bajas rápido los peldaños que acabas de subir y te precipitas con la esperanza de encontrarla entornada. Te detienes antes de llegar al pasillo y te tocas los bolsillos del pantalón. Estás seguro de haber salido sin las llaves. Dudas entre dos objetivos igualmente perentorios: acallar la música (pero ahora ya se trata sobre todo de que aprecien tu estado de nervios para que se deshagan en disculpas y no vuelvan nunca más a molestarte), o forzar

la entrada de tu departamento. De momento, prefieres no desviarte y mantener tus prioridades, y sigues escaleras arriba hasta llegar al séptimo piso. Te recibe un sonido monofónico, regular, que atraviesa el corredor de una punta a otra, y lo primero que te sorprende es ser el único inquilino capaz de saltar de la cama para hacer acto de protesta ante esa tonada incansable, interpretada de forma invariable sobre la misma pauta de notas. Bajar y subir escaleras, además, te ha puesto acezante, con la respiración agitada. Tomas nuevo impulso y repites la operación de ir de puerta en puerta con la oreja enchufada hasta identificar el origen plausible de la música. Tienes suerte, porque esta vez logras reducir a dos el campo de posibilidades. La primera puerta hace esquina con el extremo del pasillo superior, y golpeas una sola vez pero determinado (de esa forma, si te equivocas podrás alegar que tu cuerpo resbaló y golpeó la puerta sin querer). Esperas unos segundos. Nada, no hay nadie en casa. La segunda puerta está justo al lado, contigua a la primera pero orientada hacia los ascensores, y descubres que se corresponde exactamente con la ubicación del departamento que ocupas en el piso sexto. ¿Por qué no? Es como si en tu cabeza, de pronto, las matemáticas funcionaran al fin. Golpeas la puerta, irritado pero eufórico a la vez por tamaño descubrimiento. La música se detiene. Insistes. La puerta se abre. No es una muchacha de trenzas ni el artista del hambre que has visto en el autobús, sino una mujer de edad indefinida que te mira con su instrumento colgado del pecho y una cierta incredulidad. No sabes por qué su figura te choca, golpea y domina tu malhumor. Es como si la muchacha hipotética hubiera envejecido mientras buscabas la puerta correcta y ahora sólo se tratara de una profesora de música que revisara sus apuntes para la clase del día siguiente. El tiempo pasa rápido y ella te mira, asombrada. Alcanzas a divisar a sus espaldas, en el interior de la sala, un atril con un cuaderno abierto. Te presentas como el inquilino de abajo. Y dices que no puedes dormir debido al problema de contaminación acústica que hay en el edificio. Es una forma elegante de presentar las cosas, pero ella sonríe y pide perdón, no sabía que fuera tan tarde. Esto sólo le pasa cuando se pone a ensayar antes de una presentación. Asegura que no volverá a ocurrir,

puedes estar tranquilo. Su explicación es prolija, impecable. Te quedas parado como un imbécil delante de ella, sin saber qué reprocharle, con la aleta del cinturón a medio abrochar sobre la barriga. Enseguida aclaras tu situación. Necesitas entrar a tu departamento que se ha cerrado a cal y canto mientras salías al corredor, y ocurre que está ubicado justo debajo del suyo. Ella no parece entender bien. Voy a tener que entrar a mi casa por la ventana de tu balcón, dices. ¿Por mi balcón?, dice ella, sin dar crédito a la proposición. Bueno, sí, dices. Si no es mucha la molestia. Ella te pide que esperes un momento y se retira hacia el fondo, en lo que aparenta ser una maniobra para comprobar la verosimilitud de tu relato. Se asoma a la pequeña terraza que colinda con la sala y observa arriba y abajo, calculando al ojo las distancias entre ambos balcones. Es peligroso, dice una vez que regresa a la puerta desde donde la observas sin moverte. Lleva unos pantalones de cuadros, un poco anchos, cortados a la cadera y de caída recta. Parecen comprados en una tienda para hombres, pero es ropa de moda. Estás seguro, pregunta ella, y te mira con preocupación. Déjame intentarlo, dices. Es cosa de ver si alcanzo a poner un pie de apoyo en la barra mientras me sujeto del borde de la terraza. Después salto. Ella abre mucho los ojos como si viera pasar un bulto delante de su balcón, y se lleva instintivamente una mano a la boca. Qué susto, dice. Te mira por sobre la palma de la mano que mantiene apretada, en suspenso contra la cara. Sus ojos, enormes, se cruzan con los tuyos. Parece que tú también te has asustado (de sus dedos, de sus dientes que parecen un cristal, de la solidez de sus hombros) porque ella se larga a reír. Tú la sigues y también te ríes. Eso es suficiente para que te haga pasar. Me llamo Eva, dice.

Al día siguiente subes a buscar tus calcetines. Parece un truco casero pero no lo es. Tienes un horror supersticioso a dejar prendas personales olvidadas en habitaciones ajenas. Eva te recibe enfundada en un buzo que le sirve para el trabajo con las cajas. Te guardas los calcetines en un bolsillo y ofreces ayuda. Ella no se hace de rogar. Dirige las operaciones de embalaje con precisión. Tiene contratado un camión que vendrá el domingo a recoger la carga. Su departamento es un poco más amplio que el tuyo. Tiene un cuarto adicional, con un escritorio hacia el cual eres conducido para iniciar el embalaje de una variedad de objetos, una impresora marca HP, una colección de viejos discos de vinilo y muchos archivadores con hojas sueltas y cuadernos. Hay fotos de Eva con y sin compañía pegadas con chinchetas de colores sobre un panel de corcho. También hay un papelito colgado con una frase escrita a máquina: “Una boca deja su pensamiento en otra boca”. ¿Tu novio?, preguntas ante una fotografía de ella con un hombre de aspecto juvenil y que aparenta ser bastante menor, sin que por ello te resulte claro la edad que pueda tener Eva. Arriba de treinta. O entre treinta y cinco y cuarenta, no más ni tampoco menos. Una mujer ya madura pero con un resabio incompleto, como una cena ya servida a la que le faltara una copa de vino. Ella asiente con la cabeza delante de la fotografía mientras sonríe; el novio se llama Kike y anda de viaje hasta la próxima semana. Se salvó de la mudanza, dices. Él tiene sus propias maletas, responde ella, seria, sin ganas de abrirse a las infidencias con un extraño. Decides concentrarte en el trabajo y ocuparte de cumplir con la oferta que has hecho. En un momento Eva anuncia que debe salir por unos minutos a pagar cuentas y te deja solo en su departamento.

Trabajas armando cajas y llenándolas según una organización que te parece adecuada a la fragilidad o contundencia de los objetos. Pones mucho cuidado en no cargar demasiado los bultos, de modo que luego puedas transportarlos a la calle. ¿Es lo que vas a hacer? ¿Vas a hacerte cargo de la mudanza mientras Kike siga de viaje hasta que se reúna

con Eva en el nuevo nido de amor que han construido en el departamento al otro lado del río? ¿Quién te manda? ¿Por qué estás haciendo esto? No respondas, no digas nada hasta no estar seguro de las consecuencias que puedan acarrear tus respuestas. Mejor sigue trabajando. Transcurren casi dos horas sin noticias de Eva. Comienzas a ponerte nervioso, a sentir la fatiga de la tarea realizada sin una mínima recompensa. Te reprochas tu falta de voluntad, o más bien lo contrario: tu disposición a la servidumbre. Y luego, por supuesto, te enojas. Contigo, con Eva, con las cajas y el maldito acordeón que te mira en silencio desde un rincón de la sala donde te has parado a descansar un rato. Todo fue una carnada. Caíste en una trampa musical, te dices con hastío. Antes de que comiences a elaborar una venganza apropiada, Eva regresa de sus quehaceres. Está contenta y satisfecha de haber aprovechado la mañana. No parece en absoluto preocupada por haberte dejado tanto tiempo solo dedicado a resolver el embalaje del escritorio. Ni se disculpa ni te agradece, como debe ser si acaso pretende renovar el servicio que has prestado. La naturalidad es hermana del sadismo, de modo que no te extraña ni su comportamiento ni el tuyo. Has pagado un favor que iniciaste como un reclamo, y Eva lo ha cobrado con holgura. Ahora vete, insensato. Antes de retirarte, adviertes sin embargo que será necesario un último esfuerzo logístico para desarmar la cocina y mover el refrigerador. Ella pregunta si sabes cómo hacerlo. No sabes, pero aceptas el desafío de aprender algo nuevo cada día. Luego explicas de un modo sumario las ideas que tienes al respecto, y el orden que habría que seguir para terminar la tarea de embalaje. Tienes varios días por delante para darle una mano cuando ella esté en casa, con lo que pareces decir que siempre estás dispuesto a ayudarla aunque sea mentira. Te despides con plena conciencia de haberte comprometido de la peor manera posible en la mudanza de Eva. Te espera un trabajo duro de aquí al domingo, y no se diga el día mismo del traslado. Antes de salir se te ocurre preguntar si hay ascensor en la nueva casa. Es un edificio de tres pisos, informa ella, dando por sentado que no necesitarás ayuda mecánica. Podemos hacerlo por turno, dice. Su plural resulta convincente. Me podrás ayudar el domingo, no es cierto, agrega, lo

que traduces como una confirmación de su carácter. No sé. Voy a tratar, dices por molestar. Es sólo para cargar y descargar, insiste ella. Después te invito a almorzar. Es la segunda vez en una semana que te ofrecen un resarcimiento parecido. Primero Julia y ahora Eva. Deben verte muy pálido para coincidir en semejante invitación. Voy a tratar, repites, pero ya sabes muy bien que allí estarás. Aunque no sea más que para conocer el lugar y lamentarte de no haberla resistido.

Has encontrado una nueva ocupación. Desde hace unos días eres el obrero de Eva. Piensas que te convendría revisar seriamente tus relaciones con las mujeres. De atrás para adelante, empezando por tu madre. Pero por ahora trabajas para Eva. La ayudas a mudarse. Eres buen vecino y ella ha sido comprensiva, no te ha denunciado a la administración del edificio por invasión de propiedad. Podría haberlo hecho si revisas tu conducta durante la noche del concierto de acordeón, cuando impremeditadamente algo se desplazó en tu andamiaje y quedaste parado en el umbral de su puerta como ante un barco atracado en el muelle. Crees que es el alivio de haber puesto fin a tu pesquisa, o la sorpresa de oír su disculpa. Pero no es nada de eso. O bien son ambas situaciones a la vez que se adelgazan y piden una oportunidad para completarse. Disculpa, dices entonces, y atraviesas enseguida la sala llena de cajas arrumbadas y maletas a medio llenar en el piso, mientras ella dice: pasa, pasa, cuidado con el desorden. ¿Estás desempacando?, preguntas, y ella te corrige y dice no, me estoy yendo. La próxima semana. Ah, dices. Encontré otro lugar más cómodo, cerca del centro. Bueno, al otro lado del río, aclara ella. Seguro que ahí podrás tocar tu instrumento hasta tarde, dices. Ella no contesta, hace un mohín que rigidiza su expresión y prefiere caminar hacia la terraza para indicarte el lugar desde donde has prometido saltar para volver a recobrar tu departamento. La sigues, obediente. Vuelves a sentir la agitación torpe y sin motivo de hace sólo un momento, cuando vino hacia ti erguida dentro de un cuerpo razonablemente bien armado. Vista desde atrás, ya es una mujer que ha dado batalla, pero por el desplante de las caderas no parece haber sufrido grandes heridas. Llegan hasta la terraza, ella abre el ventanal, avanza unos pasos y ambos se quedan mirando hacia abajo, sobre el pavimento oscuro, donde hay cuatro o cinco autos estacionados en diagonal. Una vez vi a una señora de setenta años que se había tirado desde un décimo piso, dice ella. Cómo sabes que era viejita, preguntas. ¿Le viste la cara? Era una vecina del edificio donde vivía mi papá,

dice ella. Estaba sola y aburrida. Eso no es razón suficiente para suicidarse, dices tú, mirando precisamente el vacío abierto del otro lado de la baranda. Todos estamos un poco solos y aburridos, agregas. Eva vuelve a mirarte con desconfianza o sospecha. Vas a necesitar una cuerda, dice ella. Por si acaso. No creo, dices tú. Calculas la distancia entre el borde inferior de la terraza y la baranda de tu balcón en poco más de un metro. La operación parece simple, pero es necesario hacer pasar el cuerpo de una sola vez, como si te deslizaras dentro de un tobogán o te impulsaras con los brazos sobre una caída de agua. Una saliente en la estructura del piso de abajo puede ayudarte a poner un pie en el balcón. Para el hombre-araña sería un juego de niños, pero para ti es recomendable tomar ciertas precauciones. Te sacas los calcetines para evitar resbalones (recién entonces te das cuenta de que has recorrido el edificio con ellos puestos en busca del acordeón) y aprietas la lengua del cinturón que sigue suelto. Te decides. Inclinas el cuerpo y lo doblas, con el brazo izquierdo apoyado en el borde y la mano tomada del ángulo interno del antepecho de la terraza. Esperemos que el muro resista, bromeas. Estos edificios nuevos son de papel. Ten cuidado, dice ella. Y retrocede; da un paso atrás, con las espaldas hacia el ventanal, adoptando una perspectiva autónoma de la maniobra, como si observara la obra de un loco sobre la cual tendrá que dar algunas explicaciones luego de verlo caer al vacío. Miras una sola vez hacia abajo, planeando con la vista sobre los autos estacionados, y te arrastras con el cuerpo pegado sobre la estrecha banda del muro hasta estar seguro de poder trasladar las piernas sin perder el equilibrio. Pasas una, luego la otra, y tu cuerpo queda extendido a lo largo del angosto canal de cemento, desde donde debes deslizar nuevamente una de las piernas (pero cuál de las dos no estás seguro, y durante medio segundo sientes que la duda pasa de tu cabeza al vértigo que chupa tu cuerpo hacia abajo y te hiela el espinazo; estás a punto de perder el control y caer en una crisis de nervios;sientes el vacío que sube desde la boca del estómago hasta cerrarte la garganta, y luchas contra él sin dar muestras de alarma pero con los músculos tensos para expulsarlo fuera y reiniciar la operación con la cabeza fría). Extiendes la pierna derecha, que se abre

al pequeño abismo de vida o muerte que has elaborado para ti mismo, de un modo artificioso e innecesario, por apresuramiento o distracción, como todos los callejones sin salida en que te metes y que la inercia se encarga de resolver. Levantas la cabeza al mismo tiempo que buscas un apoyo con el pie en el aire, y descubres a Eva con las dos manos cubriéndose la boca, los ojos muy abiertos, a punto de echar a correr hacia el interior del departamento para abrazarse de nuevo al acordeón y retomar su ensayo musical con el mayor ímpetu posible con tal de no escuchar el golpe seco de una masa ya sin forma reventada contra el pavimento. Ya está. Has volcado el cuerpo fuera, en vertical, y sientes bajo las plantas de los pies la saliente lateral de tu balcón, de modo que no estás en el aire sino entre dos apoyos extremos, de espaldas al vacío y con la cara pegada al muro externo del departamento de Eva. La figura parece risible si no fuera porque ilustra perfectamente tu *rapport* con el sexo opuesto. No, más bien con la entera realidad. Una relación de negativas mutuas. Pero esta vez lo has hecho muy bien.Dominas el entorno. Ahora sal de ahí. De inmediato. No vaya a ser que Eva piense que eres uno de esos tipos a los que les gusta sufrir y exponerse, un amante del peligro y no un indefenso vecino que se divierte con los juegos que representa hasta que se vuelven serios de verdad. La maniobra requiere máxima flexibilidad: debes doblar las rodillas y de inmediato soltarte con un breve impulso del espinazo para caer dentro de tu territorio, todo en un solo paso de acrobacia. Luego dormirás con ella si eso te apetece. Allí vas. Un pájaro suelto en la oscuridad. El momento siguiente se te borra por completo, pero algo sucede que queda zumbando en tu cabeza. Una exhalación entre dos espacios que no sabes definir bien. Como si una sombra hubiese puesto su garra sobre ti y te remarcara las espaldas al caer sobre el piso del balcón. Respiras con dificultad, pero estás a salvo. Tu cuerpo tiembla entero. Procuras calmarte. Dejas reposar la cabeza. Cierras los ojos. ¿Todo bien?, oyes a Eva que pregunta asomada a la terraza del piso superior. Te distiendes. Tomas un poco de aire. Te duelen las articulaciones, tienes el pecho agitado y sientes el cuerpo agarrotado por el esfuerzo y el frío, pero estás de vuelta en tu sitio. Sí, dices de un balcón a otro, sin moverte. Gracias

por el puente aéreo. La oyes entrar y cerrar la mampara que comunica con la terraza luego de un rato de silencio que te parece más largo de lo normal. Está bien así. También tú estás cansado y con ganas de irte a dormir. Por ahora sin embargo te faltan las fuerzas y decides permanecer todavía congelado, en posición horizontal mientras recuperas cierto control muscular. Hay ruidos fuera y en la calle que acompañan tu resaca. Finalmente te reincorporas. Ves delante la mampara corrediza de la sala que has dejado abierta al salir. Tu departamento está a oscuras. Esto sí que es raro, porque recuerdas haber dejado la luz de la sala encendida. Descorres la mampara de la sala. Entras y descubres la puerta de entrada al departamento ligeramente entornada, trabada entre el canto de la hoja y la tira de goma en el muro. Empujas y aseguras la puerta con el pestillo. Vuelves a la cama con la sensación de haber equivocado la entrada. O de haberte equivocado a secas, de caer en un espacio distinto al decorado que se mantiene igual a sí mismo sólo por un asunto de continuidad dramática. Asomas una última vez por el balcón para cerciorarte de que no estás allá abajo, reventado contra los estacionamientos, y alcanzas a oír la voz de tu yo secreto que te habla bajito para que nadie más sepa lo que dice de ti.

Recibes una llamada de la secretaria de la inmobiliaria de los hermanos Ortúzar. El señor Jaime Ortúzar desea reunirse contigo. Se ha enterado de la propuesta enviada por Milton y le urge recabar algunos antecedentes para participar de la licitación. Te pide cita para el viernes, en su oficina de Vitacura, una semana antes del plazo anunciado para hacer llegar las ofertas finales. Accedes sin entusiasmo. Te comunicas con Gloria y resumes la situación. El día convenido, a primera hora, tomas un taxi y te diriges al barrio donde hiciste tus estudios escolares. Hacia el oriente, la cumbre del cerro Manquehue tiene unas motas blancas que te recuerdan los días de invierno cuando viajabas desde tu casa de Ñuñoa en la micro del colegio. El trayecto demoraba una hora completa durante la cual ibas inmerso en los olores que emanaba el piso del bus cubierto con aserrín humedecido. El aire se volvía denso al interior a medida que los alumnos subían en cada paradero, con las ropas llovidas y las bufandas pegadas al frío de los cuerpos que se empujaban dentro. El olor de la infancia te llena de pronto con su paisaje claro y desvanecido, como pintado al agua. Durante doce años, tal vez un poco menos, ese viaje fue tu ciudad. Eras de los primeros en tomar el bus para ir a sentarte junto a la ventanilla del fondo, ligeramente subida en altura sobre la rueda posterior derecha y antes de la puerta de bajada, siempre la misma ubicación desde donde mirabas cada mañana, cinco días a la semana, el despertar de la calle Irarrázaval y el movimiento envolvente del tráfico que adquiría densidad a medida que pasaban los minutos y los jardines de Vespucio instalaban su escarcha reluciente en tu mirada durante el resto del trayecto. El bus cruzaba Vitacura y hacía un rodeo por las calles laterales hasta llegar a los estacionamientos e ingresar por un lado del colegio. A las cuatro y media de la tarde corrías hasta allí para subir al mismo bus y cruzar de vuelta la ciudad en el asiento de siempre.Doce años, Tal vez menos, detrás de esa ventanilla donde estaba tu puesto de vigía sobre la ciudad que anhelaste de niño y que hoy vuelves a mirar con un deseo

recogido, estrujado bajo un sol de invierno. Te resulta inútil revivir en tu memoria un recuerdo que haga frente al paso del tiempo. Tu infancia quedó guardada en esa dificultad. No puedes, no logras tener acceso al niño que se diluyó contigo. El taxi se detiene frente a la calle Pasteur. Bajas y miras hacia los lados, buscando. Las motas blancas del Manquehue siguen allí, pero lo que antes fue un peladero hoy es un trajín de espejos y edificios de oficinas donde los hermanos Ortúzar tienen su guarida.

Queremos hacerles una oferta, dice Jaime, el menor de los Ortúzar. La oficina queda en un décimo piso, con enormes ventanales que miran hacia la montaña. En rigor la inmobiliaria ocupa todo el piso, pero a ti te han invitado a pasar a un despacho con una mesa de cristal al centro y varias sillas ejecutivas dispuestas alrededor. Dos asistentes acompañan a Jaime, que te extiende una tarjeta con el nombre de la compañía y su logotipo impreso en el rincón izquierdo. Te explica quiénes son los Ortúzar, dos hermanos con sus respectivos socios dedicados al desarrollo de proyectos inmobiliarios en la zona metropolitana. Tienen negocios en Perú y Argentina, donde han tenido una excelente acogida. Una empresa de talentos nacionales para esta parte del mundo, según deja entender Jaime. Escuchas con atención. Has tomado asiento con tu bolso en la cabecera de la mesa, y una de las asistentes te ha traído café y un galletón de Starbucks. Jaime lleva colleras en las mangas y una camisa rosada con cuello de distinto color, de rayas blancas y azules que no lograría quedar bien con ninguna corbata. Tu atuendo de profesor debe resultarle curioso, con una nota de advertencia sobre las bajas expectativas de ganancia que abrigas para el futuro. La asistente habla después de la introducción de Jaime. Te hace saber que han recibido la comunicación de Milton sobre la venta y el precio mínimo, pero enseguida agrega que los hermanos Ortúzar no operan de esa forma. Somos una compañía internacional, de financiamiento asegurado, dice. No tratamos con licitaciones, interrumpe Jaime. Es una modalidad que no nos conviene. A su lado la asistente confirma con breves cabeceos mientras revuelve papeles y deja que el menor de los Ortúzar aplaste su esfuerzo por adornar el trato. Hemos hecho todos los cálculos del caso y pensamos que podemos llegar a un acuerdo ahora mismo si aceptan la oferta que hemos preparado, dice Jaime, y enseguida suelta la cifra. Anotas en un papel lo que acabas de oír. Corresponde al precio mínimo de la licitación, y la segunda asistente se encarga de mostrarte los cálculos que ha realizado por ti: a tantos

metros cuadrados, tantos millones por la propiedad. Negocio redondo, y sin necesidad de compartir, transar ni resolver con nadie más. Tenemos los documentos preparados para la firma, dice Jaime. Es un hombre joven, en plena forma, probablemente no mayor de cuarenta años y que ya debe haber amasado una fortuna en el negocio inmobiliario. Lleva el pelo corto, peinado a la gomina, y se muestra dispuesto a convencer y no soltar la presa que tiene entre los dientes. Un cachorro de la selva difícil de contradecir. Echas el cuerpo hacia atrás, cauteloso, buscando el respaldo de la silla. Tu instinto es defensivo. Sobre todo cuando hueles sangre y detectas una invitación a dejarte comer. La cifra que la segunda asistente acaba de verbalizar te parece contundente, inimaginable. Y los vecinos, se te ocurre preguntar, más para ganar tiempo que por lealtad hacia Milton. Con ellos conversaremos después, pero primero están ustedes, responde Jaime de memoria. El precio es excelente, y si tienen acordado algo con ellos, les extenderemos la misma oferta. Pero por algún lado hay que empezar, agrega con un deje de agresividad. Su preocupación te enternece. Permiso, dices. ¿Puedo hacer una consulta? Todas las que quieras, dice Jaime. Abres tu bolso y extraes el computador que has traído por si era necesario. Y claro que es necesario. Al otro lado del mundo se habla de dinero como de los niños, sin necesidad de aparentar inocencia. ¿Puedo conectar internet desde acá?, preguntas. Por supuesto, dice Jaime. Estamos en una zona libre. Excelente, dices. Me gusta este barrio. Identificas el servidor, lo pinchas y, ante la mirada algo sorprendida de Jaime y sus asistentes, tecleas la nube de skype que aparece de inmediato a un lado de la pantalla. Ya son las ocho de la mañana en la costa este. Enseguida ves a Gloria. Se ve bien, magníficamente bien incluso, con el pelo largo y algo revuelto sobre la cara. Se saludan y le explicas el estado de las cosas tal como se lo has anunciado cuando recibiste la invitación de los hermanos Ortúzar. Ella pide los detalles de la oferta, considera la situación. Giras la pantalla hacia Jaime. Te presento a Gloria, mi e-mujer. Jaime no entiende el chiste. Hola Gloria, dice, reaccionando rápido y saludando estúpidamente con los puños cerrados como si fuera a combatir, y donde destacan las colleras en las mangas de la camisa. Hola, buenos

días, dice ella, cordial y directa. Te incorporas. Voy al baño, dices. Los dejo conversando. Ya vuelvo, le anuncias a Gloria desde un rincón del cuadro de cámara. Chao, dice ella. No te demores mucho. Caminas por el pasillo de vidrio y te distraes mirando desde allí en dirección al cerro. Entras al baño y haces muecas frente al espejo. Por una ventana lateral divisas los techos del antiguo colegio. Quizá debieras aceptar la invitación que te han hecho llegar tus viejos compañeros de promoción para reunirse en un almuerzo de camaradería. Reencontrarse cuarenta años después puede ser un espectáculo cruel pero aleccionador sobre las expectativas de la primera juvenud. Pasados diez minutos regresas a la sala, pero el ambiente de calidez se ha tornado tan espeso durante tu ausencia que Jaime y sus asistentes apenas se ocupan de tu reaparición. Tomas asiento a un lado del computador, junto a Gloria, y frente a Jaime que ha endurecido la quijada bajo una mirada rabiosa.

—No, no —está diciendo Jaime—. Nosotros vamos a participar, pero por fuera.

—¿Qué significa eso? —pregunta Gloria.

—Que nos interesa, pero no de la forma como lo están planteando —explica él, y enseguida abunda para despejar dudas—. Ustedes hagan su licitación como lo han pensado, y luego de abrir las ofertas y considerar cuál es la mejor, nos llaman y nos muestran la que prefieran. Con esa carta en la mano, nosotros les hacemos una contraoferta que supere la que ustedes han escogido y cerramos el trato.

—O sea que quieres ganar sí o sí.

—Es lo que nos conviene a todos —dice Jaime.

—Es lo que te conviene a ti —dice Gloria, que tutea a Jaime sin ningún empacho y hace que el joven lobo se agite y revuelva con furia —. A nosotros, en cambio, nos conviene el juego limpio: si quieres llevarte el paño, compite y ofrece lo máximo que puedas en igualdad de condiciones. ¿Por qué vamos a preferirte?

—Porque vas a salir ganando un poco más —dice Jaime, que ya ha olvidado por completo tu inclusión en los beneficios, para no hablar de Milton y Teresa—. Es simple: te superamos la mejor oferta que

recibas y todos felices.

—Más simple es que Ortúzar nos haga llegar su mejor propuesta el día viernes y de acuerdo a sus posibilidades, como todos los demás.

—No —vuelve a decir Jaime—. No vamos a participar de una licitación a ciegas.

—Una pena, porque entonces van a tener que mirar el juego desde la galería. Y sin derecho a comprar el resultado cuando termine el partido.

Jaime no parece dar crédito a lo que oye. Se pone de pie y queda entre sus dos asistentes, con ambos puños apoyados sobre la mesa. El cuello se le ha vuelto rojo y abultado sobre la palidez del rostro, en una curiosa combinación de estados de ánimo y pigmentación de la piel. Las dos asistentes se mueven nerviosas en sus asientos y decides girar la pantalla para saludar a Gloria.

—Hola, volví —dices.

—¡Hola! —Gloria se muestra jovial, como si acabara de comprarse unas cremas para la piel—. Te estábamos esperando.

—Aquí estoy —dices—. ¿No me perdí nada?

—Creo que no, le estaba contando a Jaime de nuestra decisión de no defraudar a nadie con la licitación, y que el tema corra parejo para todos los que participen, y nadie más.

—Me parece muy bien —dices, y miras a Jaime, pero el menor de los Ortúzar se pasea al fondo de la mesa, con las manos en los bolsillos y con ganas de sacar una pistola para encajártela bajo el paladar—. ¿Nada que agregar? —preguntas.

Él mueve repetidamente la cabeza, todavía incrédulo, soltando miradas asesinas hacia la pantalla donde Gloria se mantiene impertérrita.

—No cuenten con nosotros —lo oyes decir desde el costado y en un tono que te parece amenazante.

—Nos vemos el próximo viernes, para abrir las ofertas —dice Gloria, y no sabes si te lo dice a ti o a Jaime, pero como fuera se despide agitando una mano con la segura cordialidad de haberlo puesto en su sitio. Antes de acabar la reunión, tienes la delicadeza de girar la pantalla hacia el otro lado de la sala. Ambas asistentes

permanecen tiesas, con las manos apoyadas sobre los papeles y las carpetas que yacen como promesas desanimadas delante de ellas dos. Emiten breves fórmulas de cortesía para salir del mal paso mientras Jaime hace una señal con la cabeza y gruñe palabras inaudibles. Hablamos más tarde, dices enseguida. Gloria te sopla un beso en la pantalla y asiente. Oyes un clock que llega de la nube de skype. Miras a Jaime y sus asistentes. Entre los cuatro componen muecas de buena crianza, pero no hay nada más que decirse. Te desconectas y cierras el computador. La reunión ha terminado.

—Compraron al lado —anuncia Milton por el teléfono menos de una semana después de la cita en Vitacura—. ¡Están comprando todo!

Su voz suena excitada, con el nervio inflado. Al principio crees que se trata de tu casa; imaginas a Ingrid en una operación desesperada e ilegal, traficando con la propiedad a un precio ridículo pero suficiente para obligarte a negociar su salida y convertir la estafa en un obstáculo que diluya la venta. Una locura de último minuto instigada por Tito ante el desenlace inminente.

—¿Cómo sabes?

—Ayer vinieron unos tipos a sacar cosas. Y hoy volvieron para dejar tirados unos colchones en la entrada, con escombros y basura revuelta —dice Milton—. Es una declaración de guerra.

—Pero no pueden hacer eso, es mi casa.

—No, no; es la del otro lado —dice Milton—. La que estaba abandonada, mirando hacia la plaza.

De inmediato te haces un dibujo mental: el muro al fondo y, sobre el costado poniente, de norte a sur, la casa de la familia Martínez, luego la de la Piba, enseguida tu casa, la de Milton y Teresa, el sitio abandonado y dos casas más hasta llegar a la esquina de la plazoleta. La imagen de un basural al costado sur del sitio de Milton sacude tu composición de lugar.

—Tiene cara de pataleta. Los hermanos Ortúzar nos están enviando un mensaje.

—No veo la relación —dice Milton.

—Fueron ellos los que compraron la casa abandonada. Pero la dejaron quieta hasta ahora, mientras no supieran qué podía pasar con los sitios vecinos. Con tu casa y también con la mía. Ahora que ya saben, quieren que nos enteremos que ellos son los propietarios. No van a soltarlo hasta que les vendamos a ellos.

—¿Y si no lo hacemos?

—Van a usarla de basurero, que es precisamente lo que está ocurriendo. Van a hacer lo imposible por desinflar la licitación y que

nadie nos compre.

—El perro del hortelano —dice Milton.

—Exacto: si ellos no comen, van a quitarle las ganas al resto.

—Es absurdo. ¿Qué ganan con eso?

—Nada, pero tampoco pierden. Es lo único que les interesa.

—Se trata de ocupar el tablero.

—Así están las cosas. Si no me crees, toma el auto y paséate por la ciudad mirando las ofertas. Después de un par de horas, vas a ver que los carteles se repiten: Ortúzar, Inmobiliaria Azul, Cordillera, Andes Futuro… Algunas son de verdad, otras son réplicas de una misma empresa para evadir regulaciones, pero todas se están peleando los mismos pedazos de la ciudad. Si haces un mapa de Santiago y clavas banderitas de colores en los sitios donde se está construyendo, un color por inmobiliaria, vas a tener la imagen completa. Es una especie de guerra civil. Son cinco o seis grandes, no más, y están matando a las chicas antes de suicidarse entre ellas.

Dices todo esto sin inventártelo, como si lo hubieses estado estudiando durante noches con pasión de criminalista. Pero es sólo cuestión de leer los lienzos y carteles apostados en las obras. Es tu nuevo pasatiempo. La deriva del mercado inmobiliario ya forma parte de tu tránsito por la ciudad. Ha de haber allí un motivo adicional para tu retiro anímico. Resientes algo colectivo y personal a la vez con cada demolición que observas como hipnotizado en el movimiento de las palas gigantes. Te quedas fijo, mirando cual estatua de piedra el trabajo de los bulldozers que atacan sobre los muros y van dejando un interior vacío, con las estructuras rotas y grandes huecos pulverizados donde antes había ventanas. El progreso, te dice al oído un empleado de la constructora cuando te ve, uno de esos días, presenciar inmóvil el derrumbe de un conjunto de casas de arquitectura de los años cincuenta, con techumbres de dos o tres aguas emplazadas a lo largo de toda una cuadra detrás de la plaza Ñuñoa. Lo que una vez fue el paraíso de la vieja clase media camina recto a convertirse en el infierno de la nueva. Sí, dices. El progreso. O sólo asientes, te pliegas y sacas del espectáculo visual un provecho melancólico. Las casas a derrumbar son de dos pisos, con frontis de estilo inglés y una

profundidad de terreno interior que se adivina apacible en el diseño rectangular, oculto a la vista de la calle. Las estructuras son nobles, duraderas, difíciles de echar abajo pero todavía más de recuperar. Cada tanto, una nube de polvo se levanta detrás de los paneles que la constructora ha instalado para bloquear el paso. Te quedas mirando largo rato, fascinado por la velocidad de la demolición. Antes de un mes no quedará nada. Ya no es tu barrio, no le pertenece a nadie.

—Qué necesidad hay de tirar basura —se lamenta Milton en el teléfono.

—Son las tácticas del tiburón —dices—. Está preparando su bañera. No sería raro que de aquí al viernes te llene de ratones para que tires la toalla y lo dejes a él solucionar el problema.

—Una mierda —dice Milton, y el insulto suena cómico en su boca —. Voy a poner un cerco eléctrico para cortarles el paso. Y mientras tanto, a esperar a que se cumpla el dicho.

—Cuál de todos —dices, porque son muchos los ingenios y refranes que Milton dispara como un arma secreta para darse a entender.

—El tiburón se moja, pero también salpica —y oyes su risa golpear del otro lado.

Le cuentas a C. sobre tu trabajo de pioneta en la mudanza de Eva. Eliges las horas de menor afluencia de amigos y conocidos para visitarlo, poco antes del cierre de acceso a la clínica. Él escucha, atento y complacido. Es media tarde en la habitación del ala norte de la clínica cuya ampliación de cristales y formas curvas nunca antes habías pisado, y cuya transformación te asombra, en parte porque naciste allí, en lo que hoy los empleados denominan el sector antiguo. El aséptico piso pintado de un verde manzana que hospeda a C. está reservado para los pacientes bajo tratamiento intensivo, categoría que te alarma pero sobre la cual prefieres no abundar mientras te evades mirando fuera.

Desde las ventanas, al otro lado del río, observas el cerro apuntalado sobre el barrio Montecarmelo, detrás de la parroquia de La Epifanía y colindante con la zona de los teatros donde Eva ha decidido instalarse. Hasta allí has llevado sus cajas y maletas en un esforzado ir y venir de día domingo que aún te intriga. Algo en ella se te escapa cada vez, y esto desde el instante mismo en que cruzaste el umbral de su departamento en el piso de arriba. Un modo de mantenerse a distancia, fría y resuelta, que llama tu atención y cuya presencia huidiza no ha hecho más que crecer durante las jornadas de embalaje. Tu ex vecina te pone en tu lugar. Has espiado su cintura y sus espaldas a lo largo del domingo, su pecho orgulloso y levantado mientras la ayudabas a cargar y descargar, y durante la interrupción del almuerzo en que sus ojos volvieron a abrirse como platos cada vez que soltabas una mentira. Luego has vuelto al trabajo sin querer borrar esa frontera que comienza a demarcar los límites con ella, y que por una rara simetría te cuidas de respetar. En vez de acercarte y domesticar la distancia, has preferido tratarla como lo que es: una completa desconocida. Has cargado cajas y maletas que no son tuyas a un sitio que tampoco volverás a pisar (al menos no de modo familiar), y sin embargo la ayuda que le has prestado te resulta natural. En el momento no sabes bien por qué lo haces (un deseo de tensar la

proximidad, o el gusto de disponer y ordenar los libros en las bibliotecas ajenas), pero acometes la tarea llevado por los movimientos alternos (ascendentes y descendentes) de tu músculo interior. Por su parte, Eva ha mantenido impertérrita su seriedad de maestra de escuela durante el desarrollo de la mudanza, concentrada en lograr que rindas el examen para el que has sido convocado, sin desviar la atención hacia otros tópicos ni diluirse en la familiaridad del día domingo. La rigidez de su trato ha solucionado la precaria continuidad entre ambos, algo que agradeces porque así logras diferenciar lo que es casualidad de lo que es deseo, separarlos y distinguirlos para considerar tu interés bajo un prisma arbitrario, sin consecuencias, como si se tratara de un artificio que te permite mentir a placer con personajes de cartón, mientras que el deseo te exigiría fijar el objeto y darle alcance a la hechura física y voluble de ese ser de carne y hueso que escapa de ti llevando en su movimiento temperaturas, secreciones y humores innombrables, nunca los mismos, nunca casuales.

Es lo que le dices a C., por si se le ocurre alguna interpretación aún menos honorable. Está acostumbrado a mirar bajo siete alfombras y su estado (ahora estable) te permite inocular en él unos cuantos desórdenes especulativos a los que ambos son tan aficionados. Por suerte ha recobrado el color de la cara, luego de que le retiraran el dopaje y aprobara los últimos análisis previos a la operación de la aorta que deberá realizarse en los próximos días. Nada serio, dice C., pero atisbas un resto de preocupación en su voz cuando entra en detalles sin que puedas medir los riesgos a los que se expone. Quizá por eso prefieres distraerlo con tus historias. C. es un animal de parodia, un histrión a tiempo completo, y sus comentarios poseen desde siempre una cualidad lenitiva. Si no hubiese sido comunista hoy tendría una sala de café concert repleta de público ante el cual improvisar su humor caótico y desopilante. Desde que lo conoces, desde que te lo topaste hace treinta años bebiendo toneladas de cerveza en una pizzería de plaza Italia, sabes que C. nunca formalizará su talento en procura de lo que suele llamarse una obra. Jamás se interesó en construirla, y puede que en esa diletancia de calavera

resida buena parte del imán que ejerce alrededor. A veces piensas que si C. se afanara en cerrar, sistematizar y dar forma fija a lo que en su origen es sólo intuición y energía desbordada por una lógica implacable, fracasaría de lleno. O lo que es peor, desilusionaría su infinito. La historia de C. es la crónica de una risa o de una simpatía, Y si alguna vez ideaste la posibilidad de dramatizarla, fue precisamente su desobediencia a las formas lo que te hizo renunciar al proyecto. Al fijarlo, habrías traicionado al artista dislocado que es C., incompleto y fragmentario, arrojado al camino donde alimenta a los que llegan a su lado. Así también te has nutrido de él. Le cuentas tus historias y C. las hace explotar, las llena de bromas y combustible, desmontándolas y reduciéndolas a enigmas de palabras y gestos paródicos que encuentran una solución donde menos se la espera. Un sistema de la risa que lleva metido en el cuerpo y se vuelve pernicioso para él mismo cuando abusa de sus dones, pero que resulta indoblegable en su viveza. Ante él, no eres más que un profesor que pone notas; un instructor algo tieso que habla de la memoria pero olvida con enorme facilidad el nombre de sus alumnos. C. se pasea en cambio por varias generaciones de comediantes. Lo necesitas. Buena parte de lo que sabes lo aprendiste a su lado, cuando no hubo nadie que te enseñara a levantar un drama con dos sillas vacías y la policía instalada delante, confundida entre el público, formando parte de la representación y esperando su turno para intervenir con su parlamento acostumbrado. Durante períodos de fuerte apatía, aburrimiento o desinterés, C. te ha recordado para qué sirves. Entonces has vuelto a acercarte a él como una mujercita terca y caprichosa que por un momento ha creído arreglárselas solo en su cueva, pero que al cabo regresa de la montaña para reírse de las formas puras.

Una enfermera (distinta de la que habías identificado primero) ingresa a la habitación para anunciar el fin de la hora de visita. Sonríe y parece mucho más amistosa que la anterior. Señorita, por favor, dice C. ¿Sería usted tan amable de recogerme la libido que se me cayó al suelo? Sonríes. Ella mueve la cabeza como ante un niño revoltoso y coqueto. Enseguida se afana en ordenar las colchas. Le voy a pedir que se retire, dice. Hazle caso, o me va a pinchar con las uñas, aconseja C.

Obedeces y recoges tus cosas que han quedado sobre una silla, junto a la ventana. La luz desciende sobre el cerro, dejando en la sombra los techos del Montecarmelo y el barrio de los teatros. Recuerdas el momento en que Eva transportaba una caja de enseres personales al interior de su nuevo departamento y de pronto dejó caer (o quizá fue sin intención, quién sabe) un minúsculo objeto de pliegues oscuros que se abrió desde el piso. Caminabas detrás de ella y te agachaste a recogerlo. Luego vino tu desconcierto. Era un acordeón, o más bien la miniatura de un acordeón en forma de abanico, con dibujos en cada pliegue y un pomo redondo de material blando que hacía de vértice. Era uno de esos objetos de mercadeo que regalan en las tiendas de música, pero al levantarlo notaste unos leves pinchazos en la piel, como si el pomo estuviese recubierto de agujas capaces de causar un picor adictivo, de vagas resonancias eróticas. Y esto, preguntas. Para ti, dice ella. Y luego, con un gesto rápido, te lo birla de las manos y se lo guarda con un breve énfasis del mentón alzado, no exento de gracia ni coquetería. Pero el anzuelo ya está lanzado al agua; precisamente así es cómo actúa un cuerpo para atraer y fijar la atención. Esto lo piensas después, claro, porque por ahora sólo distingues la provocación mientras Eva se aleja de espaldas. Por primera vez la jaula del tigre se abre con un flujo de sangre caliente y deseas saltar sobre ella para morderle las nalgas y revolcarla con furia. La prudencia te ataja; vas de retirada, erguido contra viento y marea, los ejercicios respiratorios no son tu mejor medicina, y al observarla percibes un comienzo o una cancelación en el paso erguido de su grupa. Una imagen que hace soñar, piensas, y la dejas ir. Entonces vuelves a ocuparte de las cajas y olvidas el incidente. Hasta ahora en que, antes de salir, piensas en los pliegues de la miniatura de Eva y en la libido que C. dice haber extraviado en el suelo.

Tu tocayo te invita a una sesión del seminario que dicta en la universidad. El horario te complica, porque tienes una hora y media para llegar desde la calle República (donde has comenzado a participar de un grupo de trabajo el mismo día por la tarde) hasta San Joaquín, en la zona sur de la ciudad. Deseas de todo corazón asistir y llegar a la cita, pero más que la invitación al seminario en cuestión quieres agradecerle al tocayo la posibilidad de un diálogo que rompa los silencios que te oprimen. Las combinaciones del Metro te ayudan a llegar a tiempo, aunque tengas que apiñarte contra la multitud que suda y desborda las estaciones de combinación. Te pierdes en los túneles. Te falta práctica para desplazarte en un sistema que ha crecido y se ha complejizado en tu ausencia. No reconoces muchas de las cosas que encuentras en tu trayecto. A veces crees estar en una ciudad totalmente distinta: múltiple, crispada, inabarcable y saturada desde el corto conocimiento que tienes de ella. Pero es tu propia falta de familiaridad lo que más llama tu atención. Ya no manejas sus códigos de seguridad. Para colmo, hay paradas verdes y paradas rojas en las horas punta del subterráneo, y no hallas forma de embocarle a tu estación de destino. Te pasas o te quedas, y sucede lo inevitable. El tren sigue de largo cuando debía detenerse y se detiene cuando debía seguir. Estás frito. Estudias el mapa del sistema y su señalética parado en el vagón. La gente se aprieta alrededor y decides bajar dos estaciones más allá para calzar con el tren que hace la parada en San Joaquín, pero eso no es posible porque el intervalo será siempre el mismo: estás en rojo o en verde, no hay términos medios (y tú eres un hombre de términos medios). Identificas una estación común y pruebas dirigirte hacia allá en el próximo tren (debes retroceder otros tres espacios, por así decirlo, como en un juego de mesa pero con los dados marcados, porque quien diseñó estas intermitencias ha de viajar siempre apurado a través del horario rojo o del horario verde). Te enervas. Te acercas a un funcionario y lo increpas, enfadadísimo: Caballero, ¿hay alguna forma de llegar adonde voy? La pregunta no

tiene sentido ni para ti mismo, y el señor te mira con infinita sospecha. Dónde va usted, dice. Le informas y el hombre responde: la roja o la verde. Te dan ganas de golpearlo allí mismo, aplastarle la cabeza contra la primera locomotora que aparezca por la vía. Basta. Te das vuelta y ves un tren ingresando en la estación. Las puertas se abren. Empujas. Todos empujan. Subes a los codazos y cierras los ojos: bajarás donde te dejen, no importa si antes o después. Es un hecho que nunca llegarás con precisión horaria ni menos espacial adonde tienes que ir. Tendrás que caminar recto un largo rato, o retroceder. La historia de tu vida. Eso es: eres el hombre de las horas punta con la lengua fuera todo el tiempo. El dado cae en verde, las puertas del vagón se abren y bajas en Camino Agrícola, una estación antes de tu destino. Vas retrasado, por supuesto. Atraviesas una avenida feísima que parece una pista de avionetas del narco en plena selva. Caminas de prisa por la calzada oriente, corres más bien. Sudas. Y ves sobre tu cabeza el tren en altura que atraviesa el cielo y se detiene unos metros más allá con un chirrido asombroso. Es justo adonde ibas.

Otra media hora se te va en ubicar la sala donde se realiza el seminario. Al final estás allí, golpeas la puerta y saludas con torpeza. Adelante, adelante, gracias por venir, dice tu tocayo, y tomas asiento con las manos recogidas en el regazo, como un sacerdote. Llevas años dando clases en una materia que no es tu favorita, y a falta de certeza sobre cuál podría ser esa materia, esta vez ocupas el lugar del alumno. Al principio te sientes un poco extraño, impropio, como si tu cuerpo extrajera reservas de un banco de sangre que convendría destinar a otros más jóvenes que tú. Luego aplacas la incomodidad con las sutilezas analíticas de tu tocayo. Al finalizar la clase, te quedas charlando con él sobre la tragedia de Antígona y el significado de las entre-muertes de la heroína de Sófocles. Te sorprende (aunque no debiera) el claroscuro de la interpretación sicoanalítica, la luz que derrama en la sombra de tu experiencia más reciente. Puedes comprender las arideces de Lacan hasta la última línea a pie de página sin necesidad de buscar apoyo en otros textos. Discutes con el tocayo la muerte en vida de Antígona, que sacrifica su propio bienestar y consigue inaugurar una ética a través del acto suicida. Su lealtad al

hermano caído en desgracia funda la legitimidad de la sangre por sobre los poderes de la ley. Comentas con el tocayo que, del trío trágico griego, Sófocles es tu favorito porque en él la libertad nunca se obtiene del todo. Más bien se paga con el ostracismo. Es que allí opera el vínculo familiar, dice él. La tragedia pertenece al orden de las familias, al contrario de la comedia que es propia de la comunidad. Lo ves en Aristófanes y Genet, donde siempre hay detalles que te hacen sospechar que todo es una farsa. El tocayo lo explica sin asomo de suficiencia, al sesgo y como si te pasara un dato sobre el mejor restaurante del barrio. Vamos a revisarlo más adelante en el curso, anuncia, y también en la vida pública, a modo de ejercicio. Las conmemoraciones por los cuarenta años del golpe militar son un festín. Nuestro Yom Kippur, dices. Sí, dice el tocayo con una sonrisa traspasada de ironía. Nuestro día del perdón.

Es tarde y no quedan casi estudiantes en los alrededores. Los edificios del recinto están a oscuras y ambos se paran junto a las escaleras con el ademán de ir en direcciones opuestas. Habrá que ver lo que trae la fecha, dices, pero el tocayo se alza de hombros: Por los detalles falsos vamos a saber, responde, y te da un apretón de manos.

Vuelves a tu barrio en los últimos trenes de la noche. Ya las horas punta descansan sin inmiscuirse en los intervalos. El carro está casi vacío y bajas en la estación Irarrázaval. Esperas la combinación del bus mientras te entretienes observando el negocio sexual en la esquina de Bustamante (hay colombianas, peruanas, brasileñas, argentinas no todavía, pero sí putas de toda América Latina, un auténtico ejemplo de integración para el consumo local). Puede que los travestis sean argentinos, pero no estás seguro. Subes a un bus naranjo de dos cuerpos que se dirige hacia el oriente. Hay pocos pasajeros, todos sentados, y un perro duerme recostado sobre las gomas que tapizan los enganches entre los dos carros. Hace frío y el perro abriga el lomo tirado sobre el sitio más tibio de la máquina. Alguien te observa de manera insistente desde uno de los asientos con el respaldo volteado, de modo que viaja de espaldas al chofer y mirando en dirección al asiento posterior donde te has ubicado. Tuerces la mirada para evitarlo, pero cuando vuelves la vista descubres que el desconocido

sigue al acecho. No es joven ni viejo, y lleva encima un suéter algo desmañado. Va ostensiblemente ebrio (recién ahora lo notas). Apoya una mano en el tubo del manillllar y a cada sacudida del bus su cuerpo se desplaza unos centímetros fuera de las posaderas del asiento. De pronto apoya las piernas para sujetarse y te queda mirando fijo: unos ojos reblandecidos, rojos en los contornos, con el alcohol subido sobre la dilatación de las pupilas. Toma impulso y se incorpora tambaleante hasta llegar a tu lado. No me reconoces, balbucea encima tuyo, lento como un espía inmiscuido en una borrachera. No, no te reconozco, dices, suave y sin ánimo de ofenderlo. Pero enseguida dudas: esos ojos, esa mirada partida en dos sueños desiguales, la boca gruesa que se desmaya y dibuja una sonrisa amistosa. Hombre: el Pedagógico, dice con plena certeza del santo y seña, y tú: ah, claro, claro, el Pedagógico, exclamas, pero no estás seguro, vacilas. Aun así te paras y lo abrazas. Él te toma la cabeza con las dos manos: huele a vino en todo el cuerpo y está a punto de caer. Cuánto tiempo. Pronuncia un nombre que no es el tuyo, pregunta por un tercero que desconoces tanto como el suyo (¿Jaime, Gastón, Miguel…?). Su lengua trapea, se precipita. Qué haces en el De-Cero-Dos a esta hora. Ven, vamos a tomar algo, dice, perentorio. Te toma del brazo. Y tú, qué tal, dices para no desentonar. Pero sigues sin recordar su nombre y la casualidad te traiciona: de pronto sospechas de la veracidad del encuentro, no puedes bajar con él en cualquier esquina de la noche sin saber cómo se llama, quizá se trate de un malentendido, o algo peor, un tongo: el borrachín lleva escondida una cuchilla y te la pondrá en el cuello apenas bajen y queden solos bajo las sombras que sepultan las esquinas. Y el trabajo, dices por llevarle la corriente. El ríe sin emitir sonido, con la sonrisa generosa. Donde siempre, debajo de la mesa, responde al fin. E insiste en que bajen, pulsa el aviso de parada, dos y tres veces, pero el bus atraviesa las calles a una velocidad de estampida y tú agradeces en silencio que siga corriendo; están ambos de pie delante del perro que duerme sobre las gomas del bus, pero de pronto él decide enfrentar al chofer y camina arrastrando un poco los pies y chocando los hombros contra los tubos de aluminio hasta llegar a la cabina. Oyes palabras duras e insultos, el bus se detiene de golpe,

el chofer abre las puertas y él baja agitando los brazos para que lo sigas. ¿Vas a hacerlo? No, no lo hagas. Es una estafa. No sabes ni su nombre. Él camina por el lado exterior del bus hasta ponerse delante de la ventanilla donde estás tratando de recordar quién es, por qué te resulta tan familiar la expresión y sin embargo no logras juntar su cara con una circunstancia precisa, Mientras agita los brazos casi con desconsuelo: ya baja, huevón, vamos a tomar algo. Las puertas se cierran con un golpe seco y el bus sale rápido, acelerando con un ruido de serrucho mientras ¿Jorge?, no… Pancho, sí, eso es, ¡Pancho!, sí-sí, Pancho Castillo o la sombra de Pancho Castillo se pierde atrás en la noche junto con el tirón del recuerdo. Viejos conocidos, cómo no. De inmediato te apuras y golpeas con el puño la carrocería para que el bus se detenga, pero el chofer hace un gesto de hastío con la mano hacia el costado y entiendes que no hará caso del aviso a lo largo de las próximas quince cuadras. Vuelves a tomar asiento. Qué le vas a hacer. Miras al perro que ha despertado con el barullo y se incorpora sobre las gomas, avanza rengueando o narcotizado por el vaivén y se para frente a la puerta trasera del bus. Imaginas que ha de conocer bien su trayecto para disponerse a bajar cuando el chofer decida detener la máquina. Un regusto amargo se te ha quedado en la boca. Apenas lograste saber que Pancho era Pancho, y esto cuando ya era tarde para acompañarlo y el tiempo de los jardines del Pedagógico y las muchachas con trenzas y las promesas cruzadas en el café Pushkin se habían desvanecido en la noche. ¿Qué habrá pensado ahora? El bus corre por una paralela de Irarrázaval y se detiene en una esquina que no reconoces. Te levantas y quedas de pie detrás del perro que aguarda con parsimonia que se abra la puerta. Pareces un ciego sin bastón, entregado al animal que te precede. Las hojas de la puerta se abren hacia dentro y el perro da un brinco desde el peldaño inferior a la vereda. Lo sigues, teniendo cuidado de no pisarlo. Una vez en la calle, cada uno se va por su lado.

El episodio te sumerge en pensamientos tristes y terribles.

Por la noche, ya muy tarde, te asomas al balcón como un lobo en busca de algo que comer, y te quedas mirando largo rato las luces hacia el norte. Cada tanto distingues en diagonal a unos caminantes

solitarios que atraviesan la calle de una vereda a otra. Giras a mirar el interior del departamento a través de la mampara corrediza. Una cama, tus ropas, unos cuantos objetos fáciles de trasladar acompañan tu nomadismo. Inquieto, te preguntas por qué razón sigues viviendo en el exilio si ya todo acabó, hace tantos años. Pero aplazas la respuesta porque de momento no la tienes, y la esperas (es lo único que esperas, en verdad): que llegue, o que surja de los largos recorridos que haces por Irarrázaval, o que te sorprenda una mañana al despertar con los pulmones llenos de un aire nuevo en el cuerpo. Que venga, que aparezca, sí; para salir del espacio de la entre-muerte donde has vivido tu vida en el filón de ese acontecimiento que te pertenece (y del cual ignoras todo), como la noche en que te deslizaste por la terraza de Eva hacia tu departamento y creíste vislumbrar dos tiempos paralelos al encontrar la puerta cerrada pero también abierta. ¿No es eso acaso la entre-muerte? ¿Un pasaje entre dos espacios que se niegan mutuamente? ¿Cómo se hace, en el fondo, para *derribar una puerta abierta*? La pregunta es demasiado abstracta para ti, por absurda o inasible. Ni siquiera recuerdas de dónde puedes haberla sacado. Quizá en uno de los libros que encontraste en el departamento y has estado hojeando por las noches, antes de dormirte. Vuelves a la cama y coges el que está más próximo, sobre el velador. No, no está allí, pero decididamente los uruguayos te caen bien. Te quedas fijo en un párrafo que relees varias veces. «Sí, ahora veo que siempre me moví entre extraños, sin amarlos, y que yo mismo soy un extraño para mí, tan ajeno como esta ciudad, como esta casa, como aquella otra ciudad y sus selvas y túneles. El extraño soy yo.»

Apagas la luz y te quedas un rato todavía con los ojos abiertos, quieto y de espaldas, la mirada en el techo mientras oyes el rumor de la noche y las voces que no están, hasta que por fin también tú comienzas a irte.

La ceremonia de apertura de sobres tiene algo de sorteo de copa del mundo. Milton ha sacado una botella de champaña para celebrar, tú has traído el bolso con tu computador y Teresa una calculadora que sostiene entre las manos. Conectas la nube de skype y en un instante Gloria se suma al grupo. Sobre la mesa de centro, siete sobres cerrados esperan el pitazo inicial. La cantidad de ofertas supera las expectativas (imaginaste cuatro, cinco a lo mucho), por lo que la licitación puede considerarse desde ya todo un éxito de convocatoria.

—Número mágico —dice Milton paseándose inquieto.

—Déjemos que Gloria abra el primero —bromea Teresa, y todos celebran.

—Yo soy el relator —dices, y te instalas en un silloncito cuadrado y bajo frente a la mesa para iniciar el proceso—. Voy a ir leyéndolas una por una, con el nombre de la inmobiliaria y la cantidad ofrecida, para ir descartando. Luego revisamos las condiciones.

—Hecho —dice Milton.

La primer bolilla cae al agua, con una oferta por debajo del mínimo exigido. La segunda enciende los ánimos: está levemente alzada sobre el nivel de flotación, con 35.4 UF el metro cuadrado. La dejas aparte mientras Milton vierte champaña en los vasos y Teresa comienza a calcular según la cantidad de terreno a la venta. El sobre siguiente te sorprende con el diseño corporativo de los hermanos Ortúzar en la esquina superior derecha.

—Miren quién llegó —dices, Y exhibes satisfecho el sobre sin abrir.

—¡El tiburón! —exclama Milton, y se produce una pequeña agitación alrededor, una cosa infantil y jubilosa al ritmo de tiburón-tiburón, tiburón-a-la-vista, bañis-ta, con pasitos de baile en que los tres se ponen de pie y hacen chocar las copas y beben de cara a la pantalla donde e-Gloria aplaude sin entender demasiado la trama de la fiesta—. ¡Cante Gardel! ¡Cante! —vuelve a decir Milton.

Te paras y lees 38.5 entre pequeños aullidos y nuevos choques de copas.

—Ay Inés, Inés, ponme el embudo otra vez —pide Milton en estado de éxtasis y con los brazos abiertos.

La situación se vuelve caótica, o es el champaña que corre deprisa. Ya la cuarta y la quinta oferta las lees en plena excitación: una va a la baja en 36 UF pero la otra sube de golpe a 39.8 UF mientras el papel tiembla en tus manos y vuelves a leer para estar seguro de no haber caído en un error. El sobre siguiente trae un pleno: 40 redondos y los abrazos cunden. Ves a Teresa saltar y elevar las manos al cielo mientras comienza a dar vueltas diciendo: Mentira-mentira-mentira-mentira, sin parar y de un lado a otro de la sala. Milton habla a toda velocidad con e-Gloria y elabora planes. Te has metido champaña hasta las orejas y apenas logras articular la última oferta, un pálido 37.9 UF pero con pago casi inmediato. Te dejas caer en el sofá de la sala. Se produce una pausa victoriosa, llena de cálculos silenciosos y planes inconfesables. Los tres están exhaustos y Teresa trae de la cocina una bandeja con empanaditas de queso que deja a un costado. Ves a Milton pasearse con aplomo, respirando hondo y con las manos en los bolsillos frente al naipe de ofertas que han quedado abiertas sobre la mesa. Se para adelante, con aire soñador.

—Como dicen en mi pueblo, ahora platita en la mano y potito en el suelo.

—Tranquilos, revisemos un poco —pide e-Gloria desde su lugar en la pantalla—. ¿Cuáles son las tres mejores?

Vuelves a tu función de relator y examinas rápido los papeles. Eres competente a la hora de seleccionar por precio, condiciones de pago, garantías y tiempos para cerrar el negocio. Son categorías que has aprendido a manejar durante estas últimas semanas, y apartas a un lado y con una solvencia desconocida para ti mismo aquellas mejor calificadas. Vuelves a leer, ahora en detalle, cada una de las ofertas mientras los demás oyen con atención y hacen cómputos.

—Nos conviene esa —dice Teresa indicando el sobre de los Ortúzar —. La que paga ochenta por ciento con la firma de la promesa.

—No, mejor esperarse un poco y tomar la de cuarenta UF —dice Milton. ¿Qué nos importa el plazo?

—Me niego a vivir un año más al lado de un basural. ¡Quiero irme

ya mismo! —replica Teresa.

—Lo que importa es que dependamos de nosotros mismos —interviene la voz un poco distorsionada en la pantalla, y Milton hace un gesto perentorio para pedir silencio ante el consejo de e-Gloria.

—¿Quieres decir que ese debería ser el factor decisivo?

—Sí —responde ella, y los tres, Teresa, Milton y tú, rodean el computador y toman posición ante él como si se tratara de un oráculo que emite el primer mensaje radial de unos marcianos prontos a aterrizar en el patio—. Que ofrezcan más o menos dinero ya no es el tema, sino cómo lo ofrecen, cuál es la fórmula. La cuestión es saber si vamos solos o nos sujetan a una negociación con los vecinos. Hay que preferir la libertad de movimiento a los montos de dinero.

—Estoy de acuerdo —dices en un arrebato de entusiasmo.

—Pero eso haría bajar mucho el precio —dice Teresa.

—Hay que equilibrar entre autonomía y precio, pero no al revés —dice Gloria.

Milton se alinea. Aprueba con movimientos de cabeza. Pregunta cuál de las tres escogería ella.

—La de 39 UF y fracción —dice e-Gloria, sin dudar un segundo—. El proyecto de ellos encaja con el nuestro y es independiente de lo que ocurra con el barrio; ofrecen cincuenta ahora y cincuenta cuando se haga el traspaso, y si en un par de semanas llegamos a la firma, en tres meses cerramos y quedamos libre. Además, de paso dejamos sin agua al tiburón de los Ortúzar—. Todo esto lo dice con una claridad sorprendente, como si estuviera al mando del control de daños que podría acarrear toda la operación. Milton se gira buscando tu acuerdo y luego mira a Teresa. Los tres dan muestras de rendirse ante el argumento. Se trata de ser lo más sensato posible, y Milton instruye cursos de acción a partir del día siguiente: un abogado, aviso a cada ofertante de que la licitación ha recaído en otra inmobiliaria pero sin informar del precio, y comunicación inmediata con los titulares de la 39.8 UF para iniciar los trámites de venta. Teresa sirve más licor de una botella que parece ser brandy. La excitación cede paso a un relajo sin ideas ni amarres donde sostenerse. Haces chin-chin con tu e-mujer, golpeando el borde de la copa contra la pantalla. Salud, dice ella. Eres

millonario. Y golpea con un dedo la nube de skype. Cuando la clase media va al paraíso, adonde llega es al infierno, dices. No sea pesimista, te regaña ella. Así como viene se va, insistes. Las deudas se comen la mitad, pero por ahora te puedo comprar un pasaje. No es necesario, dice ella; tienes el poder para firmar por mí. Es cierto, replicas. Estás en mis manos. ¿Qué vas a hacer con esa plata?, dice ella. Voy a ir al casino, dices tú. Deséame suerte. Voy a empezar apostando tu parte. Ella se ríe. Invita a Ingrid, dice. Así aprovechas para sacarla de la casa.

La historia del hombre que una noche va al casino de Montecarlo, gana un millón de dólares, vuelve a su hotel y se suicida, ya no te parece tan extravagante. Tienes razones para pensar que, entre las muchas opciones que se le abren, la muerte por mano propia es la menos escandalosa. Estiras los pies sobre la arenilla de la plaza trasera donde has ido a tomar aire, detrás del departamento de Irarrázaval, y recuerdas el apunte del maestro ruso que alguna vez consideraste inverosímil pero que ahora te resulta claro y evidente, casi familiar. Las luminarias de la plaza dejan caer una luz amarilla sobre los tubos y columpios donde los niños juegan durante el día. Desde el banco donde has tomado asiento te miras las puntas de los zapatos. Hace un poco de frío y unas cuantas parejas se pasean entre los árboles. Sigues con la vista a unos perros que corren alrededor. Estás solo y clavado bajo un cielo de invierno que se resiste a partir, sin ganas de recibir miradas ni alimentar excusas. Te quedas aturdido, pensando que no hay más que una delgada línea entre llenarse los bolsillos de dinero y vaciarse un tiro en la cabeza, dos soluciones consecutivas y encadenadas a un mismo dilema sobre cómo acortar distancias y romper con los imponderables de la redención. O sobre la dificultad para ser un hombre serio pasados los cincuenta años, cuando la verdad es que te deshojas y derrumbas a cada momento. Irte a dormir te duele tanto como despertar, y lo postergas a sabiendas de lo que te espera; en mitad de la noche te ríes y te agitas, pero a plena luz vas quieto y apagado delante del rumor de las vitrinas. Si llevaras un diario podrías evacuar tus pensamientos más negros, pero la vida interior ya no te sirve para confrontar el desencaje que te empeñaste en conquistar, esta desaveniencia que te borra del mundo desde un tiempo pretérito. Son otras las herramientas que necesitas ahora para alojar esas presencias que dejaste suspendidas, esos actos mudos que esperaron por ti. Se lo has comentado al tocayo en las reuniones de los jueves: cómo entender que la segunda muerte, la muerte en vida que niega el derecho de pertenencia a la familia de los hombres por la ley

del hielo impuesta a la ciudad, venga primero y anteceda a la muerte natural que es propia de cada uno. Y él te ha respondido con otra pregunta sobre la inscripción o la falta de inscripción en las leyes de la comunidad, cuestión sobre la que a su vez no has podido contestar con claridad. Un lío, pero forzando las cosas quizá en tu caso la entremuerte donde has quedado varado sea lo único que te pertenezca de verdad. Ocupas ese lugar mudo porque has querido, nadie te empujó ni marcó esa frontera para ti. Aquí es donde deseabas estar. Junto a la segunda muerte que golpea primero y prefigura el tiempo donde mañana ya no estarás, te dices con gesto trágico. La segunda muerte que te dio origen muchos años antes de llegar hasta aquí, tantos que no alcanzas a ver de qué forma tu amor se encadenó al suelo cuando lo que deseaba era desplegarse y echar a volar.

Una joven se acerca a pedirte fuego para encender su cigarrillo. Sonríe y te trata como a un caballero que sube a la micro, a punto de arrimarse a la vejez. Claro, dices, y extraes un encendedor. Ella se inclina y forma un refugio con las manos recogidas para proteger la llama. Gracias, dice. Y te pide perdón por haberte arrancado de tu vida interior. No lo dice con esas palabras, pero tú la entiendes. Disculpe la interrupción, ha dicho, cuando no hacías más que mirarte las puntas de los zapatos. Mueves la cabeza en señal de aprobación. La joven se aleja de espaldas hacia el sector más oscuro de la plaza, junto a los árboles donde su amigo espera por ella. Queda muy poca gente en el lugar. Corre un viento tardío que agita las planchas del techo de una fuente de soda ubicada en la esquina. Has ido al casino, has ganado un millón de dólares y ahora debes regresar a tu hotel. Pero tienes paciencia, si algo te queda es paciencia. Te incorporas, sacudes tus pantalones y vuelves caminando sin apuro hacia la segunda muerte donde te habías prometido llegar.

Los días vienen y se van rápido sin que Ingrid dé señales de vida en el planeta de tu calle sin salida. Ni hablar de Tito. Pruebas varias veces y sin resultado la mensajería de texto. Cuando ya la irritación da paso a decisiones más drásticas (contratar a un segundo abogado para un recurso judicial, presentarse a primera hora de la mañana para emboscarlos a la salida, trepar desde la pandereta de Milton para encararlos mientras cocinan un asado en el patio), aparece un aviso de Ingrid en tu casilla de correos. Tiene buenas noticias para darte, dice. Advierte que lo mejor es reunirse fuera de la casa y hablar a solas. Respondes de inmediato y propones el local sobre Irarrázaval, lado norte, donde sueles detenerte a tomar café en grano durante tus caminatas. Ingrid accede pero, tal como suponías, se ausenta de un modo flagrante el día convenido.

Mientras esperas, te distraes en una mesa del café Conti siguiendo las conversaciones de tus amistades electrónicas. Cada tanto posteas algo ocurrente y sin relevancia. Escribes, por ejemplo, *Esperando a Eva para que esto termine*, en parte porque has estado pensando en ella y en parte porque, pasados los primeros cuarenta y cinco minutos, te parece que Ingrid no merece siquiera una mención y prefieres encriptar tu mensaje antes de enviarlo al mundo. Pero por distintas razones que puedes adivinar, ni Eva ni Ingrid recogen tu botella en el agua. Entonces sigues a los demás con ojo desconfiado, sin hacerte notar, rendido a la literalidad de los intercambios. La actividad en la red ocupa buena parte de tu tiempo, al menos un par de horas de mañana y tarde, si consideras tus discontinuados diálogos con Gloria, los intercambios de novedades con Milton, las instrucciones al abogado, las consultas domésticas y el seguimiento hipnótico y a todas luces improductivo de las conversaciones a través del twitter y facebook. Cada tanto aparece alguien nuevo en whatsapp. Te entregas y dejas llevar por el torrente de los mensajes que te direccionan hacia otros vínculos que a su vez remiten a otros asteriscos, tag, slash y símbolos de gato. Hay gente que te sigue, pero no sabes quiénes son ni

lo sabrás nunca. Pinchas un sitio de noticias y luego otro en busca de la cartelera teatral y enseguida uno de fotos que despierta tu interés porque debes pedir e introducir una clave para acceder. A falta de existencia y realidad, ya eres parte del hipertexto: trabajas en línea, haraganeas en línea, negocias en línea, lees el diario y vas al cine en línea, tienes sexo, te enfadas y reconcilias en línea. El yo secreto del mundo se expone en línea veinticuatro horas sobre veinticuatro. Ya no hay nada que ocultar. Te enteras de cosas que no te interesan pero estás comunicado, sabes de la vida de los demás, puedes oírlos jugar alrededor del pozo, contarse historias y cambiar de opinión. Tan cerca y lejos como si se mimetizaran y sucumbieran en la pista líquida y evanescente de la pantalla. Cansado de esperar, escribes un mensaje al correo de Ingrid en un tono que te parece de lo más amenazante: «Todavía estoy aquí». El aparato emite un sonido de fuga y relees tu propia advertencia, sin que ahora te resulte amenazante en ningún sentido. Más que un reproche se lee como una invitación melancólica. Decides precisar tu estado de ánimo y escribes, ahora sí en mayúsculas, un nuevo mensaje de carácter imperioso: «¿HASTA CUÁNDO? EL PRÓXIMO CORREO TE LO ENVIARÁ MI ABOGADO». Satisfecho, dejas ir lo que no puede interpretarse sino como el inicio de las hostilidades. Y acto seguido te dices que la esperarás todavía un día más por si acaso, antes de llamar al abogado. El gran conciliador, como alguna vez te llamó C. Tiras la piedra y luego vas corriendo a atraparla antes de que golpee en la cara de tu rival. Tienes que darle la oportunidad de corregirse, aunque él, tu enemigo y rival, se abanique con el viento que provocas a su alrededor para evitar el trompazo. Es indudable que te reservas el conflicto para fines más nobles, pero eres un pésimo dramaturgo en la vida de los que te rodean. Hasta mañana a mediodía, dices, poniendo plazo a tu propia ineptitud para desalojar a Ingrid de una vez y comprometerla con los tiempos acordados con la inmobiliaria. De otra forma, tendrás que pagar la multa consignada con tu firma durante la promesa de venta.

De regreso al departamento, te invade la idea un poco absurda de que Ingrid haya podido cambiar su dirección de correo y no haya tenido ocasión de leer tu mensaje. Pobrecita, y tú con groserías de

despechado. Te paras a medio camino, sobre Irarrázaval, revisas el correo enviado, lo copias y vuelves a mandarlo, pero ahora a través de la aplicación de whatsapp, con un encabezado donde abres una puerta al diálogo y le recuerdas que está viviendo gratis desde hace más de un mes, cuando dejó de pagar el arriendo. Al llegar al departamento, haces cálculos del monto que deberás cancelar si te retrasas en la entrega de la casa, a razón de cinco unidades de fomento por día. Calculas meses, quizá años. Multiplicas las pérdidas. Es una hemorragia de dinero que se va por el desagüe. A este paso, recibirás migajas. Ves a Tito viviendo en un rincón del patio, al fondo, bajo unas planchas de fonola y el perro Negro al lado, junto al fogón donde se cocina un puchero de huesos. Es invierno del año 2016. Sacudes la imagen con un gesto. Es evidente que no estás para nada seguro de tus competencias en el caso.

Pinchas en tu computador la página http://www. Youtube. Com/ watch?v=mKzshSkCgbc

Finalmente has decidido envalentonarte y dirigir tus pasos hacia un sitio donde puedas hacerte una idea clara de la operación de aorta ascendente que C. enfrenta en el quirófano de la clínica. El archivo es liviano, pero las imágenes salpican sangre sobre el teclado. Una cámara microscópica captura en un primer plano inmóvil toda la secuencia. Los órganos palpitan en sus cuevas y observas, entre el asco y la fascinación, la resistencia de una mucosa a dejarse atrapar por una pinza quirúrgica que busca penetrar el tejido. Sientes un ligero mareo que sube y baja desde el vientre a la cabeza, empañando la claridad de lo que ves. Crees estar a punto de sufrir una pálida y caer al suelo, amenazado por un violento descenso en la presión. Un molusco hinchado y palpitante ocupa la pantalla. Parece un picoroco recién salido de la olla, estilando miasmas o algo peor. Con ayuda de un escalpelo, el cirujano punza un tejido que cubre el acceso a la arteria y continúa adelante, dibujando un corte en forma de cruz a medida que avanza y abre la cañería donde yace la vida de tu amigo. Un aparato semejante a un tubo de ventilación se introduce por el hueco y escobilla las paredes. El interior se adivina viscoso, inundado de babas secretas. Es bicúspide, comenta el cirujano en voz baja y algo excitado, como si diera con la perla que andaba buscando, y la respuesta del ayudante a su lado es casi inaudible, ya que por alguna razón que se te escapa el video está sonorizado con música de Billy Joel mientras canta *Captain Jack,* uno de los temas favoritos que solías compartir con C. treinta años atrás. La coincidencia te parece una señal indesmentible de que todo va a estar bien, y te distraes con la letra de la canción sin despegar la mirada de la imagen dolorosísima de la operación a la que C. está siendo sometido: *Yeah, Captain Jack will get you high tonight*… Si no fuera por Billy Joel ya habrías puesto pausa al video, o directamente abandonado su reproducción. En unos cuantos minutos la cirugía alcanza el centro mismo de la tubería,

donde se ubica el motor con todos sus pistones. Un primer plano muestra el corazón que bombea, agitado (una masa porosa y con aspecto de nuez que revela una filigrana de alambres finos atravesando una superficie de color más bien gris). El cirujano introduce un tubo y lo hunde como un escalofrío entre dos lenguas de la aorta que ha quedado a la vista. Echas el cuerpo hacia atrás, punzado en pleno pecho por la imagen, y de forma casi simultánea surge la nube de skype montada con un repiqueteo insistente sobre el costado derecho de la pantalla. ¿Estás allí?, pregunta e-Gloria. Háblame. El mensaje rompe y a la vez acelera la tensión que has ido acumulando en la sala del quirófano, aun cuando estés cómodamente instalado en el departamento y por lo mismo te resulte difícil explicarte ante ella. Están operando a C. a corazón abierto, dices con alarma. Gloria no logra hacerse una idea precisa de tu terror. Asombrada, pide que pinches el ícono de la cámara para poder verte, pero te resistes a dejar la sala del quirófano; estoy con C., dices, no puedo irme ahora, insistes, preso de una superstición maliciosa que te impide abandonar la sala y soltar la situación, como si realmente fuera C. quien estuviera allí contigo y tú con él, bajo las luces de titanio que bañan con una pátina de irrealidad el ir y venir de los delantales verdes salpicados de sangre. ¿De qué hablas?, dice e-Gloria con un deje irritado en la voz, y piensas que estás asistiendo a una escena clásica de tus relaciones con ella, donde las urgencias de uno y otro se declaran divergentes y simultáneas en el momento menos indicado. Queriendo ser didáctico, explicas el trance en que te hallas, pero con tan mala suerte que la campana del teléfono móvil comienza a sonar a tus espaldas con el altavoz libre. Al cabo de unos cuantos segundos, el sonido ascendente y descendente se hace intolerable y decides contestar. Giras a recogerlo mientras oyes que e-Gloria teclea con avidez del otro lado del planeta, y puedes estar seguro que desde ya ha encontrado la manera de introducirse en la página del quirófano utilizando una triangulación de vínculos y digitaciones irrealizables para ti. Qué horrible, dice ella, mientras surge la voz de Julia en el teléfono y dice: Hola, como estás, ¿te interrumpo? No, está bien, mientes, sosteniendo a la vez el diálogo a dos bandas y la imagen en la

pantalla. Llamaba sólo para confirmar tu asistencia a la presentación del video en la embajada argentina, aclara ella, Julia. ¿Cuál video?, pregunta eGloria algo descolocada por la intromisión. ¿No estabas en el sitio del quirófano? La simultaneidad auditiva te desborda, y tratas de atender una petición después de otra; primero con Julia diciendo: Sí, sí, lo tengo agendado, no te preocupes, allí estaré. Dónde vas a ir, interrumpe e-Gloria por el audio de skype, y Julia tercia en la conversación y pregunta a su vez: ¿Con quién hablo? Entonces decides retirarte al rincón, agobiado, sin siquiera darte la molestia de explicar. Permiso, dices. Ya vuelvo. Y dejas el micrófono del teléfono abierto junto a la pantalla y el altavoz del computador. Que se las arreglen como puedan. Te levantas de la silla y vas en busca de un vaso de jugo mientras e-Gloria y Julia se olfatean y se atrapan, se hacen amigas de inmediato, charlan, intercambian comentarios sobre tu analfabetismo digital y se ríen. Ríen y ríen como una cascada de agua fresca sobre tu cabeza. En parte tu problema es que las entiendes demasiado bien. Si fueras mujer, seguro que serías lesbiana. Y te quedas pensando en que después del segundo sexo, después de la tercera ola del feminismo, después del cuarto mundo de las locas, después de las ejecutivas autovalentes y de la estupidez de querer igualar la estupidez de los hombres, lo único que permanece es esta risa, invencible entre todas las rebeldías por reducir y castigar a las mujeres. Chao-chao está diciendo Julia. No te olvides. Y cuelga la llamada al mismo tiempo que te acercas a la pantalla hacia donde e-Gloria te llama porque acaba de insertar al pie de la nube, en el cuadrito de diálogo, un vínculo que recién encontró y quiere que lo pinches sin demora: http://www. Youtube. Com/watch?v=3qwhbNrkDXM

Obedeces de inmediato. Aparece Billy Joel en vivo, año 1980, cantando *Captain Jack*. Qué rápida es esta mina, te dices a ti mismo, remedando a Milton y como si él te lo soplara al oído. Qué rápida es mi comadre. Tomas asiento y te quedas oyendo la canción: *Captain Jack will get you high tonight / And take you to your special island / Captain Jack will get you by tonight / Just a little push and you'll be smilin…*

Vas al mar el fin de semana y escribes un proyecto de obra en varios cuadros para dos personajes, A y B, más un tercero eventual. Es un drama de corte cómico pero con trasfondo dramático. A es un hombre de mediana edad que sospecha de sí mismo. No está seguro de las ideas que se le vienen a la cabeza ni tampoco de sus actos. Decide contratar a B, un detective que debe seguirlo a sol y sombra, para despachar al cabo un informe riguroso sobre el comportamiento de su cliente. Consciente de la situación, A simula una conducta de lo más banal (camina por la ciudad, visita a un amigo que ha sido hospitalizado, realiza trámites, sostiene largas conversaciones telefónicas y se distrae en internet). Cada gesto es un fingimiento de otro anterior, como si levantara un decorado para eludir el ojo avizor de B. Esta es la parte central de la obra. El propósito de A es falsear su conducta para entregarse a lo que realmente le interesa y desea guardar bajo estricta reserva, escabulléndose de la vigilancia de B, quien a su vez es lo suficientemente astuto para encaminar su indagación por los detalles que revelan la conducta errática de su empleador. Es lo que A espera de B, para eso lo ha contratado finalmente, pero muy pronto ambos personajes se ven atrapados en propósitos equívocos para darse caza o declararse incompetentes. El clímax llega cuando B presenta su informe y A se rebela, irritado por las acusaciones que recaen sobre él. A, dice B, ha estado visitando una historia antigua en un lugar apartado del sector alto de la ciudad, donde las gentes van a morir. Es un asilo de entre-muertes donde se hospeda alguien que ha de ser importante para la vida de A (por las felicidades y los dolores compartidos, las confesiones dichas, los años idos; en fin, los motivos exactos escapan a las atribuciones de B). Pero es claro que A desea mantener en secreto sus movimientos entre una y otra aparición en escena. A se defiende como puede. Rechaza el informe. Decide despedir a B pero ya es demasiado tarde: éste ha tomado el control de la situación y por contrato no puede renunciar a su trabajo ni tampoco permitir su alejamiento. Ambos están unidos de

por vida a la investigación. La única forma de terminar con la mutua servidumbre es llamar a un tercero, a Dios o al Diablo para que resuelva el clima de intriga que los reúne. Los dos se arrodillan clamando por una salvación que no llega.

El final no está claro, pero debiera ser algo por el estilo de *La boda*.

Sales a caminar. El mar te calma. Recuerdas que de niño corrías a saltar sobre las rocas apenas llegabas a la playa para evadir los espacios cerrados y las habitaciones familiares. Ahora vas con un palo que te sirve de bastón. El sol caído en el horizonte, el silencio que te rodea, los ladridos a distancia son el marco de tu retiro después de dar la vuelta al mundo. ¿A eso has venido? ¿Por qué has venido y *de qué* te retiras exactamente? No lo sabes con certeza, pero sospechas un derrumbe que se resiste a decir su nombre detrás de los trámites de la compraventa, probablemente asociado a ciertos efectos que aún ignoras. Rehaces el camino de tierra y piedras cuando ya el cielo se ha vuelto naranjo. No hay más luz en los alrededores, y antes de llegar a la casa recoges algunos leños para encender de noche. Entras cargado de palos y ramas que dejas caer a los pies de la salamadra que te sirve de estufa. Revisas, con ayuda de un dispositivo de velas dispuesto en círculo, el proyecto de obra que has escrito a mano, sobre un block de hojas cuadriculadas. No necesitas más. Has dejado en la ciudad todos tus aparatos electrónicos, en parte porque no hay suficiente suministro eléctrico en el lugar y en parte porque aprovechas la playa para desenchufar las líneas tendidas alrededor: la consejería remota de e-Gloria, el asedio sobre Ingrid y Tito, la recuperación de C., el elusivo enigma de Eva, las consultas del abogado… Todo ese conjunto de dibujos y pliegues que has tramado alrededor de las entradas y salidas de tu calle sin salida requieren de ti un merecido descanso. Relees el borrador de obra que acabas de escribir y no te parece mal, pero la luz cada vez más escasa de las velas te ataja de agregar un nuevo detalle al cuadro. Avanzas de memoria por las sombras de la casa. Preparas algo de comer: sacas plato y servicio, un vaso, una botella, la panera, un sartén, dos pepinos y una palta, limón, aceite y sal. Luego echas a freír el trozo de reineta que has comprado en el pueblo y te sientas a comer. Haces todo esto de corrido: entre diez y cien billones de

neuronas se han puesto a funcionar en complejas conexiones y sinapsis para que tu pequeña merienda adquiera realidad. Tu memoria se activa y funciona perfectamente. Acabas de comprobarlo. No sólo eso, También te ha llevado de una isla a otra mientras unas celdas minúsculas se iluminaban en tu cerebro desde lugares imprecisos según te desplazabas. A qué lamentarse, entonces. Vives en ella, este es tu hogar, el inveterado. La memoria ha sido tu hábito y tu rezo, tu templo de oración. Se puede decir que le has dedicado tu vida, y sin embargo te ha dejado con las manos vacías. Pero, ¿qué esperabas de las estrellas muertas sino esa luz tenue que atraviesa la noche *por fuera* de ella misma?

Piensas en una imagen que la contenga. En manchas de colores, también. No en una fantasía política ni en el jardín del mito, sino en la memoria inmediata, topográfica, corporal, inmanente al territorio donde se conservan tus daños. Sonidos y olores sobre la superficie de una laguna que de pronto se agita y enseguida se esconde.

Te incorporas. Encuentras un estuche de discos compactos con música anglo, vacías la botella y te atontas mirando el fuego, el ardor de las lenguas que se agitan con una imagen en el vidrio. Descansas la vista. Te quedas quieto y oyes el mar que golpea contra la ventana. Puedes tocar el silencio (tan denso se ha puesto en el vacío que lo atrapa). Haces recuento de los días, un balance franco. Y luego sales a la terraza en mangas de camisa. Miras el cielo indescifrable, magnífico. Un cometa atraviesa la noche y se desploma detrás de los campos. Estás solo y lo sabes, pero en tu oficio la soledad no existe, es una estratagema para llegar a otra parte. ¿Dónde?, te preguntas, más inquieto que nunca porque sabes que hubo un límite donde ahora hay un vacío que te precipita. Estás pegado a tus personajes, casi que dependes de ellos (les has entregado las llaves de tu libertad, por decirlo con grande y brioso estilo). Haces crack; algo se ha trizado en tu interior. Como si hubieses llegado a la luna pero con tu cara pegada a la tierra. ¿Qué ha ocurrido entre el paso de una puerta a otra para que la experiencia pierda su forma? Caes del balcón de Eva a una pieza oscura, la clínica donde C. está internado termina o comienza en un sótano de pacientes terminales, la casa que vendes no es la casa

que te compran. El horror de los dobles te insinúa una brusca locura. De pronto te sientes inerme, como si hubieses perdido las gafas en medio de una curva. Instintivamente haces el gesto de afirmarlas sobre el tabique de la nariz y descubres que no las llevas puestas. Rarísimo. Toda contrariedad doméstica es siempre un aterrizaje forzoso. Ahora sí que estás en problemas. Ya no ves lo que está cerca, sólo lo más distante (y bastante desdibujado, por lo demás).

Entras a la casa extendiendo un brazo para ayudarte en la oscuridad. Están delante de ti. Cogerlas es todo lo que tienes que hacer, pero no te das tiempo de recordar donde fue que las dejaste. Tanteas con las manos y encuentras un leño seco. Abres la ventanilla de la salamandra para introducirlo en el fuego. La nuca te pesa. Quemarlo todo, se te ocurre de pronto: la casa, la calle, el millón de dólares, la memoria que te contiene en su laberinto de circuitos y estímulos eléctricos que sirven de poco cuando te quedas ciego. El Gran Incendio. ¿No fue ese acaso el proyecto que acariciaste una vez en secreto? Poner una verdad en el papel para examinarla bajo la llama de los hechos, sólo con el fin de aclarar tus ideas y las del enemigo, para luego quemarla y convertirla en cenizas antes de que nadie pudiera leerla.

Te atajas. Cierras la ventanilla de vidrio con la cara caliente por la cercanía de las brasas. Deberías contratar a B y hacerte vigilar un rato, pero ya sabes qué infatuado de su tarea termina el detective una vez que descubre dónde has estado. Mejor confía en tu intuición, no desesperes: vas a ver cómo de la nada aparecen tus anteojos en algún lugar de la casa.

Llega septiembre. Lo sabes porque una mañana Ingrid te pide perdón por haber faltado a la cita de la semana anterior. Ella junta las manos y te ruega de rodillas, según su propia expresión en la mensajería instantánea, para que no interpongas abogados ni recursos judiciales. Promete cumplir con los plazos que te has encargado de informarle; sólo necesita un par de días para despejar el problema, y te ofrece a cambio una nueva reunión para la semana que viene. Accedes, por supuesto. Septiembre es el mes del perdón. Y tienes la brusca sensación de que el tiempo se dilata en continuos aplazamientos sin límites precisos, pero que a la vez se condensa en eventos más o menos urgentes que te conciernen. Haces una lista de propósitos y compromisos que te ayuden a mantener una hoja de ruta.

1. Visita a C.
2. Presentación en la embajada
3. Pago de cuentas
4. ¿Almuerzo con Eva?
5. Confirmar junta con el tocayo (miércoles)
6. Ingrid: llaves

Detectas un cierto desorden al releer la lista, porque quizá lo último es lo primero y tendrías que confirmar con algún amigo o la mujer de C. si la operación se realizó finalmente. De todos modos, la semana se presenta agitada a partir de ese mismo domingo, con el periódico recargado de análisis, cifras, opiniones, reportajes y reconstrucciones con motivo de los cuarenta años del Golpe militar. Toda la carne a la parrilla de la memoria, mientras el día se alarga entre una esquina y otra de la calle sin gente. Vas de paseo al pie del cerro, pero renuncias a la caminata de ascenso. El domingo en la ciudad te abruma con su solemnidad de provincia. Lo sientes en la piel y en el cielo bajo que te sigue para que no te pierdas en el recuerdo de otras calles, otros cielos. Almuerzas solo en uno de los pocos locales que encuentras abierto en la plaza Italia, y luego recorres el parque caminando hacia

el oriente. Una multitud de ciclistas cruza de un lado a otro entre los puestos de artesanía como abejorros en estampida.

Terminas regresando a Irarrázaval más temprano de lo que planeabas, atravesando de norte a sur una calle dormida como un espejo delante de ti. Casi por azar (pero no es azar, evidentemente: te has propuesto ese trayecto que es fácil de seguir pero que al mismo tiempo rehúye tu comparecencia) terminas sentado en la plazoleta de tu infancia ñuñoína. Miras alrededor los edificios nuevos que crecen en altura y te asombra que el tiempo reduzca la perspectiva del callejón a dimensiones insignificantes, una miniatura en el espacio del barrio que ha crecido hacia los lados y en vertical. La plazoleta misma no es sino una estrecha isla de maicillo con tres bancas y dos ciruelos pelados. La circunferencia que servía de huella para las carreras en bicicleta tiene las proporciones de una pista de juguete. Y no hay más. El día feriado desnuda tu mente de segundas intenciones. Desde este domingo has salido siempre. Rebobinas todo, incluso lo que has querido olvidar. Borras y recuerdas tantas cosas en una corriente de imágenes sin ilación que de momento prefieres no interferir, quedarte quieto y dejarte arrastrar por ese caos de manchas felices y amargas que te clausuran en la privacidad de los mitos familiares. Juntas las manos y te doblas ligeramente hacia delante. Quizá también para ti ha llegado la hora de pedir perdón. Quizá debas hacer un esfuerzo mayor, superior a todos los anteriores, y otorgarte el perdón a ti mismo esta vez.

C. yace tendido en la cama del hospital. Hay un montón de gente en la sala de espera que aguarda su turno para verlo y acercarse. Le han abierto el pecho y colocado una especie de amarre para cerrar el aneurisma en la aorta ascendente, muy cerca del corazón. Está fuera de peligro, pero aun así la operación se ha complicado más de lo previsto. C. demorará un tiempo en recuperarse, y tendrá que permanecer bajo observación en la clínica antes de obtener el alta médica. Apenas logra abrir los ojos, medio aturdido por los sedantes y el paso por el quirófano. Hay una infinidad de tubos y máquinas conectadas alrededor de su cuerpo. Das vuelta alrededor y te paras al pie de la cama. C. mantiene la cabeza apoyada y algo girada sobre las almohadas, con la quijada erguida. Prefieres no hablar aunque él pueda oírte, porque te ha hecho una señal levantando una palma de la mano cuando te has acercado a él y le has dicho al oído: Te felicito, no te aplicaron la ley de fuga. Pero no deseas distraerlo con tus historias esta vez. Te han dado sólo unos minutos de permiso y aquí estás. Observas su reposo en silencio y te guardas los detalles del almuerzo que has tenido con Eva en un restaurante japonés (surtido de sashimi para ti y rollos de salmón con pepino para ella), descalzos y sentados uno frente al otro en una suerte de bote artificial que da atmósfera al local. Han conversado de sus clases en la escuela de música y del grupo donde ella toca el acordéon (un elenco multidisciplinario, si has entendido bien, donde procuran mezclar sonidos eléctricos y clásicos con ritmos populares), y luego ella habló de sus ganas de pasar una temporada en el exterior, y enseguida de su entusiasmo con el departamento en Montecarmelo, y finalmente de su novio, a quien Eva telefonea en un momento de la sobremesa, citándolo para reunirse con ella en unas pocas horas, mientras tú notas que del otro lado de la línea surgen dudas o reproches que mantienen a Eva en suspenso. Si no despabilas, aplico el plan B, dice ella de pronto. Y mientras el diálogo telefónico sigue entre risas y pausas, te imaginas a ti mismo convertido en plan B, a pesar de lo

inconfortable que resulta la eventualidad de ser el plan B de Eva cuando eres plan A para todos los efectos de la autoestima, el orgullo e incluso la pasión. O así lo crees, aunque resulta claro que en su frialdad de merluza ella te ve de otra forma. Es raro, pero bruscamente has bajado de categoría en el mercado de los bienes fungibles. Aun así prefieres mantenerte lo más cerca posible de su distancia, permitiendo la coqueta brusquedad de su trato. Te dices a ti mismo que lo importante sigue siendo la proximidad desinteresada, al desgaire y sin intención clara, en vez de la declaración sentimental o la infidencia inconducente. No vaya a ser cosa que comiences a ofrecer lo que no tienes y ella a pedirte lo que no necesita. Entonces el almuerzo japonés derivaría en una ensalada rusa que no sabrías cómo manejar. Eva te aniquilaría en el espesor de los placeres culpables. Presérvate hasta donde puedas, te dices. No quieras acortar camino. Pagan juntos la cuenta y caminan hacia la calle, donde te despides con corrección. Hasta otra vez, dices. Ella te abraza con todo el cuerpo pegado a ti. Las ropas se confunden. El olor de su piel te marea un segundo. Te separas y la esquina donde se han detenido se puebla de gente que espera cruzar. Nos hablamos, dice ella, pero su despedida es fantasmática al sumergirse entre los demás peatones, como si dejara en entredicho la solidez de esa naciente amistad, o implicación, o lucha de fuerzas en torno a una conquista hipotética, o deferencia resignada ante lo que se sabe perdido y a destiempo. Pero por ahora ignoras de qué se trata exactamente ese reflejo que recibes cuando ella se aleja.

Miras desde el pie de la cama el intrincado dibujo de tubos e indicadores que cuelgan al frente. Vuelvo mañana o pasado, le dices a C. cuando te acercas a su lado. Él vuelve a levantar la palma de la mano que descansa sobre la colcha, sin abrir los ojos, y al salir te asalta la impresión de que has estado recreando en voz alta tu almuerzo con Eva mientras C. escuchaba, atento, con la quijada levantada para darte a entender lo que pensaba de todo el asunto.

El salón de la embajada está copado de un extremo a otro con sillas dispuestas frente a un telón blanco. Julia se pasea entre los invitados que asisten en número considerable a la presentación del video documental comisionado por la organización argentina de defensa de la memoria. Te saluda con afecto y agradece que hayas venido. En primera fila hay un ex-presidente, ministros de gobierno y dirigentes de la izquierda que pasaron por la embajada en condición de refugiados hace cuarenta años. Diez minutos después el salón está lleno. Has venido en parte por curiosidad ante el resultado de la entrevista que te hicieron en Villa Grimaldi, y en parte también porque nunca antes has pisado la embajada frente a la que te paseaste infinitas veces para que tu padre te divisara desde el balcón que mira hacia la avenida Vicuña Mackenna. Tienes ahora la edad que tu padre tenía entonces cuando saltó las rejas en busca de asilo y el tiempo ha dado la vuelta del tonto: en vez de circundar la manzana donde está el edificio para ofrecerte un recuerdo compacto y sereno de aquellos días, el tiempo ha rodeado la cuadra situada a tus espaldas, por la calle Simpson y luego Bustamante, para dejarte al fin donde estabas al principio, en la vereda opuesta frente a la embajada. No has sido tú el tonto, sino el trayecto del tiempo.

Un empleado con acento porteño toma la palabra y presenta a los distintos oradores que hacen recuerdos y elogian la iniciativa de reunirse a compartir este proyecto en un mes simbólico para todos. Aplausos. Luego la luz se va. Los testimonios surgen uno tras otro, bien escogidos y montados en una historia sencilla y directa, sin mayores pretensiones, mientras esperas en tu silla ver aparecer en cualquier momento tu contribución frágil y dislocada. De manera casi milagrosa, transcurren diez minutos sin que tus chubascos personales vengan a empañar las imágenes. Así es mejor, así es como debe ser, te dices. Quizá todo está en su sitio y tú eres el único que percibe el desencaje íntimo del tiempo que se abraza en público. Pero aquí es donde empiezan tus problemas, porque ya estás considerando una

falta de respeto que Julia te haya entrevistado y luego omitido tu parte en el material. Y eso que te desangraste ante la cámara, como un verdadero actor trágico que representa un drama que no comprende hasta el momento exacto en que su palabra es borrada del registro. Sólo entonces la luz se hace en tu cerebro, junto con los aplausos que saludan el final de la película mientras un funcionario se apura en encender el interruptor y tirar de las cortinas.

Estás a punto de ser el primero en ponerte de pie y salir del salón con un gesto brusco para hacer presente tu contrariedad (un enfado irracional, una pataleta más que un motivo de ofensa, porque no ser visto es lo que deseabas cuando restringiste severamente la difusión de tu testimonio, de modo que entre aparecer y desaparecer lo que queda es tu propia dificultad para sumarte al proyecto de Julia o de cualquier otro que insinúe una narrativa ajena a tu propio relato, estableciendo en cambio cláusulas de hierro para consultar sólo en archivos y bajo estrictas medidas de higiene el dorado tesoro de tu inconfortable biografía). ¿Te gustó?, dice Julia yendo a tu encuentro. Sí, está bien, mientes. Y piensas en soltarle un reclamo suave: dónde quedé, dónde me escondiste, Julia, pero te retienes porque sabes la respuesta: sólo hice lo que me pediste, dirá ella, seguí tus instrucciones al pie de la letra. Me eché de menos, dices al fin, y Julia te perdona con una sonrisa de reconvención. Te guardé en el archivo, dice ella sin hacerte caso, y te lleva de un brazo hacia los jardines donde el público se reúne ante el servicio del cóctel. Hay aceitunas, quesos y vino blanco. De postre unos alfajores. Coges una copa y te paras a charlar alegremente junto a ella. Quién te entiende. Eres una zona gris, copia viva del testimonio donde has dicho demasiado porque las palabras te han separado del pequeño secreto que llevabas bien guardado. Ahora tu verdad es una imagen nada verdadera, el testimonio se la ha llevado para servir de hallazgo a futuros arqueólogos, mientras tú quedas expuesto y desnudo al frote de tu propia banalidad. El que habla siempre pierde. Lo sabes mejor que nadie, y sin embargo accediste de motu proprio a colaborar con Julia. En el fondo, es la pérdida de categoría la que te lleva a negociar tu estatuto y doblarte hasta el suelo en busca de sucedáneos del viejo

resplandor. Por primera vez se te hace patente la circunstancia del actor sin rol que desempeñar, obligado día y noche al esfuerzo de trabajar con una cara sin empleo. Así lo vienes sintiendo y viviendo, como un peso muerto sobre ti. Hubo una gracia, una gloria, te atreves a recordar, que ya no está contigo. Y lo que sigue es esta peste, este horror de la mirada ajena, la imperdonable soledad de quien ha perdido su nombre en ella. ¿Tan grave es?, te dice Julia, notando el mutismo que de pronto te paraliza. Qué cosa, preguntas, fingiendo atención en los invitados que dan vueltas alrededor. Salir de escena, dice ella. Que no te vean. La miras. Es una buena mujer, como dice el tango: pequeños ojos castaños detrás de los cristales de miope, el pelo recogido en un moño, la sonrisa limpia. Siempre duele un poco encontrarse con las butacas vacías, dices tú. El teatro se hace con el público. Ella duda, sin dar demasiado crédito al comentario. Lo tuyo no es teatro, dice. No, claro que no, más bien parece un sacrificio, dices tú. Pero no hay nadie que lo vea, y eso te mata. Ahora es Julia quien te mira. No está segura de haber entendido. Yo sí me doy cuenta, dice. Hasta donde puedo. Compones una mueca de agradecimiento, un gesto de fugitivo al que le permiten esconderse una noche en el granero. Al final nunca contaste dónde pasaste los últimos días en Buenos Aires, dice ella. Siempre te enfocaste en tu padre. ¿Interesaba saberlo?, preguntas. Julia alza los hombros, pide que respondas tú mismo. En casa de unos amigos chilenos, dices. Primero en el suelo del living, después en el colchón de mi anfitriona. Ella levanta su copa y brinda contigo. La imitas, contento de compartir ese último trago que Julia te regala. No es tan difícil, después de todo. Abrazas tú también y por un instante el tiempo que tienes al frente como si jamás hubieses dado la vuelta del tonto.

Esta semana imposible, ya sabes por qué, te escribe Ingrid por la mensajería instantánea. Pero tú no tienes ni idea de cuál pueda ser el factor de imposibilidad para un nuevo aplazamiento de la cita. Contestas de inmediato pero sin resultado: de pronto el visor del aparato anuncia que ya no hay conexión disponible. Está loca y me quiere volver loco, concluyes. Pobre Tito. Cree que debe retenerla a toda costa para mantenerse a flote, cuando en verdad se liberaría de una servidumbre tanto más asfixiante que el abandono si escapara de ella. Debieras decírselo; que huya y se mude lejos antes de que Ingrid se arrepienta. Llamas a la casa por si alguien contesta. Es un poco extraño lo que estás haciendo, pero el sentido del deber te impulsa (quedan sólo dos meses para evitar multas por los plazos de entrega). La voz de Tito sale a tu encuentro. Ingrid no está, y él no sabe a qué hora volverá. Qué pasa, hay algún problema, dice a la defensiva.

—Llamaba para saber cómo estaban, nada más —te excusas.

—Quieres hablar con ella, ¿no?

—Ingrid me dejó un mensaje pero quería confirmarlo.

—No te preocupes, a ti las cosas te van a salir bien —dice él, castigándote con algo que te sabe a moral de víctima.

—No tendría por qué ser de otra manera.

—Ingrid ya se entregó a la idea, puedes contar con ella —dice él, y la noticia te alegra.

—Bueno, pero y tú, ¿qué has pensado?

—¿Yo? —y hay sorpresa en la voz de Tito—. Yo estoy aquí, no tengo apuro, pero te voy a decir lo que pasa conmigo, ya que preguntas —hace una pausa y luego continúa, cada vez más irritado a medida que desenfunda—. Ingrid encontró un departamento muy amplio y cómodo en Bilbao, donde piensa llevar sus cosas a fines de octubre o noviembre, no tengo claras las fechas, pero en cuanto a mí, me voy a quedar un rato más, incluso pienso invitar a un grupo de okupas de la población La Legua donde mi hijo hace trabajo social los domingos, los voy a llamar y les voy a comprar comida y frazadas

para que se vengan a vivir acá y me acompañen hasta el invierno si es preciso. ¿Qué te parece?

—No es una buena idea, Tito. Es lo único que se me ocurre decirte.

—¿Y qué otra solución me queda? —se enfurece más—. ¿Acaso tengo alternativa?

—Tienes muchas alternativas, incluso más que las que tengo yo —dices, y de verdad lo crees aunque te resultaría difícil explicárselo y que te comprendiera.

—Mierda. Estás hablando mierda —dice él—. Ya te hiciste rico y ahora sólo te falta sacar la basura para cerrar el negocio.

—No hables así —dices—. Hay un contrato, un acuerdo que respetar.

—Me cago en el contrato, yo nunca he firmado nada.

—¿Quieres que te meta un juicio y todo eso?

—Hazlo, y para cuando salga el fallo vas a haber pagado las multas del infierno a los que te compraron la casa, pero yo todavía voy a seguir acá muy tranquilo y contento.

—Tito, Tito —dices, notando que la situación comienza a descontrolarse—. Dime dónde estás. En qué lugar de la casa.

—¿Qué importa eso?

—Sólo dime en qué lugar —insistes con cierta desesperación.

—No sé… Ahora mismo, en el living.

—Por favor dirígete al garage, son unos cuantos pasos nada más. Te lo pido.

—¿Por qué?, ¿qué te pasa? —se impacienta él.

—Hazme caso, por favor —dices—. Sigue hablándome mientras caminas hacia el garage, sólo quiero que veas algo. Estás muy cerca.

—Bueno, espérate —dice, y hay una pausa mientras se mueve, oyes con claridad cómo se mueve y te hace caso, sale al patio y vadea el jardín hasta meterse en la penumbra del garage por la puerta interior del lado de la cocina—. Ya llegué, estoy aquí —dice.

—Bien, ahora estamos juntos entonces. Eso es lo importante —dices—. Por favor mira hacia tu derecha, al fondo.

—Sí, qué pasa.

—¿Ves el tanque de parafina?

—Supongo que sí —dice Tito—. Un tarro enorme que parece un gigante oxidado.

—Exacto, salvo que no se trata de un tarro —dices—. Ese tanque de parafina fue mi infancia, Tito. Antes, cuando mis padres vivían, ese tanque servía para guardar parafina y pasar el invierno con las estufas encendidas. En verano, mis hermanos se juntaban a fumar al lado de ese tanque a pesar del riesgo de que todo el barrio volara en pedazos. Y encima de ese mismo tanque, montado sobre el tanque, yo armé una nave para mi sola felicidad, y anduve y volé en ella durante meses y años por arriba de los techos de los vecinos, y hasta crucé el muro del fondo cuando detrás no había más que un peladero sucio lleno de neumáticos y tarros viejos como el que estás viendo ahora.

—¿Vas a contarme la historia de cuando eras niño? —interrumpe él.

—No, Tito, para nada. Mejor que la infancia siga escondida donde está en vez de arruinarla —dices, solemne pero sin perder pie—. Lo que quiero es mostrarte algo que fue importante para mí en un momento de mi vida y que ahora sólo es un gigante oxidado en un rincón, como dices tú mismo.

—Y entonces —dice él, pero ya la duda asoma en el tono, como si no estuviese ya tan seguro de aliarse con los okupas de La Legua.

—Sólo eso —dices—. Quería que lo vieras y contarte lo que yo veo en él, Tito. ¿Sabes hace cuántos años que ese tanque de parafina está en ese rincón? Desde que nací, desde que tengo memoria, la verdad, más de cincuenta años, una locura de tiempo, desde antes de que mis padres dejaran la casa y se fueran cada uno por su lado, desde antes que volvieran y fallecieran, desde antes que heredáramos la casa con mis hermanos, y con seguridad desde muchos antes que el barrio se convirtiera en lo que es hoy y que mis hermanos se pelearan por esa misma razón, hasta que Gloria decidió comprarles su parte a cada uno para solucionar el problema. Y esto que por favor no salga de aquí, Tito, que esta conversación quede entre nosotros dos, por todo lo que significa Ingrid para ti y ese tanque de parafina para mí, espero que no me malinterpretes, y si es así perdona, pero llega un momento en la vida en que hay que decir adiós a lo que no es más que un tarro oxidado en el corazón de cada uno, espero que me entiendas, porque

tampoco para mí es fácil deshacerme de esa casa y ese tanque y tantas otras cosas asociadas al recuerdo, a ver si me entiendes, a ver si podemos compartir impresiones y sentarnos a conversar una tarde al lado de ese tanque de parafina como si fuésemos amigos, no para hablar de la casa ni de los plazos para irse sino para navegar juntos, para hablar de lo que nos importa, de tus problemas con Ingrid y de los míos con Gloria, que deben ser iguales o al menos parecidos, para qué estamos con cosas, el matrimonio es una lata, hay una edad en que te das cuenta que las cosas son diferentes a cómo pintaban, y el asunto se complica porque ya no sabes cómo salir o entrar y todo cuesta el doble, no sólo las relaciones sino también el trabajo o la falta de trabajo, y hay como un derrumbe interior que te atraviesa, arrasa con lo que uno ha sido o cree ser hasta entonces, no sé, puede ser la edad pero es así, qué le vamos a hacer, te lo digo como amigo, no para convencerte de nada sino para hablar en confianza, de tú a tú, a poto pelado por así decirlo, que es la única forma de enfrentar estas cosas, porque los dos sabemos que es terrible cuando se viene abajo la estantería, tú y yo sabemos lo que es sacarse la mugre como dicen, y por eso mismo es mejor hablarlo, Tito, echar afuera los miedos o los sueños, no tengo ni idea, pero sí sé que es bueno hablarlo por lo duro que puede estar siendo esto para ti. Tanto como para mí, y te lo digo muy en serio. Te lo digo como amigo, Tito. Como alguien que también tiene que hacer una despedida, igual que tú. Como alguien que se está despidiendo y descubre que puede ser tu amigo porque los dos viven cosas parecidas.

—Tú eres amigo de Ingrid, no mío —dice él, y lo ves, casi puedes seguirlo hasta el patio adonde se ha retirado para huir de la penumbra del garage, con la oreja cansada y caliente de tanto oírte.

—Pero ahora es distinto —replicas—. Tú mismo acabas de contarme que Ingrid ya encontró su lugar, ¿te das cuenta? También Gloria encontró su lugar, si me apuras con el tema. Pero en fin, las mujeres siempre encuentran su lugar, y eso que es una virtud en ellas también nos obliga a conversar, Tito, a ponernos de acuerdo entre nosotros; en fin, a hablar de nuestras cosas de hombre a hombre, porque estamos en la misma.

—¿Te parece tan claro eso?

—Completamente —dices, y continúas adelante, temerario: hablas de ti, de Gloria, hablas de la vida que llevan juntos, de cuando decidieron irse a vivir a la casa y cuando la dejaron hace tres años, hablas de más, hablas mucho más de lo necesario para atraerlo y convencerlo de que lo has descubierto y están a la par, no hay secretos entre ambos, pueden abrazarse y reunirse a tomar unas botellas si les da la real gana. Es más, dices llevado por tu propio entusiasmo, puedo ir ahora mismo y llevar unas cervezas y sándwiches si estás de acuerdo. ¿Quieres que vaya y hablemos? Tengo tiempo. ¿Me dejarías ir a verte a *mi casa* en un rato más?

Oyes algo así como un bufido del otro lado de la línea, y enseguida te parece que su voz cae en picada desde treinta metros de altura. Vacila. No sé, dice, quejoso. Ya es medio tarde y avisaron que puede haber cortes de luz. ¿Cortes? ¿Por qué va a haber cortes?, preguntas. Hay una pausa brusca, casi violenta, como si Tito no diera crédito. Y entonces oyes que se aclara la garganta y se rehace con apuro. Ha estado a punto de confiar y cometer un error garrafal, pero una señal involuntaria de tu parte lo devuelve al encono de la realidad. En qué país vives, dice, te acusa en rigor. Toda esta semana es once de septiembre, por si no lo sabes; incluso el mes entero es once de septiembre, o incluso el año completo, si quieres que te sea franco. Las calles son un lío, así que mejor dejamos la visita para después, anuncia. Te quedas de una pieza, con el teléfono celular pegado a la oreja. Has borrado la fecha por completo, ¿cómo puede ser? Ahora captas íntegramente el mensaje de Ingrid. Esta semana, imposible. Es lo que anunció. Ahora ya sabes por qué. No está tan loca, después de todo. Claro, claro, dices. Quedemos para la semana que viene. No, después viene el dieciocho, dice él. Creo que voy a estar fuera de la ciudad. Entonces para después de las fiestas, para cuando puedas, Tito, dices tú. Sí, dice él. Hablemos cuando llegue el fin de mes. O a comienzos del próximo, agrega. Y enseguida cuelga sin darte tiempo de amarrar la fecha.

¿Cómo es posible que hayas podido olvidar este día? Naciste una tarde a fines de los años cincuenta, y has muerto o has creído morir unas cuantas veces desde entonces. Muchas, a decir verdad, desde aquella fecha hasta septiembre de 1973, Y calculas con ayuda de los dedos hasta contar dieciséis. Pero la segunda muerte, la muerte que te saca del mundo y te borra del orden humano (siempre según Lacan), tiene que haber ocurrido antes y por una sola vez para ser tal. En busca de un incidente que te permita acercarte al misterio, haces una lista de tus episodios de sangre con cuasi resultado de muerte. El resultado es decepcionante pero verosímil:

- te clavaste una percha de acero en el ojo izquierdo (y desde entonces parpadeas sin control, como un gato, o mantienes el ojo muy abierto, como un búho).
- te clavaste un anzuelo tipo aguja a lo largo del índice derecho (y tuvieron que sacarte los garfios de doble punta con un alicate, uno por uno, en una prolongada sesión de tortura sin anestesia).
- te clavaste un alambre de púas alrededor de la cara cuando corrías en la plazoleta del barrio (y ahora llevas una ostentosa cicatriz bajo la quijada donde no crece un pelo de barba).
- te clavaste la punta de una lapicera de pluma en el tímpano (y quedaste medio sordo del oído izquierdo durante semanas).
- te clavaste un segundo alambre de púas bajo el brazo en la misma plazoleta (que terminó en juicio contra el municipio por insitir en cercar el lugar como si fuera un campo de concentración).

En cuanto a tu hoja de vida, el trayecto no mejora las cosas:

- fuiste un pésimo alumno en el colegio.
- fuiste un pésimo alumno en la universidad.
- fuiste un pésimo compañero de trabajo.
- fuiste un pésimo amigo con las mujeres de tus amigos.
- fuiste un pésimo marido en el matrimonio.
- eres un pésimo negociador en los negocios.

Por último, tu biografía moral, que siendo sinceros sería mejor

ocultar: te pasaste tardes enteras mirando las piernas de la Piba durante la niñez, te pasaste días completos masturbándote con un amigo en la pubertad, te pasaste semanas caminando frente a la embajada argentina cuando eras joven, te pasaste meses consolando a tu madre durante su separación, te pasaste años acompañando a tu padre en su exilio, te pasaste la vida proclamando ideas que no eran tuyas ni te parecen tan convincentes ahora que sabes dónde terminan. Triste recuento de un aprendizaje del dolor. ¿Por qué te sorprende haber borrado de tu calendario personal la fecha del once de septiembre?

Cuando se lo comentas esa noche al tocayo durante la cena, éste se queda boquiabierto. Y vuelve a llenar tu copa con el vino que has traído de regalo.

Desde el mediodía, los comercios han cerrado sus puertas, las oficinas han adelantado la salida de los empleados y la gente ha huido a encerrarse a cal y canto dentro de sus casas. A las seis de la tarde la ciudad está desierta, como si padeciera un embarazo histérico. Compras la botella en el último local que encuentras abierto y el tocayo te recibe horas después con los brazos abiertos y un guiso de carne humeante. En la televisión pasan el capítulo final de *Ecos del desierto*, la serie sobre las matanzas de la caravana militar que recorrió el país fusilando presos de sur a norte luego del Golpe. La historia de Carlos Berger es contada en detalle, pero tú ya la conoces bien y no deseas seguir el relato del último capítulo a través de la pantalla. El desenlace está fuera, en las calles vacías cuarenta años después, según tu modesta opinión. Tu tocayo discrepa. Todas las conmemoraciones asustan un poco, dice. La conversación discurre por otros cauces: el teatro, los dobles, la academia, el prostíbulo de Genet, el país hacendal, las mujeres y los candidatos a presidente. De pronto es tardísimo, pasada la una, y debes irte. Te acompaño a buscar un taxi, dice tu tocayo tras infructuosas llamadas al servicio a domicilio.

Salen juntos a la esquina de Irarrázaval. No se ve un alma a lo largo de la avenida. Se paran en la plaza Egaña, al frente de las construcciones donde se eleva un monumental centro comercial revestido de enredaderas y un frontis de lo más ecológico. Hacia el

norte se ve un túnel oscuro. Hacia el sur, las llamas de unas barricadas que destellan a lo lejos, sobre la rotonda de Grecia. Los tres únicos vehículos que pasan durante la primera media hora son patrullas policiales. Debería ser una noche en que la gente sale a reunirse en los bares y a charlar en las esquinas, dice el tocayo. Y mira lo que hay: una ciudad aterrorizada, entregada a los policías y las barricadas. Todos tenemos miedo de los recuerdos, dices para minimizar la contrariedad del tocayo. Ahora es él quien da muestras de un inmenso fastidio. No hay caso, dices, me voy caminando. Podría estar hasta mañana esperando que pase un taxi. Resignado, el tocayo te despide y se disculpa por no haber tomado alguna providencia antes de la cena. Estuvo magnífica, dices. No pasa nada. Das media vuelta y comienzas tu caminata nocturna por Irarrázaval hacia el poniente. Te cruzas con un patrullero y los policías se quedan mirando a ver si echas a correr. No tienes prisa, no tienes miedo (ya no, después de todo el miedo que has llevado contigo), tampoco consideras la posibilidad de unirte a ninguna nueva revolución. Ni siquiera quieres fumar. Respiras profundamente el aire un poco pegajoso de la noche de comienzos de primavera. Nunca antes has visto la avenida en este estado de sombra. Atraviesas las farolas del alumbrado público como un extranjero que llega tarde a la última ciudad que quedaba en pie en su memoria.

Sueñas que visitas a Eva en el nuevo departamento donde los músicos de su banda se han reunido a tocar y bailar. Estás en la planta baja, junto a la puerta, y un grupo de jóvenes con pinta de gitanos te impide el paso, pero tú insistes en hacer acto de presencia. Entonces llaman a Eva antes de admitirte. Quieren asegurarse de que dices la verdad, pero ella te desconoce cuando acude y comenta con sus amigos algo que no alcanzas a escuchar. Todos vuelven arriba entre empujones y risas mientras la música cubre tus protestas con la puerta en las narices. Has movido una montaña de muebles y papeles sólo para que te ignore una vez terminada la mudanza. No lo puedes creer. Entonces Eva se asoma desde la ventana del segundo piso y en un desprecio final pregunta quién eres, quién eres. *¿Quién eres…?*

Despiertas lleno de una desesperación negra, sangrante. Manoteas el móvil junto a la cabecera de la cama por si tocara la casualidad de encontrar algún mensaje perdido. Quedas colgado, en tono de espera, como si alguien estuviera cayendo del otro lado de la línea y te vieras a ti mismo pasar volando por la ventana mientras esperas con el teléfono pegado a la oreja.

Esa noche se te mete en la cabeza la idea por demás extravagante de que Eva es tu segunda muerte. Que haga patente su rechazo se convierte en un magneto para el deseo. Por eso la buscas durante el día. Y de qué manera: envías mensajes pero no contesta, llamas y está ocupada, te paseas frente a la parroquia de La Epifanía y por el barrio de los teatros atisbando en los bares sin encontrarla, escribes diálogos dramáticos donde ella te borra, altiva y distante. Deseas verla para descubrir qué robó de ti esa mujer con aspecto de florero y actitud castigadora que se cuida de aparecer bajo tu radar imaginario. Insistes en su crueldad, y para ello mantienes abierta la señal del móvil tanto de noche como de día, siempre a mano por si llegara a comunicarse. En tus manos, el aparato se transforma en un salvavidas que te hunde más y más a medida que te aferras a él con la obstinación de un suicida. Pendes de un hilo, en verdad. Un hilo de entusiasmo febril y

adolescente por el galope que te sacude y te devuelve a la superficie. Hola, lees de pronto bajo su foto en la pantalla, y en un segundo contestas con un saludo que parece una larga descripción que parece un llamado de socorro que parece un lamentable reproche que parece un naufragio entre largas frases sin puntos ni comas. Y luego no hay respuesta. Silencio. Eva la Cruela, te dices, ha decidido que por hoy es suficiente, mientras te quedas con la boca muy abierta, esperando hambriento como el crío de un pájaro en el nido. Pasas dos días agonizando en carne viva, sin noticias. Luego te calmas, olvidas todo, y piensas: Es una bruta, sólo busca confirmar unas ansias volátiles para quedar de espaldas nuevamente. Quiere ser mirada, y tú la miras. Eso es todo. Hace lo necesario para que suceda, y tú le prestas toda la atención que merece la negación que te ofrece. Sin esa marca de nacimiento, sería la mujer más común del universo. Y comienza a serlo, efectivamente, según la pierdes de vista en el horizonte de tu caída. Entonces, cuando menos lo esperas, vuelve a aparecer en los mensajes de texto y olvidas todo de nuevo, pero al revés: sale el sol y la fragancia densa de un encuentro te envuelve. Piensas: qué mujer tan especial. La voy a ayudar. Necesita una mirada cercana que la oriente, no encima ni debajo de ella, sólo al lado. Una cuestión de ángulo y ubicación; nada que incendie las manos ni queme las naves. Tu inconsistencia y ligereza son tan evidentes que estás dispuesto a ofrecerte como consejero, desinteresado y prescindente de sus favores amatorios. Cuando finalmente se reúnen a tomar un café en un local de Bellavista, llegas en estado de júbilo. Ella por su parte se sienta al frente y te observa con una rigidez helada. Tú haces preguntas pero sus respuestas son más bien secas. Hablas y hablas como en la famosa escena donde Marlon Brando es un pobre viudo que masca chicle y no tiene más que una galantería decadente para ofrecer a la joven y despeinada María Schneider. Su única excusa es que ella ignora de dónde viene su dolor y hacia donde se dirigirá una vez que se separen. La miras, y de pronto te parece que Eva se expresara con subtítulos en medio de una mudez inquebrantable, con textos marcados bajo su pecho erguido. «Quiero comprarme un nuevo acordeón». «El papá de Kike está enfermo». «Deja de pensar y llévame a la cama». Cosas por el

estilo. Entonces también tú callas, y entre los dos se despliega una película de corta duración, en blanco y negro y con cartones de diálogo para orientar al público: «Esta mujer no sabe lo que quiere» (el tuyo). «Qué busca de mí este tipo» (el de ella). Y así hasta que ambos deciden que se está haciendo tarde y deben partir. El cruce ha resultado insatisfactorio por donde se lo mire. Ella no baja la guardia al despedirse, y es evidente que te olfatea, celosa de su refugio. Miras el reloj. Nadie te espera en ninguna parte, pero en estas condiciones es mejor salir a la calle y buscar otro lugar donde ir a lamer tus heridas. Has venido a su encuentro lleno de energía y entusiasmo, pero ella te devuelve vacío como un globo pinchado. Entonces te quedas fijo en la vereda, salado e inmóvil dentro de ese vacío que de pronto se ha creado en torno a tu euforia ya desvanecida, con un estúpido aparato entre las manos con el cual atravesar la distancia que se ha impuesto como única compañía. Piensas en una mosca que chocara contra un vidrio desde el lado interno de las cosas. O mejor, en un vaso girado boca abajo para cazar el trayecto de un insecto y observar su evolución, sin siquiera un minúsculo abismo para saltar al vacío. Y comparas el vacío que te contiene con la palabra abismo hacia donde saltan los retóricos y los siúticos, y decides que no se parecen en nada, porque el vacío te deshabita y el abismo te infla.

¿Cuántos años tiene?, pregunta C. cuando oye el relato de tu brusco laberinto. No tengo ni idea, dices tú. Jamás se lo pregunté. ¿Tiene novio?, dice C. Claro, dices, cómo no va a tener novio, quién no tiene un novio. Es probable que se casen muy pronto, incluso, o se vayan juntos a las Islas Canarias a vivir una temporada. Yo qué sé. Las mujeres toman decisiones así, muy pensadas pero que parecen espontáneas. ¿Ya te acostaste con ella?, dice C. cada vez más incisivo y alerta. No, por supuesto que no, dices tú. Ese nunca ha sido el tema. Quieres llegar virgen a tu cuarto matrimonio, se burla él. Es una posibilidad, dices tú. ¿Por qué no? Te volviste loco, se exalta C., conclusivo. Estás chalado o terriblemente solo, que a tu edad es casi lo mismo.

Lo miras y te paras a considerar su diagnóstico un instante. Es posible, por qué no. Puede que te interese menos ella que el ardor

helado que encendió la noche que te franqueó la puerta del departamento para que cayeras de cabeza en su fantasma. Un lobo, más que un loco, que distrae su melancolía con un brinco tembloroso y extático fuera del espacio donde se sabe atrapado. Olvidémonos de Platón, está diciendo C. como si despejara incógnitas. Lo que me cuentas no tiene nada que ver con las ideas, pero tampoco con la carne. Claro que no; en ningún caso, respondes, y le das la razón: ambos extremos están descartados. Difícil, dice C., y enumera mostrando unos dedos largos y huesudos: no es metáfora, no es alegoría, no es fábula ni proverbio, no es Platón ni Sade… Acompañas a C. negando con la cabeza y de pronto lo tienes: es más bien una interrupción, dices. Lo que hace Eva es cortar una serie. O sea que es real, no la inventaste, dice C. Por supuesto que no, afirmas. Lo curioso es tu cambio de posición, dice C. en tono admirativo. Pasaste de la postura del Misionero a la del Mesías. Eso es nuevo. Pero tú no sabes cuál es la diferencia; nunca has consultado el Kamasutra ni los catálogos en busca de información. Al contrario, los gráficos te inspiran enorme desconfianza.

—El Misionero es la postura de brazos abiertos, ¿no?

—Puede ser ésa o una versión libre, con la mujer de espaldas y encajonándote con las piernas —dice C.—. Lo importante es que en la postura del Misionero siempre hay acción, mucha acción, todo lo contrario de la postura del Mesías, que es cuando uno se sienta a esperar que pase algo, algún incidente, desde que aparezca una mancha en el techo hasta que te llegue de voleo un calzón. La del Mesías es la postura de espera absoluta, mientras la pareja desarrolla algún tipo de destreza que tenga un efecto insinuante sobre el momento siguiente.

—¿No hay contacto físico?

—Para nada —dice C.—. El Misionero trabaja, el Mesías espera. Se sienta a mirar; de hecho, el único roce posible ocurre entre las miradas.

—Mal no suena…

—¡Es espantoso! —C. se agita dentro de las sábanas—. Además de agotador. Se trata de un deseo en estado de levitación, o sea de

erotismo puro, sin mezclas ni aditivos, como leche condensada en tubo. Uno puede imaginar lo que sea, pero es muy discutible el tipo de satisfacción que saca el Mesías de semejante postura, aparte del desgaste físico y mental que supone la expectativa de que la mujer haga por fin algo interesante que llame la atención.

—O sea que según tú yo soy Eva, la que hace piruetas, y ella es el Mesías que espera ser convencida.

C. alza la barbilla al techo en busca de la imagen que acabas de proponerle. Vacila. Se invierte todo, sí, dice. Pero es peligroso. Tienes que cuidarte.

Lo tranquilizas y C. lanza un chiste cómplice. Su talante ha vuelto a ser el de antes, enérgico y ya sin cables ni sondas alrededor del cuerpo, a pesar del aspecto destartalado que ofrece con medio esqueleto sumergido entre las sábanas. Lleva una barba de días y el pelo blanco y revuelto alrededor de los ojos hundidos, con una enorme cicatriz que le atraviesa el pecho y saluda su regreso al mundo. De todos modos tendrá que permanecer en una sala de convalecencia mientras los médicos observan su recuperación. Ejercicios de máquina por la mañana y monitoreo vascular durante el día. Luego podrá volver a la calle, pero sin pisar las tablas del teatro durante meses. Estás por salir cuando golpean la puerta de la habitación. Alguien pide permiso y, sin esperar respuesta, un grupo de jóvenes saltimbanquis ingresa y rodea a C. con palabras de cariño. Él está feliz de verlos. Son actores, discípulos en realidad, que han venido a saludar y desean animar la visita con unas pantomimas de homenaje al maestro. La enfermera ha dado su acuerdo y te quedas junto a C. observando la breve escena que se desarrolla a los pies de la cama, donde luego de un saludo ceremonioso (y bastante exagerado) los mimos representan el cuadro de un hombre que despierta y respira a todo pulmón la salud recobrada, el aire que da vida y penetra por las ventanas de las manos muy abiertas. El acto (una performance improvisada, en verdad) no dura más de cinco minutos, pero algo inopinado se cuela entre los gestos de esos jóvenes que han venido a representar una forma de gratitud. Aplaudes con C. y ocultas como puedes tus ojos bañados en agua, transido de una emoción casi senil.

Julia te hace llegar por correo un archivo adjunto con tres recortes escaneados de *Tribuna Judía*. Es una publicación del centro cultural Scholem Aleijem de los años cincuenta, publicada en Santiago con el lema «Un vocero de la cultura y la paz». El correo de Julia es breve. Desea que te encuentres bien y algún día puedan sentarse a conversar. Cuenta que trabaja en un nuevo documental, esta vez sobre los comunistas judíos en Chile, y dice haber encontrado en el curso de su investigación algo que te puede interesar. Pinchas el archivo y descubres una foto de tu padre leyendo un discurso ante una mesa, rodeado por quienes han de ser comensales judíos agrupados en torno al centro Aleijem. Los otros dos recortes corresponden a tu madre y tu padre en trance de viajar juntos rumbo a Francia. Ambos se ven jóvenes y dispuestos, apoyados a un costado del puente principal del barco y encuadrados bajo un título celebratorio en la portada: «El Presidente del Centro Cultural Scholem Aleijem Partió a Francia».

Es la primera noticia que tienes del cargo que ocupó tu padre como representante de los judíos de izquierda en los años cincuenta (según Julia, afiliados al Partido Comunista a través del centro Aleijem). Pero más te sorprenden las fechas y fotos de tu madre, tomada del brazo y una expresión de serena felicidad en la víspera del viaje. Es la edición de septiembre de 1953 de *Tribuna Judía*, y no han pasado diez años desde el exterminio en Europa. Tu padre es un hombre de coraje. Es el término que se te viene a la cabeza para describir su compromiso con el centro Aleijem cuando miras las fotos. El antisemitismo todavía campante no lo arredra, y el comunismo sigue en la clandestinidad bajo la ley que los proscribió cinco años antes. Sus miembros no podían ocupar cargos públicos, ser profesores de escuela o universidad, ni asociarse bajo ninguna forma. Como médico, sólo faltaba que le prohibieran ejercer para sentirse huyendo. Pero no huía; iba en viaje de estudios y práctica profesional, según dice la crónica de la despedida. Te quedas mirando en la pantalla el recorte amarillento enviado por Julia. Él con una estampa digna y tranquila,

ella como tocando un sueño a través del tiempo. No es tu memoria, aún no has venido a este mundo y la travesía que emprenden no compromete tu experiencia. Preferirías que los dejaran en paz, tú el primero. El viaje les pertenece sólo a ellos. Le escribes a Julia un mensaje de respuesta para que deje de hurgar en los archivos. Déjalos en paz, escribes. Pero enseguida te arrepientes y borras el mensaje, agradeciéndole a Julia el envío. Una vez que regresen a Chile, tus padres se instalarán a vivir en la casa.

Un ruido de motor corta el aire a la distancia. Lo identificas: un sonido artero, de taladro o serrucho que queda colgando en el campo auditivo antes de escabullirse a toda velocidad por entre las calles. No alcanzas a verlo, pero tu oído está bien entrenado durante las noches de espera: se acerca, silba, acelera y hunde el espacio, entra y sale con la fuerza ahogada de un fugitivo. El motor tiene la fuerza de un estruendo, de una irrupción que se abre, pero a distancia por ahora, como un tren que avanza sobre el aire quieto donde flotas con las rodillas plegadas y toda tu atención puesta en la Piba.

Es luz de mediodía, o muy entrado el verano. Ella está echada en la terraza. Tiene la radio a un lado y las toallas y las cremas dispuestas en semicírculo junto al cojín que hace de almohada. El pelo revuelto cubre su cabeza y deja el cuerpo libre desde los hombros hacia abajo, sin ojos ni cara. La chasca de pelo ensortijado es una selva impenetrable. El sol cae encima, sobre sus espaldas, implacable como un sapo que la mantuviese atrapada boca abajo sobre las baldosas. Sus formas tienen alas, sin embargo. Ignoras la razón, pero allí están. Las líneas del torso, el contorno sólido y flexible, los ángulos cerrados alrededor de las caderas y los muslos que dibujan brevísimos toboganes de carne hipnótica. Sabes que ella sabe. Comparten esa rutina como buenos vecinos, aunque la Piba nunca envíe una señal de reconocimiento hacia la diagonal superior donde te instalas con la paciencia del fetiche, capturando desde la pieza una visión privilegiada del cuerpo echado sobre las baldosas. Es un trozo robusto. Piensas en un animal fabuloso, inquieto bajo los vuelos del vestido, cortísimo en verdad, alerta y dominado por una infantil tendencia a la exhibición cuando la Piba libera el contacto de la baldosa y el sudor desprende una pequeña estela de humedad que vibra un segundo antes de reducirse bajo el sol. Enseguida el vestido trepa ligeramente hacia las fronteras de las caderas y la carne resplandece un poco más viva, moldeada por unos muslos tan bien dibujados y blancos que es necesario algo más que la irrupción del motor a la distancia para

desviar los ojos de esa lechosidad perturbadora. Distante, entonces, casi irreal: primero el ruido de aceleración que viene subiendo por Simón Bolívar y luego se aproxima trepando sobre la calle Suecia, mientras los neumáticos levantan una especie de chillido en cada esquina, un ruido quebrado que de pronto entra de lleno en el aire aturdido de Ñuñoa. Pero todavía no te distraes, no alcanzas a darle ninguna importancia hasta que la Piba lo hace por ti. Levanta la frente, despeja su pelo de los labios y la cara, deja los ojos muy abiertos y queda atenta al sonido de las llantas que vienen raspando el pavimento con insistencia, cada vez más cerca, hasta que oyes una voz que grita su nombre desde el interior de la casa. Se incorporan juntos, ella y tú, casi de forma simultánea al motor que rompe la esquina, engancha y gira en tercera para no volcarse de una campanada al tomar la plazoleta. Es lo último que ves de la Piba. Tú de pie y ella a medias hincada, apoyada sobre sus rodillas y sujetando las toallas y el bronceador con una mano. Te parece que rezara delante de la radio, curiosa de la vaga amenaza que invade la cuadra y congela sus movimientos en la terraza. Desde el interior la madre llama a los gritos para que la Piba entre a la casa. Chilla su nombre queriendo cubrirla. Abandonas tu puesto de observación y cruzas a toda carrera el pasillo del segundo piso hacia la ventana opuesta que da a la calle. Toda la distancia interior de la casa que hasta entonces te protegía desaparece de pronto con el primer disparo. Oyes un metal que se abre o se rompe y te asomas a mirar justo a tiempo para ver la cara del hombre detrás del auto, parapetado y con la pistola arriba, las manos sobre el techo extendiendo un pequeño muñón brillante y plateado. El auto ha quedado detenido al final del pasaje, rendido ante el muro que corta la salida, y cruzado coléricamente al centro de la calle en una maniobra de último segundo, como si de golpe el conductor hubiese recordado algo que debía entregar antes de incrustarse de frente. Ves al hombre, ese desconocido para ti, agazapado entre la carrocería y el muro. Trae la chaqueta suelta y la corbata desanudada en el cuello, tan joven y resuelto que parece recién llegado a la edad adulta. El niño que eres mira al hombre y —ahora que la distancia vuelve a dilatarse— tienes la certeza de que

también el hombre mira al niño asomado en el antepecho de la ventana. Sus ojos parpadean, queriendo cubrirse del hiriente reflejo del vidrio que le llega desde la ventana hacia la calle donde está parapetado, bajo la red de cemento donde se ha metido a ciegas. O quizá no; quizá lo ha querido así, por cansancio o resignación, buscando ser visto por última vez para despedirse en un rapto de alegría, o para que los testigos de la cuadra conserven de él un gesto viril y definitivo. Da para pensar. Ha disparado el primer tiro, Poniendo en aviso a sus perseguidores de la determinación que lo anima y tras entender que no le quedan más chances que enfrentarse desde el fondo de la calle. La inmovilidad cubre la escena con una pátina de sueño, un silencio que se extiende a lo largo de la cuadra y atraviesa expectante el transcurrir del tiempo. Enseguida algo se quiebra y precipita, acelera la secuencia cuando los policías surgen en la esquina haciendo sonar las sirenas con las balizas encendidas. El olor del alquitrán quema las narices a lo largo del pasaje. Alcanzas a contar hasta cuatro autos que se chantan a media cuadra y dibujan una punta de lanza ante el hombre que los espera con la pistola levantada. Hay órdenes y gritos. Y más disparos, y luego un lamento, largo y sostenido. Sientes que alguien jala tu cuerpo desde el interior. Te agarras del borde de la ventana resistiendo la presión y ves a tu madre encima o por detrás queriendo sacarte de allí, pero cuando levantas la frente descubres que es ella quien de pronto ha quedado colgada de la fuga y a boca de jarro junto a ti, con la vista fija en la calle, sobre la mirada del hombre que cruza en diagonal hacia donde ella y tú han quedado enmarcados por el revuelo de la balacera. Crees que va a decir algo, porque abre mucho la boca que queda en vilo, sin encontrar las palabras o el grito adecuado capaz de responder a esa mirada que el hombre cruza desde su escasa trinchera. No es a ti a quien busca esa mirada sino a ella; ahora entiendes, es por ella que ha venido, y levantas la frente y sabes por el gesto suspendido y el brillo precioso de sus ojos que ella también se despide, aunque no logres juntar una pieza con otra de lo que estás viendo. El instante se prolonga en tu anhelo de respuestas. Pero ya estás perdido, nunca alcanzarás a coger la cuerda de ese deseo que ella ha soltado de sus

manos. No importa lo que ocurra a continuación, ya eres testigo de algo que no debías. Tu madre tira de tu cuerpo hacia atrás con violencia y lo que oyes después son insultos, gritos y órdenes que vienen de la calle y rebotan en el muro. Se lo llevan; muerto, herido, o sólo golpeado. Pero ya no te incumbe, tu problema ha quedado de este lado del muro. El tiempo se ha roto, las junturas invisibles que lo mantenían unido se han desfondado. No entiendes cómo ni por qué sucede, pero un cortinado espeso cae en vertical y un bloque de losa dura te cubre por entero. No sólo tu cuerpo se apaga; también lo que estuvo antes y vendrá después, como si a partir de ese instante desconfiaras para siempre de tu infancia (los ocios de la tortuga, la baba del perro, las carreras en bici, los amigos de la cuadra llamándote a jugar en la plazoleta). No vuelves a ver a la Piba en la terraza. No quieres aparecer de nuevo por allí. Un mar de vergüenza innavegable te arroja lejos del mundo porque te encadena a la casa, a los secretos que la casa guarda de ti. Quedas perdido en el recuerdo de lo que has perdido. Y fantaseas cruces absurdos para encajar en un todo verosímil las partes sin solución de una biografía que te espera a la vuelta de los años.

No mucho tiempo después tus padres dejan la casa y el barrio para irse a vivir al sector alto de la ciudad. Allí se separan.

Le pides a uno de tus hermanos que envíe por correo el diario que tu madre escribió durante su viaje a París, cuando subió al barco en compañía de tu padre, que iba a realizar su doctorado. Para entonces aún no habías nacido, lo que te parece perfecto. Sobre todo cuando se trata de leer los pensamientos e imágenes de la mujer que te arrancó de la nada y te trajo al mundo. Porque es así; ella te tuvo, por raro que te parezca ahora. Dos años atrás tu hermano encontró el manuscrito entre papeles viejos, lo transcribió y transformó en un archivo que revisaste sin mucha atención. Luego de leerlo conservaste el documento sin saber dónde, pero ahora que Julia te ha hecho llegar los recortes de *Tribuna Judía* con sus fotos, el manuscrito adquiere un carácter de expediente. Al tenerlo otra vez delante de los ojos, te asalta un inevitable pudor. Es el relato amable y sin pretensiones de una joven chilena «en viaje hacia un sueño», como titula ella misma el diario donde apunta sus días y también algunas noches. Primero a bordo del barco que los traslada a Francia vía Montevideo, Buenos Aires, Santos, Río de Janeiro, Canarias y Lisboa, Para desembarcar finalmente en Bordeaux. Luego continúa con la pareja ya instalada en el París de la postguerra. Te encanta la curiosidad de tu madre y su ancestral entusiasmo con Francia. También su inclinación a mimetizarse. «Paquebot Claude Bernard, Samedi 14 aout, 53», anota, y luego da curso a sus impresiones y expectativas. Tu padre aprende francés a partir de un libro de gramática que estudia durante el trayecto, mientras ella se despliega sin paracaídas, como si llevara el idioma en la sangre. El arte y particularmente el teatro copan su interés. Son los tiempos de Sartre y la Beauvoir, pero en ella hay sobre todo una inocencia abrazadora ante las novedades del viaje, recortada por una ligera melancolía estilo Duras *avant la lettre*, convertida al paisaje humano y a los amantes del amor. Recorre París y adora la belleza de la ciudad que nunca más saldrá de su retina: una calle, un café, los ritmos de las gentes, un espectáculo nocturno, todo encuentra un sitio en su bitácora. Se llena de nuevos propósitos («Comprar y

estudiar la obra de Zola: *Cartas à la Jeneusse*»), y una última entrada, el jueves 28 de octubre de 1953, tiene una resonancia algo hermética, como en todo diario que se precie de tal: «Ravel et Stravinsky». Antes, ha despachado en unas líneas su angustia ante lo que parece inevitable: «Qué iremos a hacer en Chile? Cuando no hay nada que valga la pena. Si no es por la familia no regresaría nunca», anota.

Haces cálculos: ella vive en París hasta mediados del año 54, maravillada de su suerte. Luego regresa a Santiago para instalarse en la casa de Ñuñoa y ser madre de tres hijos en el seno de una típica familia de clase media. De los hermanos Karamazov, por decir algo, Dimitri es el mayor, nacido al año siguiente del viaje a París. Él es quien lleva la carga más dura. Con su embarazo, tu madre deja atrás su gozosa mundanidad. Luego viene Iván, el del medio, que rescata y distribuye sin complejos ni resguardos el dietario de su viaje. Para cuando llega el menor de los tres, Aliosha (tú mismo), la renuncia ya está controlada y no hay reproches que endilgar a nadie. En ella persiste sin embargo un eco del viaje que marcó su diferencia de niña traviesa y genuina adoradora del *Fedra* de Racine, obra con la cual se conmueve hasta las lágrimas en una función en la Comédie Francaise,“tanta era la emoción que sentía”, apunta en una entrada del diario. Entonces tiene alrededor de treinta años y despliega su fervor como si no existiera otro instante que éste donde su emoción se transporta con los actores en escena. ¿Te enamorarías de ella a tus cincuenta años si hoy la vieras en el foyer, erguida y graciosa, enfundada en su vestido negro y el cuello cubierto por un *foulard* de seda mientras fuma un cigarrillo en el entreacto de la obra? Dices que sí; quién no caería rendido a los pies de esa mujer, piensas. Y más si eres su hijo.

Finalmente conoces a Kike. Joven, eficaz, ignorante. Trata a Eva con la mayor de las dulzuras, sin embargo. Habla en cifras sobre fútbol, política, vida urbana. Maneja un auto de marca, modelo del futuro, carísimo según lo que ves. No es alguien de origen adinerado pero tampoco humilde; más bien surgido de la media-media pero dispuesto a llegar muy alto entre codazos y patadas. Un nuevo chileno, piensas. Qué hace un escalador social junto a Eva es algo que no logras responderte. Pero es la pareja del momento, no hay duda: un híbrido entre la artista del acordeón que es ella y el chico que hace negocios. En el fondo tienen un acuerdo de emprendimiento, te dices con innegable desazón.

Están reunidos en una especie de anfiteatro al aire libre en un parque de Vitacura, donde la banda de Eva presenta en vivo sus aires gitanos mezclados con folklore. Un locutor pide que apaguen por favor los celulares y obedeces. Es domingo y ella ha llamado durante la mañana para invitarte. Luego del concierto habrá un asado con el grupo al cual puedes sumarte si lo deseas. Dices que sí y agradeces, pero no conoces a nadie cuando te presentas media hora antes del show y saludas a Eva, le das la mano a Kike y te sientas en el sector del público a escuchar una música de acordeón, cuerdas y bombos que saca chispas en la quietud del recinto. Un aire de frontera salido de los acordes de las guitarras, más dos violines y el bandoneón, te reconcilia con la cita y el entorno. Observas el vaivén de Eva; balancea el cuerpo y mantiene los ojos cerrados en un rapto de elevación mientras sus dedos pulsan sobre las teclas del instrumento. La música evoca paisajes de provincia, pero abstractos, como si hubiesen dejado sólo una huella desde la cual interpretarlos. El concierto se prolonga todavía una hora más y tras los aplausos sigues a Eva junto a una docena de músicos y productores hacia el fondo del parque donde hay mesas y tablones para sentarse a comer. Eres como el papá de todos ellos, en cierto sentido. La pregunta correcta, se te ocurre ahora, no es qué hacen juntos Kike y Eva, sino más bien qué haces tú metido en

medio de ese alboroto de voces altisonantes y bromas tribales totalmente desconocidas para ti. Alguien hace unas fotos. Los sándwiches de carne y las botellas de cerveza van y vienen. Aceptas lo que te pongan al frente mientras intentas adivinar la edad de tus nuevos amigos. Saltas de un rostro a otro con muecas y fingimientos, hasta que comprendes que la indeterminación es el rasgo común. Es una edad sin edad la que los reúne; son inmortales, de alguna manera: no conocen la enfermedad ni la muerte, tampoco la imaginan, y el entusiasmo con lo nuevo compite con la facilidad para obtenerlo. Como si las otras edades no existiesen, que es lo lógico cuando se tienen los años de la abundancia, se está a medio camino de todo y se piensa en el esfuerzo personal como garantía para seguir subiendo. Te atajas, de súbito: cambia de frecuencia o terminarás de muy mal humor, te dices. Eva da vueltas alrededor con una actitud que te asombra por contraste. De la esfinge fría e inalterable en el trato personal, evoluciona a un despliegue de actriz popular que regala sonrisas y brillos sin causa aparente. Raro. O muy normal, tal vez. Decides largarte de allí, pero una voz a tu lado te retiene. Es un hombre, un adulto (pero, ¿no será *demasiado* joven para llamarlo así?, o bien ya no distingues la diferencia entre tanta satisfacción) que busca un poco de charla intrascendente mientras se cuecen las papas. Se llama Emilio y es dibujante técnico de profesión: su rol en la banda es el diseño de arte y lo que él mismo llama «el branding de la propuesta». Le sigues la corriente. Eres todo un señor de capa y espada en medio de esta selva de emprendedores. Pero Emilio te sorprende, te hace abuelo de golpe cuando te arroja su ímpetu sin complejos. Está arriba de la ola. Se gana la vida dibujando planos en una oficina de ingeniería y tiene miles de proyectos personales en mente. Como cuáles, preguntas casi por cortesía, y Emilio mueve las manos y explica y sacude un mechón de pelo y todo en él conduce hacia una meta jubilosa que te lleva a pensar que tu compañero de mesa puede ser un *invertido* (esa era la fórmula que usaba tu padre y que vuelve a tu memoria al intentar clasificarlo) y está intentando seducirte, porque luego de desempolvar sus esfuerzos y pasiones quiere saber qué haces, por qué has venido, quién te puso al tanto de la presentación (y dobla

el codo para apoyar la cara en el hueco de la mano, gesto femenino que prefieres descartar como señal de avance porque no te resulta convincente ni agradable la imagen de ti mismo convertido en una presa interesante para Emilio). Ahh, ¡Ñuñoa!, exclama él cuando te oye narrar tu pequeña historia de compra-venta como si hiciera foco sobre una isla que se hunde en el lente del catalejo. Veo cientos de casos así en la inmobiliaria, comenta con lástima. Me paso el día dibujando proyectos sobre los terrenos de los pobres tipos que venden sus casas por una chaucha. Qué oficina, preguntas. La de arquitectura, dice él. Sí-sí, ya sé, pero cuál es el nombre, insistes. Altamirano y Asociados, dice Emilio.

—¿De veras?

—Claro, si voy todas las mañanas allá.

—Esto sí que es bueno —dices, tratando de salir del asombro—. Tu oficina me compró.

—Ellos lo compran todo, y a todos —dice Emilio, y agrega—: *No offense*.

—Así que trabajas para el enemigo…

—Sólo en mis horas ordinarias —dice Emilio— O regulares, como quieras.

No puedes evitar sonreírle. Los hombres que quieren ser mujeres te provocan una simpatía natural, acaso porque el esfuerzo que realizan lo consideras tan legítimo y posiblemente fallido como escribir, realizar implantes o colonizar otro planeta para escapar de las sentencias de la biología. Estás agradecido, además: la coincidencia te ha traído de regalo un espía para los meses que faltan antes de que Altamirano y Asociados eche abajo tu casa y la de Milton. Su entusiasmo y habilidad pueden ayudarte en más de un sentido. Ya eres amigo de tu nuevo amigo Emilio cuando le propones una idea que se te viene a la cabeza.

—¿Un dibujo? —pregunta él—. ¡Fantástico!

—Sí, eso es —dices, Y coges una servilleta y arrancas el lápiz que Emilio lleva colgado del cuello de la polera como un micrófono. Enseguida ilustras tu idea y borroneas un croquis muy poco elegante —. Este es el lugar, pero necesitaría algo más exacto. ¿Puedes hacerlo?

Emilio mueve la cabeza, coge la servilleta y se la guarda, encantado del encargo y dispuesto a participar de una empresa cuya finalidad no podrías establecer de momento. Aun así, intercambian datos con resolución de socios y se despiden con apretones de manos y besos de mejilla (una ambigüedad más, te dices, y habrá que exigir definiciones). Ya es casi de noche, y Eva y Kike ofrecen llevarte al departamento. Aceptas y agradeces. Caminan los tres hacia el estacionamiento y subes a un auto alfombrado con los números del año siguiente grabados en las gomas del pisapies. Todavía no sale la nueva versión y ya lo tienes, dices a Kike en plan elogioso, queriendo sumarlo a él también a tus nuevos amigos. Me gusta ir adelante, responde él, y tuerce el gesto a través del retrovisor con una sonrisa que encajaría bien con la palabra macanuda. Hacen el resto del trayecto en silencio. Al llegar, Eva te saluda sin voltearse, instalada en una aguda incomodidad que interpretas como un enojo. Pero no haces caso. Está comprobado que todos trabajan para el enemigo en sus horas regulares.

Tienes una llamada perdida de Ingrid. Te apuras en devolver la comunicación: primero a través del teléfono celular y luego pinchando su mensajería electrónica. Ella no contesta en ninguno de los casos. Ingrid sigue siendo la mujer más escurridiza y frívola de cuantas cubren su incoherencia con distracciones y olvidos. Ignoras si es por temor a una condena moral o una represalia judicial, pero el hecho es que no da su brazo a torcer e insiste en emitir señales equívocas sobre su paradero cada vez que hace amago de un acercamiento comprometedor. Apenas has logrado hablar con ella en un par de ocasiones, y últimamente has querido verla no tanto para acordar la fecha de salida (que imaginas próxima), sino muy en especial para enrostrarle con fiereza su conducta. Si antes la considerabas una mujer de confianza que alquilaba la casa y garantizaba su cuidado, hoy su estatuto se reduce punto menos que a una prófuga de cuyas estafas debes cuidarte seriamente. Sabes muy bien que ante su terquedad debes fingir solvencia, despreocupación, teatralizando la operación de venta (ya muy avanzada en sus plazos y con las firmas ya declaradas ante notario) como un asunto menor y sin interés. Sólo que Ingrid apenas te da la oportunidad de representar el rol de propietario desocupado, resbalando fuera de tu alcance y girando a cuenta de tu verdadera urgencia.

Esa noche renuncias a ubicarla y te entregas a diversas hipótesis sobre su llamada perdida. Esperas que algo definitivo suceda, adivinando los juegos finales que tendrán lugar en las habitaciones donde Ingrid y Tito se ofrecen los últimos reproches como una forma de amarrar veinte años compartidos y evacuados por el inodoro. O quizá sea algo menos dramático. Quizá la separación, sin duda más ardua, pesada y compleja que la vida matrimonial en cuestión, ha terminado por amigarlos como a esos boxeadores que chocan sus frentes escupidas y se abrazan en el round final, los músculos extenuados al cabo de veinte asaltos y un entumecimiento generalizado en todo el cuerpo que los vuelve indiferentes a la victoria

o la derrota.

Pero te equivocas medio a medio. Ruido de tropas, dice Milton por el teléfono a primera hora de la mañana siguiente. Es mejor que pases por acá. Agradeces la alerta y anuncias que irás esa misma tarde. Esta vez el anuncio tiene visos de realidad, al menos estadísticamente, ya que dos requerimientos sucesivos en menos de veinticuatro horas hacen una diferencia. Por eso acudes donde Milton con una especie de curiosidad morbosa, deslizándote de refilón en su casa y permaneciendo invisible en el segundo piso luego de divisar un camión de mudanza estacionado frente a la puerta de tu casa. Se va, está sacando sus cosas, te informa Milton. Y agrega: Esta es la segunda camionada del día. Parece cierto, aunque desde el puesto de vigilancia donde te has ubicado para determinar si se trata efectivamente de una mudanza o de un movimiento distractivo, no logras llegar a una conclusión precisa. Puede tratarse de un embalaje de bodega, o incluso de un cambio de mobiliario tras la alocada decisión de tomarse la casa y resistir en su interior durante un par de años. Tampoco puedes confiar en la versión que te ha soltado Tito a comienzos de mes, ni menos en las promesas que ha deslizado Ingrid por la mensajería. En rigor, esperas cualquier cosa de tu arrendataria.

Ves a Ingrid moverse en el patio y dar órdenes a un par de pionetas. Ellos desaparecen en el interior de la casa y luego salen llevando un baúl. No hay rastro de Tito, lo cual te llena de malos presagios. Ingrid sube al segundo piso y pasa luego frente a la ventana desde donde la observas sentado en un puf que Milton ha traído junto a una bandeja con limonada. Voy a llamarla, dices. Claro, dice Milton, inclinando ligeramente el cuerpo hacia la ventana. Pero no le digas dónde estás. A ver qué te responde, advierte. Marcas el número y la ves atravesar el pasillo con cierto apuro. La situación tiene algo vergonzoso y prohibido, de gato y ratón donde el último llevara la ventaja y se aprontara a perderla. Parece una escena de efecto cuando ella ve tu número en la pantalla y se abstiene de contestar la llamada, parada al medio del pasillo y de espaldas a la ventana desde donde la observas. Comadre Martina, mejor baje la cortina, murmura Milton a tu lado, esperando. No se puede negar que tiene carrocería, agrega sin sacarle

los ojos de encima. Tu llamada se pierde, sin respuesta, y vuelves a marcar. Voy a buscar más jugo, anuncia Milton, y notas que sale fuera del puesto de observación cuando Ingrid gira con el teléfono en la mano. Sin dudarlo, te incorporas y abres los brazos, de pie y con todo el cuerpo ahora dibujado en el marco de la ventana, sin soltar el teléfono que continúa sonando de forma que a Ingrid le resulte imposible no verte y evitar la llamada. Pero el asombro no nace de ella sino de ti, porque Ingrid mira al frente sin verte, la expresión consumida por una dureza particular, como si revelara una ofensa sin querer aceptarla, o devolviera tu intromisión a través de una venda que cubre los objetos al mismo tiempo que los traspasa con el cuchillo de la pupila muy fija. Están frente a frente y no es posible que ella no te vea, pero es lo que ocurre, porque tú la miras de una ventana a otra sin que ella se dé por aludida en ningún momento a pesar de mirarte con fijeza ella también, pero hacia ninguna parte, a un vacío ubicado a tus espaldas y con el filo de un deseo que te roza y pasa por el lado hasta posarse en un vértice inalcanzable. El espanto te sacude. No sabes la razón, pero piensas que Ingrid no sólo quiere volverte loco sino también llamarte al crimen. Conchatumadre, murmuras, muy bajo, contesta y mírame pus conchatumadre, pero lo único que oyes es el ring de la compañía telefónica que sonoriza la espera mientras se enfrentan. Ella parece abducida por la revelación, como si recién descubriera que ha estado siendo observada durante años, durante esos tres años de alquiler, sin que hasta entonces lo hubiese notado. De pronto huye, sale del campo de visión y se pierde escaleras abajo. Por un instante imaginas que saldrá a la puerta con un rifle en los brazos y comenzará a insultarte y disparar desde allí, sacada de quicio por una humillación retrospectiva. Pero no ocurre nada eso, y con la llamada ya muerta decides cambiar rápido de táctica y enviarle un mensaje de texto. Hola Ingrid, escribes. Y lo mandas. Chusss, hace el aparato, como si desinflara una bola. Si no contesta, todo estará bien, te dices. Será uno de esos días agobiantes y trágicos en que atropellamos sin querer a un chico de cinco años que se ha metido debajo de las ruedas. Un momento de ceguera puede ser disculpada. Pero Ingrid contesta; escribe: Hola. Lo hace como si nada, y luego

agrega: Qué bueno comunicarnos. Me estoy yendo. Hablemos más tarde. Y en ese mismo instante sientes un desánimo mortal, la tristeza te invade y te dan ganas de bajar corriendo hacia la casa para abrazar a esa mujer afligida y asustada, consolarla de la contumacia de sus negaciones y llamar a Tito a su lado y llorar los tres confundidos con las cabezas gachas por la vida perra que agita su cola. No haces nada semejante, sin embargo, y finges a cambio una respuesta distraída: Estoy al lado, suerte la mía. Espérame que voy ahora.

Te precipitas. No sólo tú; en verdad sientes que todo se precipita alrededor sin que encuentres un motivo plausible. Pasas rápido frente a Milton que sigue en el primer piso mientras se afana en la cocina con unos picados de fiambre. En la puerta de calle te cruzas con los pionetas que acomodan trastos en el camión del flete. Ves de refilón un juego de sillas, una mesa de escritorio, lámparas de pie. Y luego a Ingrid que viene a tu encuentro desde la entrada de la casa. Se saludan con una hipocresía rasposa, destructiva, inmovilizados ambos sobre las baldosas de ingreso mientras intercambian pretextos y justificaciones por la prolongada falta de noticias. Ingrid no se mueve; ni te hace entrar ni te lleva de vuelta a la calle, aguantando el tránsito de los pionetas como si te impidiera el paso por órdenes superiores, o hubiese ocurrido un hecho de sangre en el interior de la casa cuyos detalles es preferible evitarte. Duermo acá esta noche y me voy mañana, así que mejor te llevas ahora mismo una copia de las llaves, dice Ingrid. Ha dicho copia, y lo primero que piensas es que se ha equivocado con los líos de la mudanza y tiene la cabeza en otra parte, pero enseguida agrega: En adelante vas a tener que ponerte de acuerdo con Tito.

—¿Tito no se va contigo?

—Ya sabes que no —dice Ingrid.

—No sé nada, nunca has querido decirme nada, Ingrid. Ni siquiera respondes los correos y das vuelta la cara cuando nos topamos de frente… ¿Qué quieres que sepa o piense de todo esto?

—Ha sido muy difícil —oyes la voz de Ingrid en sordina, casi inaudible—. Tito no se va a quedar mucho más tiempo.

—Claro que no. Tito se va a ir inmediatamente cuando te vayas tú:

eso tenlo por seguro. Esta casa se vendió, entiendes, ¿entiendes eso?, ya no es mía ni tuya, y si Tito no sale de aquí contigo o sin ti, mañana va a venir una retroexcavadora y lo va a moler y convertir en polvo de ruina junto a todas las paredes y pisos y ventanas que se crucen por delante.

—Fascista… —dice Ingrid con los dientes apretados—. ¡Eres un judío fascista!

—Ya, ya —gimes, queriendo mantener el control y mirando a diestra y siniestra con el cuerpo hinchado de rabia—. Dame las llaves mejor y que se termine esta conversación.

—No, no te las voy a dar —dice Ingrid en una especie de rebelión a todo trance, las mejillas y la frente convulsionadas por el arrebato—. Pídeselas a Tito, ¡a ver cómo te va! Se las voy a pasar a él y que Tito decida el momento que él quiera para entregarte tu puta casa… —y en ese momento da la vuelta y se va, ofendida, que es lo más curioso de todo: gira y te da las espaldas con la certeza absoluta de que tú no irás tras ella y la pondrás en su lugar. La certeza de una impunidad total, te dices, mientras la ves irse con paso firme hasta perderse en la entrada de la casa.

Y tiene razón, porque quedas de piedra, incrédulo ante lo que acabas de escuchar. Ni siquiera respondes que ella es tan judía como no-judía-judía ha llegado a ser tu experiencia, y corresponde por tanto compartir el anatema. Estás bloqueado. Rápidamente entiendes que aquí es donde no debías llegar, este es el terreno minado que justamente era obligatorio evitar. Para eso fingiste, para eso aclaraste la voz, dialogaste, escribiste correos y enviaste saludos a Tito, al perro Negro y a su mamá, pero hete aquí al final del camino de la paz, plantado frente a Ingrid y atado de manos frente a la bestia para lo que ella decida hacer con el largo entendimiento que has forjado hacia el futuro. Ni siquiera atinas a llamar a viva voz en busca de una última palabra que te procure la esperanza de irte con la bandera en alto. Das la media vuelta tú también y sales del puente dinamitado con la convicción de que todo será más difícil ahora que los pionetas terminan de cargar los trastos de la carrocería.

De regreso al departamento encuentras a Eva sentada en las escaleras del entrepiso por donde anduviste la primera vez en busca de su música de acordeón. Un bolso cuelga de su hombro y te recibe en actitud de espera, genuflecta y con los codos apoyados en las rodillas. Qué ha podido pasar no tienes ni idea, pero al verte se incorpora y dice hola, tienes mala cara. Te besa en la mejilla, sientes el perfume del pelo y ella se hace a un lado, dando por supuesto que la invitarás al departamento. Es lo que haces, sin detenerte a explicar la trifulca con Ingrid. Tienes que hacer balance de los daños antes de ingeniar nuevos cursos de acción para la casa. Eva deja caer su bolso en el sofá y te acompaña a la cocina donde husmeas en el refrigerador algo para tomar. No es el mejor momento para recibir visitas, y menos aún la de Eva. Su presencia resulta desconcertante si consideras su indiferencia habitual. A qué se debe el honor, preguntas, ya sentados los dos en la cocina alrededor de unas cervezas. Estás cansado y sin ganas de intimar. Afuera el día comienza a desvanecerse entre los ruidos de la calle y las luces de los edificios a lo largo de Irarrázaval. Una penumbra ideal para las mentiras, piensas. Y luego ya no sólo tienes mala cara sino que te sientes realmente enfermo cuando ella comienza a hablar, a explicar su incomodidad contigo, a decirte las razones y sinrazones de su malhumor. Quiere estar tranquila, dice; no quiere seguir al acecho de sentimientos que no domina ni sabe adónde la llevan; enamorarse está descartado (lo considera algo así como un mal negocio). Aprecia tu amistad, incluso tu compañía, pero es una ruta peligrosa que no desea prolongar. Ya te ha mostrado quién es, ha sido transparente y generosa, pero no puede seguir alimentando ambigüedades. Es lo que oyes. Si hubo un flash inicial, una simpatía, se ha echado a perder. O tú la has echado a perder. Has cortado esa corriente y desviado el agua clara hacia unos pozos donde ella prefiere no incursionar. Por eso ha venido a verte. Quiere terminar algo que nunca empezó. Tú escuchas con atención. No sabes al principio si se trata de una declaración de amor o de guerra, pero intuyes que hay

algo de ambas. El reclamo no es nuevo, y te hace pensar en una antigua dolencia. Te acercas a una mujer, o una mujer se acerca a ti, simpatizan con una tensión y luego vienen los problemas de ajuste imposible. Eres torpe y distraído. Mantienes el interés, pero obstaculizas de mil modos la naturaleza de los afectos, haciendo cada vez más irrespirable el aire de la aventura. Si ella renuncia, harta de fintas, entonces liberas el albur y desparramas tu promesa. Tampoco el matrimonio cambia las cosas: basta que se inclinen hacia ti para que comiences a malgastar los placeres. Parece una treta de seducción, si no fuera porque se te devuelve en contra. La separación total de bienes te acomoda como anillo al dedo. No lo verbalizas ante nadie, pero tu verdadera y única musa es ese fuelle negro de la memoria que se pliega y expande y repliega y vuelve a tensarse con un aire de barrio en el soplo interminable de los días. Ella sola basta para explicar tus movimientos de resistencia y deseo, las combinaciones de laboratorio donde te la pasas experimentando con los flujos y reflujos de una imagen que se te escapa. Eva, por ejemplo. Ella sigue hablando y aún no descubres si su peso argumental se inclina hacia un lado u otro de la balanza. Dejas que continúe, las manos muy cerca de las tuyas y alertas al relámpago de un contacto que caiga y se quede. El momento es ingrato, sin embargo, porque si hay alguna estrella que todavía brille en tu interior, de pronto comienzas a ver cómo se consume. Es un acabamiento casi seguro cuando las palabras se declaran, se muestran igual que los cuerpos desnudos que ciegan a quien permanece vestido.

—Qué quieres —la interrumpes—. ¿Por qué viniste?

—A que me escuches —dice Eva, vacilante—. Eres siempre tú el que habla cuando nos vemos.

—Te escucho.

—No, así no; no para convencerme de que debo seguir escuchándote yo a ti.

—Quieres que haga la del Mesías, entonces…

—¿Cómo?

—Nada, es una broma —dices, pero ahora comprendes la nuez de la figura de C. Has estado errando todo este tiempo ante ella, porque

eres tú quien debe ser convencido por Eva. Es la forma de dominio que ella exige y practica, su manera de imprimir dirección a la buena y la mala suerte. Por qué no. Y aceptas. Dispones tu atención en actitud de espera, cediendo toda la iniciativa a lo que Eva pueda proponerte como salida. Enseguida te descubres en la clásica postura del hombre viejo ante una mujer más joven que regala sus secretos con la confianza de ahorrarse el trato con Kike, los miembros de la banda o cualquiera de sus amigas que no podrían escucharla sin escándalo. Como todos los buenos relatos, el de Eva se dirige hacia lo irrecuperable. A veces parece que hablara de un novio lejano, perdido en los tiempos del aprendizaje, un amor único que ha sido todos los amores que han seguido después; pero otras veces suena como una referencia indeterminada, una posibilidad como tú mismo u otros, alguien que pudiendo estar se desvaneció. Es una historia triste, en cualquier caso.

La luz se ha ido por completo y te incorporas en la penumbra para encender la luz, pero ella te ataja. No, dice. Así estamos mejor, ¿no? Captas el mensaje de pudor o desafío, y vuelves a sentarte. Hablan en la oscuridad, o más bien es Eva quien habla y tú escuchas, tal como ella lo ha pedido. Ves su perfil blanco y el pelo ensortijado cubriendo su retirada, enredando supuestos y confesando tramas que no imaginabas. Piensas en una lámpara de aceite que temblara tras el vidrio.

Le das la razón en todo; no deseas prolongar más su atrevimiento de venir hasta acá y declararse vencida, indemne y sin un rasguño del cielo que ofrecías. Un gesto leve y morirían ahogados los dos, piensas. Es mejor salvarse así, en la confesión de una cobardía que en los simulacros del arrojo. Es una cuestión de épica. Y ella sigue hablando como una llave que goteara en tus venas. Hasta que sobreviene el silencio y para ambos no hay nada más que agregar.

Se incorpora. La imitas y ni siquiera se te ocurre avanzar una mano para tocarla en la oscuridad, como si el Mesías se hubiese dormido y roncara aparatosamente delante de ella. Vamos, dices, acompañándola a la puerta. Diriges sus movimientos a través de la sala, pero pareces el médico y no el paciente que ha recibido la mala noticia de su

enfermedad incurable. Ella se deja guiar y de golpe se detiene. Qué pasa, dices. Eva levanta esos ojos de plato que tanto te asombraron la primera vez y muestra sus dientes blancos, pulidos por la sensatez. Te convencí, dice ella. No sé, dices tú. Creo que sí. Qué bueno, dice ella, porque yo no, para nada. Sonríes, aunque Eva no pueda verte. La conduces con suavidad hacia la puerta, evitando abundar en medio de las sombras de la sala. Salen al corredor y esperan. Recuerdas o escribes en el aire un diálogo dramático donde él le dice a ella: Cariño, tienes un proyecto de vida muy prometedor pero no puedo acompañarte porque yo soy un suicida, a lo que ella responde: y yo no puedo acompañarte en tu proyecto suicida porque vas a matarme, mi vida. Bajan en el ascensor, emboscados por la luz de los tubos que incomoda las miradas, y en la calle se dicen adiós sin ninguna promesa de llamarse. Subes al departamento y enciendes las luces. Pero enseguida las apagas, como pillado en falta. Quedas solo, vacío. Un vago perfume de Eva se te ha quedado en las manos, como un licor pegajoso. Todo el resto es neutro, indoloro. Buscas y rebuscas un síntoma de pesar, pero sólo encuentras tu propio desasosiego. Ya no hay músculo interior que reaccione. Has vuelto a ser de piedra. Respiras el vapor de lo ocurrido, como si oyeras un final de tonada evanescente en el piso de arriba. Nunca estuvo, te dices; fuiste tú quien puso su imagen delante para borrarla. Buscaste en Eva una prueba, la llenaste de circunstancia para tantear un brinco mortal y ofrecerte una chance. Querías romper con el pasado, pero el pasado no se acaba. El pasado eres tú. No ha sido ella sino tú, te repites viendo el reflejo de las luminarias en los edificios de altura. Eso fue lo que intentó decirte. Fuiste tú mismo quien borró su nombre y el de ese deseo que nació muerto; tú mismo eres la segunda muerte que andas buscando en los otros, y no Eva. No hay nada que puedas recriminarle ahora. Tal vez sólo el fuelle del acordeón que todavía oyes si te esmeras. Quedas a oscuras, con un punto de luz como un tarro abierto en un rincón de la noche.

La cosa es que se fue y tú te quedaste con las ganas, dice C. ya plenamente recuperado cuando le cuentas lo sucedido durante el último encuentro con Eva. Tanto mejor, agrega, sin dejar de pedalear.

No sabes qué responder. Consideras su conclusión demasiado gruesa, injusta incluso, pero enseguida te clava con un matiz retorcido: Es lo que querías, ¿no? Que ella misma te confirmara que no es ninguna diosa. Y te mira de refilón. Está vestido de short y camiseta de arquero (el número 1 impreso en la espalda) mientras hace ejercicios de máquina en el gimnasio de la clínica. Su aspecto es desopilante por donde se lo mire; un tronco largo y delgado que termina en una barba crecida, con el pelo medio blanco, los ojos desorbitados en las cuencas y disfrazado de jugador de fútbol pero sin chuteadores, sólo con unos calcetines chillones que le cubren los pies, salvo el dedo gordo donde el material se ha descosido.

—Y de qué me sirve ahora —protestas.

—Te sirve —dice C. sin dudarlo—. Es más, te sirve porque ya no te sirve.

—Algo así como un material reciclable —dices con un deje exasperado.

C. vuelve a mirarte de soslayo. Deja de pedalear sobre la estructura en forma de bicicleta, alza una mano, se levanta la camiseta y te muestra el pecho cruzado por un tajo. Sabes lo que es esto, pregunta. Una cicatriz, dices. Ya sé, es *mi* cicatriz, pero mira con más atención, advierte él, y sujeta la camiseta con los pulgares. Inclinas la cabeza y recorres el tajo, feo y extenso, con una curva que se abre a medio camino del esternón y termina sobre la boca del estómago.

—¿Y? —dice C.

—Sigue siendo una cicatriz.

—No —te corrige él—. Ahora es una hoz y un martillo.

—¿Ah, sí? No se nota…

—Es que tú no eres comunista, ni siquiera eres de izquierda —dice C.—. Pero yo sí soy comunista, y el cirujano que hizo el tajo también

es comunista, lo que facilitó mucho nuestro acuerdo para que después de la operación no quedara una sucia cicatriz sobre el pecho, sino una hoz cruzada sobre el martillo, aquí, donde está mi corazón. ¿Qué te parece?

—Magnífico, pero sigo sin entender —dices, familiarizado con sus disparates.

—Todo sirve —dice C. y se baja la camiseta—. Te inventaste a esa Eva para no tirarte por el balcón, para conservar tu distancia, abrir una puerta. En el fondo, para poder volver; o más bien para que el desaire, que es otra fantasía tuya, te traiga de vuelta. ¿Dónde? Acá mismo, a la clínica, al teatro, a tu país, a la Unidad Popular, al fútbol nacional, a la vida, a tu casa chilena, a tus amigos, adonde quieras ir después de pasar por donde pasa la muerte, igual que yo cuando me invento la hoz y el martillo para volver al comunismo después de la operación, por muy forzado que te parezca.

—Puede ser, puede ser —repites, caviloso—. Suena poco feliz.

—Lo que vale es el tatuaje, lo llamativo —insiste C.—. Ya no importan la felicidad ni las ideas que te haces de ti mismo, sino lo que llevas puesto en la piel. ¿Quién necesita coherencia después de todo lo que ha pasado? La coherencia está de luto, camarada.

—Me doy cuenta —dices—. ¿Cuándo te dan el alta?

—En un par de días estoy en la calle, pero soy un hombre nuevo; no más puños en alto ni adaptaciones de la madre coraje: ahora voy por el coraje a secas. Puro body art.

—Un body art comunista —dices para seguirle la corriente.

—Es lo que queda. Además el body art siempre fue rojo —dice—. La etapa superior del comunismo. Prepárate.

Y con un gesto del pulgar C. vuelve a pedalear sobre la estructura montada en forma de bicicleta, en plena forma casi, a ritmo pausado, mientras te quedas mirando el esfuerzo de las extremidades que se agitan como alambres de un mecanismo recién ensamblado con las partes sobrantes de otro distinto.

Te resistes a dejar el hueco que Eva abrió en tus rutinas. Te preguntas si no valdría la pena invertir del todo los papeles y tomarla de consejera, como una suerte de sicóloga vocacional que aceptara y tolerara tu estado de sombra, aligerando con palabras dulces y sabias el plomo que te aplasta por dentro. La dependencia entonces sería mutua, porque sabrías alimentar su narcisismo y combinarlo con amenazas de desaparecer cualquier día. Hasta que el cansancio te aliviaría de la violenta fijación por ella. Admites que soltarla y dejarla ir es lo más difícil, sobre todo ahora que no pasa de ser una imagen de corte. Y sin embargo es lo único que debes hacer, ya mismo, de forma perentoria. Para probarlo, inventas ejercicios prácticos y maniobras distractivas destinadas a realzar cuanto puedas su arbitrariedad. No buscas tanto degradar su importancia como reintegrarla a la serie que interrumpió, ya que vives bajo la impresión de una pequeña estafa donde debes reponer un sentido común previo, anterior al encandilamiento de lo nuevo que produjo Eva. El ejercicio, que desde ya podrías bautizar como de «retorno a la realidad real», o defensa del presente, pone orden en la secuencia, invirtiendo los modelos originales de la fantasía para encajarlos en los duplicados que te inquietan. Entonces la calle sin salida se eclipsa, reflejada en otra más poblada y polvorienta donde los niños juegan a las escondidas; y así también el amante que viene huyendo a todo motor ya no es el Minotauro que te busca desde el fondo mítico del laberinto, sino un oficinista fastidiado al que encuentras todos los días en las salidas del Metro y cuando subes a los autobuses, donde decenas de músicos callejeros hacen sonar sus instrumentos para acompañar tu viaje en micro. Ese teatro de dobles llena tu tarro vacío, y piensas que le debes la vida cuando te imaginas dando un paso atrás hacia la monomanía. Porque, ¿qué se acaba al fin con la experiencia sino eso mismo que inaugura el deseo y la experiencia nombra como nuevo? Vuelta a lo real, te dices. El bandoneón de la sirena ha dejado de escucharse en el hueco de tu caída, y decides reunir tus fuerzas para la batalla decisiva.

Vuelves a las largas caminatas por Irarrázaval, bordeando el barrio de tu infancia con la cara llena de preocupación, pensando en la mejor manera de convencer a Tito para que te entregue las llaves y se vaya de una buena vez. Hay un par de lecciones que consideras valioso rescatar de tu reciente y demoledor encuentro con Eva, como la habilidad para poner en la voluntad de los otros tus propias intenciones. La política del amo que simula ser esclavo, especulas. Un poco a la manera en que le mentiste por teléfono para llevarlo a tu lado. Pero Tito no es tan tonto; si ya está en conocimiento del altercado que tuviste con Ingrid (y es seguro que lo está), habrá tomado sus resguardos para proteger su posición y acuartelarse en algún rincón de la casa. Te sientas en el café de siempre para fijar líneas de acción y ordenar las fechas. Es necesario romper su resistencia antes de que las multas con la inmobiliaria comiencen a correr. Te queda un mes cuando mucho. Ya Milton y Teresa están de salida. Alquilaron un departamento en Providencia que les permitirá una transición suave mientras acomodan los dineros para la compra de una nueva residencia, menos vieja y aparatosa, probablemente en un barrio sin más pasado que un centro comercial con supermercado incluido. Debes decidirte entre hacer una llamada para poner a Tito sobre aviso o aparecer de sopetón para discutir con las cartas abiertas sobre la mesa. Ambas opciones te suenan mañosas, poco claras. Empieza a oscurecer y te incorporas para ir a pie hasta la plaza Ñuñoa donde has quedado de reunirte con el tocayo. Caminas y caminas. Te resulta sobrecogedor atravesar las calles y advertir la ausencia de relieve y trama que encuentras en Irarrázaval; por más que recorras la avenida de punta a cabo, una sequedad constante recuerda el origen de polvo y piedras que debió ser en sus comienzos bajo la canícula del campo, extendida desde el sur hasta llegar, sin filtros ni adornos, a la frontera del valle. Vivir para siempre en este límite ha de ser terrible, y sin embargo allí es donde estás aunque no te lo parezca, es lo único *serio* que tienes delante por más que finjas otras posibilidades; eres carne de este cotidiano en la planicie con la montaña al frente, cansada de la posición y harta de hacerle compañía a una ciudad que desea devorarlo todo pero no quiere a nadie.

Acompañas tu caminata con la acusación que Ingrid te espetó el otro día. Eres un judío fascista: alzas el brazo para destruir a la tribu como los cristianos de izquierda levantan el puño para destruir a Cristo. Esa podría ser una salida. Si al menos te dedicaras a los negocios, pero ser artista, ser chileno y ser judío (y vivir esa triple dificultad) es la tormenta perfecta para naufragar en los mares del sur. Plantar tu oxímoron en la capital de Palestina en América Latina no te va a ayudar. Serás siempre un islote rodeado aquí y allá por tus primos. A no ser que te disfraces de Don Francisco y te transformes en un imbunche judío, el más popular y autóctono entre los paisanos. Piensas en otros judíos fascistas de Chile: en Samuel Glusberg que se cambió de nombre y dirigió Babel en los años cuarenta, en Jodorowsky que quemó sus fotos y se fue a tiempo, en Dorfman que ya era norteamericano y se reencontró, en Galemiri que subió al cielo y se precipitó en el silencio, en Rimsky que quiso irse, en C. que nunca se moverá, en ti mismo que siempre vuelves porque los hombres pertenecen primero al lugar de sus sueños y luego al de sus daños. Admítelo, tu recorrido es una línea ondulada de espíritu inestable, muy propia de los judíos fascistas de Ñuñoa. Llegas a la esquina de la plaza cuando ya las farolas del alumbrado público se encienden sobre las terrazas. La gente ha salido a reunirse y a conversar. Un bullicio lento se levanta de una infinidad de locales que te hacen pensar en la imagen del tocayo cuando compara las noches de verano en Santiago con un balneario plantado a lo largo de la costa. Tomas asiento en una de las terrazas. Una joven pareja se abraza en la esquina opuesta. La plaza parece estar de fiesta. O es sólo que una energía hecha de cristales recobrados bajo el agua te toca y revolotea alrededor mientras esperas al tocayo. Miras con asombro y algo maravillado. Te parece estar saliendo de una caverna tras largos de meses de reclusión a oscuras. Estiras los brazos y desentumeces las piernas. Los ojos te pican, encandilados por la luz de la calle y los rostros que vibran en el aire y se abren camino. Te atrapa la brisa que se descuelga de los toldos y hace tambalear las hojas. Es una tarde hermosa, algún día.

Has de cerrar lo que has venido a hacer ante los demás. Recuérdalo y no te distraigas. Empezando por la entrega de la casa. Las condiciones acordadas constituyen una presión adicional, y comunicas a Tito que irás a verlo dentro de dos días, en horas de la tarde. No esperas que responda. Se lo notificas en un mensaje electrónico, con lo que das por aclarada tu determinación. Contraviniendo la norma, Tito da su acuerdo de inmediato: Después de las seis, escribe.

Es de lo más paradójico que cuando te vuelves antipático e imperativo él acceda y se abra del otro lado de la línea, pero tal parece ser el juego que se juega en tu casa. Sólo falta que Ingrid decida pagarte el alquiler por los dos últimos meses en que ha estado viviendo gratis. Tus deudas no hacen más que crecer, por lo demás, mientras los dineros de la operación de compra-venta se volatilizan detrás de una virtualidad inquietante. Pasado un cierto monto, la realidad física del papel y su valor han dejado de existir. Hoy son sólo un índice cifrado, una información que se maneja entre bambalinas y a cuenta de la cual se realizan giros y transacciones y decisiones que escapan al control de una sola voluntad, para multiplicarse en cambio en las manos de los ejecutivos financieros y los talentos de los asesores de inversión que giran a tu alrededor. Un animal de sueño que desvela, dice el tocayo cuando le comentas el hecho. En sus lecturas, es precisamente la ostentación de riqueza el detalle falso que reina en muchas comedias y no pocas tragedias.

Le das la razón. Algo de todo eso resientes de manera intensa. Desde el primer pago recibido por la compra-venta, el dinero ha adquirido en tu conciencia una dimensión más cruda y al mismo tiempo irreal. Ya no cuesta caro, como antes de tenerlo, pero tampoco es barato; lo comparas con una energía destinada al bien común pero que se realiza en privado. Su custodia en unas pocas manos que ordenan el interés multiplica a su vez el cuerpo de vigilancia en torno a las ganancias. Así el dinero paga y ordena el mundo. No hay nada que hacer con él mientras no sirva para atraer más dinero, salvo esperar que se vaya tal

como vino. Repartirlo en muchas canastas o dedicarse a producir electricidad parece lo más lógico, pero también una actividad extremadamente ordinaria, sin épica alguna. En cualquier caso, tu falta de entusiasmo con el millón de dólares es tan evidente como irritante. No logras encajar la idea de que las cosas cambien a tu alrededor sólo porque ahora puedas comprarlas, y sin embargo es lo que ocurre. Olvidas. Olvidas. Compras y olvidas, porque de eso se trata el arte del mercado: cada vez que compras unas cosas, olvidas otras.

El nombre de Eva, por ejemplo, que hasta ayer no más parecía doblar la cintura del mundo, hoy tu recuerdo apenas logra cuadrarlo con el cuerpo que llevaba (¿era alto, grueso, bajo, relleno, pesado o esbelto?). Que el amor sea más fuerte te suena ahora una soberana falacia, el mayor de los engaños, y eso que tú siempre has sido del partido de la memoria, pero el partido del mercado siempre ganará la batalla porque los hechos están de su lado y son estos los que producen dinero y riqueza, aunque mientan con descaro todo el tiempo y por eso mismo haya que sospechar de ellos. Sí, ya comienzas a ver dónde has estado todos estos años de monólogo dramático con los muertos; qué hay en esa cueva que retuvo tu vida enlazada a una memoria, consumió tu esperanza y te dejó sólo manchas y huellas, mientras un negocio sustancioso conquistaba las almas y removía escombros allí donde tú te quedabas enumerando las piedras. Pero ahora conoces el dinero a manos llenas, por primera vez lo tienes a él y no al revés, y descubres no sólo que puede servirte sino que encuentras más abierta que nunca la puerta que tanto te costaba derribar. Sólo se trataba de esto, o casi, y encarnas tú también y con gran entusiasmo la uña del interés. Compras y olvidas a lo grande. Qué otra cosa vas a hacer. O más bien, vendes a muy buen precio y te compran a bajísimo costo el hogar donde transcurrió tu infancia. Luego acudes a la cita con Tito llevando sumas y restas en los ojos. El orden se ha invertido mucho tiempo atrás, sólo que te hacía falta entender cómo funcionaba. Tu memoria no es más que el detalle falso para recuperar la casa y entregarla por fin a su comedia.

Conoces el dicho del huésped indeseable, murmura Milton cuando se encuentran los dos en la vereda, junto al camión de escombros que ha venido a recoger puertas, ventanas y pisos de su casa para llevarlas a una venta remate. Y antes de que puedas responder, hace un gesto con la barbilla levantada hacia el refugio donde está Tito. Al tercer día huele a pescado, dice por lo bajo.

Asientes, resignado. Milton ha dejado las rejas abiertas de su casa y despejado los muebles y objetos personales para que tres pionetas deshuesen la estructura con palas y picotas. El aspecto que ofrece el lugar es lamentable. No puedes evitar el comentario, y él levanta los hombros, las manos en los bolsillos mientras observa el ir y venir de los obreros que cargan y descargan sobre la parte trasera del camión. Por suerte Teresa no vino, dice. Su habitual jovialidad está de baja ante lo que él llama la salida al mar. Enseguida vendrá la demolición, cuenta. Aquí vine con Teresa cuando nos casamos, aquí se criaron y crecieron mis hijas, y aquí me voy hecho un viejo, treinta y tantos años después, a un departamento con paredes de tabiquería. ¿Es justo eso?, alega. No sabes qué responder; ni siquiera identificas bien la queja que desliza su recuento. Nos llegó el progreso, Milton, dices, remedando con ironía lo que has escuchado cada vez que alguien lamenta la suerte de los que venden bien para comprar algo peor. Nada que hacerle, pero igual da pena, dice él. Desvías la mirada hacia el portón de tu casa. ¿Lo viste?, preguntas. Milton niega con la cabeza. Apenas sale, advierte, pero sé que está allí dentro, más botado que mojón de campo. Ponderas su información y te despides con la vaga promesa de tomar algo juntos una vez que todo haya concluido. Que nos vaya bien, dice Milton, y se vuelve para seguir de cerca a dos pionetas que entran a la casa llevando chuzos y una carretilla.

Caminas unos pasos y te asomas sobre la doble hoja del portón sujeto con una cadena. Efectivamente no parece haber nadie en el interior. Pulsas el timbre y llamas a viva voz. Luego ensayas un mensaje de texto por si acaso Tito hubiese olvidado la cita. Cuando ya

piensas en agitar la cadena contra el portón en señal de frustración, su figura desaliñada aparece desde el fondo. Camina hacia ti sin apuro ni gestos de saludo, como un soldado en su puesto de guardia rutinaria que es molestado por un mendigo. Llega hasta el portón y sin pronunciar una palabra desabrocha la cadena y te abre paso. Respondes a su mutismo con un simple «gracias» y atraviesas el espacio que hay entre la puerta de calle y la de la casa sin agregar nada, siguiendo el trayecto que él marca con tres zancadas delante de ti. Ingresan y enseguida te das cuenta de que Ingrid se ha ido para siempre, no sólo de la casa sino también de la vida de Tito. Las paredes están peladas, con manchones blancos donde antes hubo marcos, fotografías, espejos. En la sala donde solía haber tres estantes y una mesa de centro, la primera vez que viniste para hablar de plazos, hace ya varios meses, no queda un solo mueble a excepción de un tablón largo sostenido por dos banquetas que sirve de comedor. Lo que ha quedado es un espacio vacío pero irregular, mal tenido, atravesado por vientos interiores que esparcen la derrota hacia un lado y otro de los muros. Por ese silbido seco que aprisiona el aire sabes que se ha quedado solo. Tito, Tito, dices. Y suenas como un consuelo. Tenemos que hablar. Están los dos de pie bajo el dintel de la puerta que va del pasillo a la sala. Su cuerpo se apoya en la baranda de las escaleras que suben a las habitaciones, el brazo haciendo de sostén para acomodar la masa abultada, gruesa, la panza metida dentro de los jeans y con el cinturón suelto, como si viniera saliendo del baño. Hace calor dentro, y notas las ampolletas de luz cruda que cuelgan del techo. Ingrid ha cargado con todo; lo único que ha dejado en la casa es ese cuerpo reñido con su propio abandono, porque no parece notarlo o extrae de él un orgullo peligroso. ¿Quieres un poco de agua?, dice él. Estás sudando. Te pasas la mano por la frente. Es verdad, dices, y agradeces mientras él se pierde un instante en la cocina y tú aprovechas de moverte y desmarcarte rápido hacia el sector más alejado de la entrada, temiendo acaso una expulsión violenta. Has pensado y ensayado las palabras adecuadas para decir y convencer, pero un blanco total las ahoga de pronto en tu mente. Te sientes transportado a un examen escolar que has representado

demasiadas veces en soledad para que resulte exitoso. Vas a tener que improvisar, te dices, mirando por la ventana hacia el patio trasero donde descubres la entrada hacia el garage y, a un costado, la piscina para los niños, más baja y pequeña de lo que recordabas. No ves al perro por ningún lado, y te giras al oír pasos. Hay un camastro arrinconado contra una de las paredes del cuarto, y ropa sucia tirada alrededor. Duermes aquí abajo, notas señalando el colchón cuando él llega y te extiende el vaso. Por ahora sí, dice. Arriba no hay nada; la verdad que hace tiempo me mudé para acá. Es muy cómodo. Asientes con la cabeza, pero tus alertas se encienden con cada frase de Tito, como si él midiera tus intenciones y esperara una ofensa para saltar sobre ti y estrangularte. Ingrid me dejó tus llaves, dice. Apruebas de nuevo, en silencio. Luego lo miras. También quiero las tuyas, replicas. No es una amenaza, ni siquiera una pregunta, y Tito comprende que has decidido meterte de plano en la zona caliente. Se mueve ligeramente hacia atrás, buscando una perspectiva que le permita hacer fintas o eludirte. Oyes ladrar al Negro afuera, en el patio, y te preguntas dónde pudo haber estado hasta entonces. ¿Es posible que un perro despabile al olfatear el aprieto de su amo? Entonces oyes a Tito, que dice, casi ufano: Estoy esperando una oferta. Sonríes, sin dar crédito a la provocación. O sí, esperabas algo así, y sientes que un chorro de ira sube hasta tu garganta, te borra la cara y salta, incontenible.

—¿Quieres plata? ¿Quieres que te pague por salir de la casa?

—No-no, me estás entendiendo mal —dice él—. Me refiero a otra oferta de alquiler.

—Ah, pensé que…

—No me gusta lo que he visto —interrumpe él—. Prefiero esperar un poco.

—Pero estás viviendo gratis, Tito. Desde hace meses —te calmas, buscas el tono adecuado, pero notas que tus mecanismos de simulación fallan tras la primera estocada—. Ahora lo que tenemos que hacer es entregar esta casa, juntos o separados, pero tenemos que entregarla; así de simple.

—¿Vas a echarme a la calle?

—No te voy a echar a ninguna parte, tú te vas ir solo.

—A la calle no me voy a ir.

—La situación no se sostiene, Tito, y no quiero meter a más gente en esto…

—Si lo haces te va a ir mal —advierte él—. Ya te lo dije una vez: yo también tengo abogados.

—Lo que tienes es una cara de palo que no se aguanta —sueltas por fin, y tu voz tiembla, sin rienda, dispuesto a insultarlo, desarmarlo, refregarle su testarudez en la cara si es necesario—. Pídele a tu mujer que te reciba, no es mi problema. Pero ya está bueno, se acabó. Tienes que irte.

—No veo cómo —responde, olímpico, y se cruza de brazos, desafiante, esperando a ver si le lanzas el vaso a la cara y comienza una gresca de puños que incline indubitablemente la balanza a su favor, no sólo porque es más fornido y pesado que tú sino también por el provecho que sacaría de una ruptura violenta.

—Dame las llaves —dices, enfático, como una orden a un niño travieso, y alargas el brazo con la mano abierta frente a él.

Alcanzas a ver que Tito arruga la boca con desprecio, pero enseguida ambos quedan suspendidos entre tu gesto y el sonido del teléfono celular que suena en el bolsillo izquierdo de tu camisa, de forma que el absurdo invade el cuadro: Tito cruzado de brazos, tú con la mano extendida, y la campana del teléfono sonando entre los dos con la llamada de fin del primer asalto. No puedes hacer otra cosa que mirar a Tito, y lo mismo él a ti, sabiendo ambos que la irrupción resulta inoportuna y maliciosa. La llamada entrante sigue abierta, aflojando la tensión extrema de lo que ambos suponen un momento definitivo para dirimir el problema. Pero no hay forma de ser serio, y lo que es peor: tu mano queda en el aire, estúpidamente solitaria, y debes imponerle una intención distinta a la original. Entonces, como quien no quiere la cosa, flectas el brazo y la mano se recoge en busca del teléfono que suena sobre tu corazón. Atiendes, pero la gravedad de la situación se desploma por completo cuando la voz de e-Gloria surge del otro lado del planeta. Hola, dices, y miras al sesgo hacia Tito para disculparte, algo que él parece aceptar de inmediato porque ves que

descruza los brazos y se acerca a la ventana, dándote las espaldas para una tregua. También tú le das las espaldas y te alejas por el pasillo hacia la cocina, mientras intentas resumir en unas cuantas frases el trance en que estás para que e-Gloria se haga una composición de lugar. No es necesario explicarse demasiado. La has mantenido al tanto de las tratativas con Ingrid y de las fanfarronerías de Tito, pero ahora que la separación entre ellos está declarada, e-Gloria escucha con mucho interés tu reporte desde el lugar mismo donde se producen los hechos, por así decirlo. Pásamelo, dice ella, que parece comprender de un golpe la trifulca en que te hallas. Qué, cómo, preguntas tratando de encajar su determinación. Déjame hablar con él, insiste e-Gloria, que quiere saber además dónde se fue Ingrid. Ni idea, pero la estaban esperando en otra parte, informas. Ya, dice ella. Pásamelo. Como quieras, dices. Un segundo. Y caminas de vuelta hacia el cuarto del fondo donde Tito sigue de pie mirando hacia el patio. Gira y le extiendes el aparato para que se ponga al habla. La sorpresa de Tito es una mueca torcida hacia el teléfono. Quieren hablar contigo, dices. Él vacila y tú levantas los hombros cuando te mira con la misma incerteza que debe ver en ti. Hola, dice Tito pegando el micrófono a los labios. Hay un silencio, luego un saludo formal que lo obliga a soltarse, y decides retirarte del cuarto para dejarlos solos.

Caminas hacia la sala, te asomas al vacío que domina el eco de los muros, subes las escaleras y te paras en el corredor que ha sido tu punto de mira favorito desde la ventana del estudio de Milton. Te resulta inverosímil que Ingrid no te hubiese visto desde allí la otra tarde; incluso muy difícil que no descubriera alguna vez al propio Milton sentado en el puff, observando al desgaire las incidencias del piso de arriba, a pesar de la pandereta y los arbustos montados sobre el lindero. Calculas la distancia y luego giras por completo para hacer un ejercicio de invisibilidad, como en aquel cuadro donde un hombre se mira frente al espejo y el reflejo lo devuelve de espaldas al cristal, siempre visto desde atrás, en un interminable viaje de puertas y pasillos ante el marco del espejo, como si el rostro y la cara anterior del cuerpo se extraviaran al mantener la posición al centro de la pieza,

o la posibilidad de enfrentarse de cara al espejo nunca hubiese existido. Estás de espaldas y no es posible saber lo que verías si ocuparas el puesto de Milton, pero cuando vuelves a girarte efectivamente algo deja de estar, una nitidez se empaña en la mirada, a pesar de que no hay obstáculo alguno en la línea que hace punto de contacto entre tu posición y la biblioteca del vecino. Raro, porque mirar sin ver al otro que mira es lo que sucede cuando las personas se ofenden y borran del campo visual la presencia que tienen al frente, porque no hacerlo de esa forma implicaría reconocimiento y saludo. Quitan el saludo, según se dice, y se te ocurre una idea descabellada, no necesariamente relacionada con Ingrid pero sí con la casa y el espacio que ocupa dentro de ti, en tu alma, si esa palabra te dice algo. Inquieto, husmeas bajo los umbrales de los dormitorios a ver si encuentras una pista, vuelves a tu cuarto y al balcón desde donde observabas a la Piba tomar el sol en su terraza, y crees ver al fondo del patio, bajo el parrón y arrinconado por los años, una solución al misterio que de todos modos te resulta innombrable, confundido con las muchas casas que has andado y desandado llevando contigo esta casa de infancia. Son capas y más capas de sombra que se acumulan y trasuntan el tiempo en el aire espeso del verano. Desearías tomar una ducha para despejar tu cabeza, pero en los baños de arriba no quedan siquiera cortinas. Es un peladero de bolsas vacías y calcetines huachos que Tito está dejando morir con el recuerdo de su matrimonio, y te paseas un rato más todavía hasta llegar a la pequeña saliente del dormitorio principal, desde donde distingues la calle y el muro, junto con un fulgor, una euforia interior que hormiguea entre tus huesos queriendo salir.

Ya está, oyes a Tito llamar a gritos desde la sala. Te paras de nuevo en el corredor. Qué pasa, dices, voceando por el hueco de las escaleras. Qué hay. Y miras hacia abajo cuando Tito aparece con la cabeza levantada y el aparato extendido en uno de sus brazos. Ahora quieren hablar contigo, dice Tito. Parece una broma de hermanos que juegan al papá y la mamá. Bajas con lentitud, de vuelta al ring con la toalla trenzada al cuello, pero Tito te recibe con el ánimo quieto, la expresión reblandecida aunque severa, y te preguntas de inmediato

qué pudo haber ocurrido para semejante transformación. Toma, dice, y te deja solo mientras se dirige a la cocina. Acercas el auricular y oyes la voz de e-Gloria débil y vulnerada, abriéndose paso entre hipos y pequeños segmentos que buscan coherencia sobre una línea de agua. No puedes creer que sean sus sollozos los que escuchas entrecortados, y tu primerísima reacción es soltar el aparato y correr a torcerle el cuello a Tito hasta desinflarlo, no importa lo que él te diga ni explique, pero e-Gloria se interpone como si estuviera viéndote y dice: Estoy bien-estoy bien, no hagas caso, ya estoy bien. Qué pasó, dices, gritas en verdad: ¡Qué pasó, Gloria! ¿Por qué estás así, por qué lloras? Y es la primera vez en mucho tiempo que te parece estar hablando con ella, con Gloria, no porque necesites oírla sollozar para reflotar tu masculinidad, sino porque se ha vuelto tan frágil como tú en el espacio que ocupas desde que llegaste a la ciudad con tu misión a cuestas y el vaso dado vuelta. Tito se va ir, ya está hablado, ponte de acuerdo con él, me prometió no volver a poner problemas con la casa, dice ella. ¿Qué pasó?, repites, ¿por qué estás así? Nada-nada, no te preocupes, dice ella, estoy bien, y su voz vuelve a nivelar los énfasis a través del pequeño auricular. Te llamo más tarde, anuncias. A qué horas te puedo llamar. No, dice ella, mejor otro día, hablemos mejor otro día. Cuándo, dices con una angustia manifiesta, y ella dice después, después. No puedo hablar contigo ahora. No quiero. Dime algo, dices ahora revuelto y desesperado. ¡Qué pasa, cuéntame! Nada, dice ella. No va a servir de nada que hablemos ahora. Mejor otro día. La conoces bien y sabes que su palabra no se torcerá. Se despiden con un ligero ahogo y cuelgan al mismo tiempo. Guardas el aparato con el gesto de quien ha sido promovido de curso a pesar de la mala calificación. Levantas la cabeza. Estás conmocionado, como si te hubieses golpeado contra un fierro al subir a la superficie. Ves a Tito que sale de la cocina llevando una botella de soda y se para delante, con los hombros apoyados en la pared. Te ofrece un trago del gollete y aceptas. No dice nada, sólo te mira mientras el frescor del líquido baja por tu garganta y alivias el bochorno de calor que se ha inmovilizado en el pasillo. Cuando le devuelves la botella, Tito te pasa a cambio un llavero de plástico con una cola de conejo vitrificado en su interior.

Ven a buscar las mías la próxima semana, dice. Asientes con la cabeza, sin abrir la boca. No quieres saber nada más. Estás extenuado. No quieres saber lo que Tito habló con Gloria ni lo que ella pudo decirle; lo único seguro es que la batalla ha terminado. Todo te parece ruina y polvo alrededor, bajo una nube de cenizas que todavía cae del cielo. Y te invade la certeza de que nadie se salvó esta vez; nadie ha podido arrinconar al otro y expulsarlo y humillarlo sin conocer el daño propio. Ni Gloria ni Ingrid han logrado sortear la destrucción. No quieres saber nada más por ahora. Te basta con pedirle a Tito que sujete al perro cuando salen fuera.

Has terminado contigo, o es lo que te parece desde la butaca de la sala donde te sientas a oscuras. Los sollozos digitales de Gloria han sido tu piedra de toque y ahora debes someterte al enervante escrutinio de lo que dejaste de hacer y pudiste advertir en una línea de vértigo. Tres veces has intentado comunicarte con ella a través de la nube de skype, sin éxito, y las interrogantes se abren en un baile de máscaras. ¿Qué le dirás cuando vuelvan a encontrarse? He acabado conmigo, he borrado mi nombre y mi memoria se ha fundido con la espuma de los días, ahora soy un dramaturgo del body art, cariño… Te burlas, pero no debieras: quienes todavía se sientan a tu mesa han demostrado una paciencia infinita con tus pecados de oficio. Escribes, de buena fe, *à la* Milton: respóndele al que nunca te llama, y luego envías tu críptica confesión a e-Gloria, pero te desilusionas de inmediato: el servidor devuelve el mensaje con una leyenda automática donde informa que el usuario se encuentra ausente de la casilla y volverá en otro momento. ¿Dónde se habrá ido? Mejor así, piensas. No hay ruego ni nuevo amanecer que comunicar; las explicaciones sobran cuando alguien cae en el cumplimiento de su deber. ¿Es eso lo que dirás a Gloria? Lo dificultas, lo sometes a revisión. Eres duro como una roca que no sabe inclinarse y carga encima una tiesa melancolía ante los gestos de contrición. Ni siquiera sabes si volverán a verse pronto. ¿Qué ocurrirá entonces? Posiblemente nada, o esto mismo. Relees las notas que has estado tomando. Hay más verdad en ellas que todo lo que pudieras decir para justificarte. Ya lo has visto todo, no de los otros sino de ti (en esa esquina donde sales a fumar en las noches, en este minúsculo departamento para hombres solos, en esta ciudad donde no ves a nadie y nadie te ha visto volver), pero el perdón está descartado. En rigor no sabes pedirlo ni cómo se hace, no estás acostumbrado; tu vida ha girado sus máximas en el nombre de la víctima, nunca del ofensor. Siempre has pensado que te lo debían, girabas a la cuenta del agravio recibido, pero ya era hora de que voltearas la etiqueta y descubrieras con tus propias maneras de qué

material estaba hecha la ofensa. Querías ese papel, lo buscaste para ti, y ahora que el inframundo te recibe y corres por las estepas salvajes en busca de absolución, comprendes que la culpabilidad se alimenta de la ambigüedad de los cargos, del impreciso fulgor del crimen. Eres culpable porque no sabes de qué eres culpable. Te falta información. Mientras insistas en tu inocencia, más larga será tu condena. Por eso sólo una vez que aceptas la falta, la fijas de algún modo y la provocas de otro, logras dejarla a un lado y convertirte en ese ser desagregado y cauteloso que mira el juego sin entrometerse, averiado en el examen de sí mismo por el cual necesariamente ha de pasar llevando sus ruinas. Es lo que has aprendido en estos meses. Has *bajado* al nivel de la ofensa y del miedo, que es el nivel de los hechos humanos por excelencia.

Qué fácil resulta así expuesto. En el fondo, las virtudes siempre quedan alojadas en los otros, en la comunidad (cuál sino esa es la lección del teatro y de los cuerpos trabajados por la repetición), mientras que la vergüenza nunca dejará de ser individual porque no le atañe más que a tu yo, a la negatividad que encuentras cuando te apartas y cortejas la muerte. Deshacerte de ella te ha costado una vida; por ella has violentado tu memoria y procurado borrarla por todos los medios, incluso escribiéndola. Nadie te lo exigió, sin embargo; tú mismo te inferiste esa violencia, adoptando modos que no te convenían ni encajaban con tu verdadera situación. No ha sido el exceso de cortesía el que ha movido las ruedas de tu existencia esta vez, sino su falta: ella te arrojó al desierto para que hicieras la travesía de tus heridas, y por ella te propusiste tramar un plan y acometer incendios y adorar la muerte que partió tu vida en dos.

Tiemblas de pavor de sólo pensarlo. Estás en el pozo otra vez, incómodo y obligado a desplazarte hacia el centro de la escena para recoger una soga que venga a rescatarte. Esta medición de ti mismo bajo el microscopio es lo menos recomendable que hay en términos dramáticos, pero ya no tienes forma de evitarlo, como si fueras el centro de un desorden que has de inspeccionar en detalle. Elusivo, recoges del velador la lámina de Magritte. La observas entre los dedos como si buscaras el retrato hablado de tu imprudencia, y de golpe

entiendes la fascinación que te produce la ausencia de rostro en el personaje enfrentado a su reflejo. Eres esa falta en *La Reproduction interdite*. Por más que te mires de frente, siempre te verás de espaldas. No estás aquí. O bien estás realmente fuera de ti, en otro lugar que ni sospechas, acaso en la postura asexuada del Mesías, o en una edad que bordea la notoriedad sin agregar ningún rasgo particular. Apartas a un lado la lámina. Estás cansado de estar metido en esa trampa que te mira desde el espejo y cuya distancia (mínima) todavía te preserva del goce ciego y la locura. Te queda poco tiempo, además, si es verdad que Tito dejará las llaves y luego te corresponderá entregar la casa. ¿Habrá valido la pena levantar el ancla que te quedaba? Las noticias del periódico te dicen que sí, pero lo que encuentras aquí no está en ningún otro lugar. ¿Qué es? Piensas en los rescoldos del padre al volver, en el malestar de la madre al quedarse, en la fricción de los afanes, en tu rito incansable con los muertos, pero nada de eso te parece tan real ahora que la infancia asoma y corre a tu encuentro desde el fondo de todas las puertas. La ves nítida como la prohibición en el cuadro, como el detalle falso que buscabas y que resulta ser lo único verdadero en tu comedia. No es necesario que llames a nadie a tu lado para que dé testimonio de tu sinceridad. Estás solo desde hace bastante tiempo, así que puedes bajar sin vértigo ni escándalo de esa ridícula cruz que levantaste para el sacrificio. Por hoy, ya es suficiente. Has terminado con tu inconfortable biografía. Ahora tranquilízate y duérmete. Mañana cuando despiertes no serás más que una novela. Sólo preocúpate de que sea buena. No, ni buena ni nueva; que sea distinta.

Julia te invita a una exposición en el museo. Menciona la obra de un artista que no conoces. Creo que te puede interesar, dice. El título de la exposición te resulta llamativo: Arte y deshonra. Por qué no. Quedan de reunirse en horas de la tarde para la visita en los alrededores del Parque Forestal. Tomas las providencias del caso para no hacerla esperar (ahora no quieres fallarle a nadie y te conduces con la rectitud de un asesino ejemplar cuando es llevado ante sus jueces). Subes a un bus que hace la ruta por Bellavista, pensando en descender frente al edificio del Bellas Artes. Hay una parada previa a un costado de la Escuela de Derecho: Te bajas o sigues. Atisbas lo que hay por delante y optas por lo segundo: aquí no hay estaciones rojas y verdes, puedes estar tranquilo. Pero te equivocas: las puertas se cierran y la micro sale tan decidida como si emprendiera la ruta hacia la costa, adquiere velocidad antes de llegar al cruce donde pensabas que giraría y se introduce de un envión en el túnel de la autopista. Te fuiste. Dónde vas, madre mía. Un ruido sordo invade el interior de la máquina. Ves pasar muros y más muros en la oscuridad, iluminados por tramos de ampolletas amarillas. Emites un leve quejido de lamento y te abres paso entre los pasajeros hasta alcanzar la cabina del conductor. ¿Adónde va este bus?, preguntas. El chofer te mira de soslayo. A Renca, dice. Nunca has ido a Renca (tampoco a Peñaflor, ni a Las Rejas ni a Lo Prado o Barrancas, por nombrar unas cuantas comunas populosas y populares que quedan lejos de tu radio de operaciones), pero miras el reloj a sabiendas de que faltarás a la cita con Julia. Usted dónde quiere ir, pregunta él. Cerca del museo, dices, evasivo, como si constituyera una provocación confesar derechamente tu destino a esa hora y en ese lugar del sistema de transporte público. El chofer niega con la cabeza, y sonríe sin decir una palabra. Te quedas a su lado durante el resto del trayecto, cual un niño perdido que será depositado en el primer retén de policía. El bus emerge a la superficie tras diez minutos de silencio y autopista. Tu expresión ha de ser desgraciada porque mientras ves pasar calles y barrios por la

ventanilla, el chofer agrega: No hay paradas hasta la plaza. Respiras hondo, te resignas. El tráfico se embotella en las salidas, cientos de autos y motores detenidos entre los hedores de carbono. No conozco Renca, le sueltas al chofer. Le va a servir de paseo, ironiza él. A esta hora comienza lo peor. El inopinado diálogo te alivia. Intentas leer los nombres de las calles: avenida Apóstol Santiago, luego pasajes interiores, peladeros y casas bajas de un piso, con techos de tablas y banderas chilenas colgadas de una ventana. Los humildes no se equivocan, saben dónde están y lo que quieren. Allá, dice el chofer, Tras realizar un giro y apuntar hacia un extremo de la calle. Ves al fondo una plaza arbolada que parece bulliciosa, peatones que cruzan de un lado a otro y un enredo de buses intersectados en las esquinas y junto a los semáforos. El chofer se apiada de ti: Tiene que tomar el 408 para volver, dice. Ese lo va a dejar cerca del museo. Agradeces y bajas en la siguiente parada. Has llegado a la plaza de Renca y te paras en la intersección de la avenida Jaime Guzmán con Santa María. La familiaridad de los nombres te devuelve la confianza. El lugar es muy grato, por lo demás: niños corriendo detrás de un globo, señoras sentadas en los bancos, ancianos que fuman y una pareja de mujeres policía que cruza por entre el gentío, parsimoniosa y con las manos tomadas en la espalda. Está buena la cosa en Renca. Incluso se te ocurre la idea de sumarte y confundirte un rato y tomar un helado, pero vas retrasado en casi una hora y piensas que todavía puedes alcanzar a Julia a la salida del museo si te apuras. Tendrías que coger un taxi. Es lo que hace la gente que tiene prisa. Dinero no te falta, pero por alguna razón terminas de mal humor cada vez que subes a uno y el conductor comienza a dar vueltas por la ciudad mientras habla de sus problemas familiares. Por otra parte, ya dominas como pocos el intrincado sistema de buses con su población flotante (a primera hora de la mañana suben los que van al trabajo o a la escuela; después de las diez aparecen los cantores urbanos, los ciegos y los cuentacuentos que venden limosna; a mediodía llega el turno de las señoras con paquetes y bolsas; por la tarde, la jornada los devuelve a todos confundidos en una marea cansada y aceitosa). Caminas hasta el paradero. Estás en la hora punta. Demasiadas micros y números y

letras chicas que no alcanzas a leer. Quien diseñó esto no lo usa para sí mismo, eso es seguro. Esperas, impaciente, y luego subes a la primera que lleva el logotipo de los cuadriláteros del Metro en el tablero de destino. Está casi vacía, además. Pero antes de cinco minutos reparas que la micro al centro no sigue la misma ruta de aquella que te trajo a Renca. Curioso. Te incorporas, dispuesto a una segunda humillación ante el chofer que intentas sea lo más altiva posible. Perdón, señor;¿podría decirme hacia dónde se dirige este autobús? A la estación Santa Ana, dice él, solícito. ¿Y la autopista? preguntas, con la ligera angustia del turista con sus folletos de lujo en la mano. El conductor te mira: Nooo, dice, alargando firmemente la vocal. Esta micro hace el camino comunal. Nada de autopistas. Vuelves a tu asiento. La tarde se retira y no llevas abrigo. Te distraes mirando afuera las casas con rejas de palo, las calles angostas, los barrios desaliñados que se suceden uno detrás de otro. Te invade la sensación de que no hay nada que puedas hacer para modificar el curso errático que adoptan las situaciones que te conciernen. No es que ya hayas perdido la cita con Julia o que debas recuperar algo para poder seguir; es que alrededor los datos de la realidad no coinciden entre ellos ni con las expectativas que despiertan. Como un anuncio engañoso que echara humo todo el tiempo. Intentas relajarte, pero es dificíl sabiendo que te esperan y fallas cuando no debías. quieres portarte bien y no lo consigues por mucho que te esfuerces. Miras la hora por última vez: ya no, olvídalo. Mejor ríndete. Nunca nadie demoró tanto en llegar a un museo. Escribes un mensaje a Julia por whatsapp: «Lo lamento, se me pasó la hora». No agregas nada, te rindes. Arte y deshonra. Sientes frío. Un viento dulce entra por las ventanas. El trayecto se estira, inconcebible. Vueltas y más vueltas por barriadas que no conoces. Te distraes con el twitter para no desesperar: vas a tu cuenta y descubres que ahora te sigue un centenar de interesados. Revisas. Identificas los nombres de algunos conocidos. Alguien que no es Julia responde de pronto a tus disculpas por la mensajería interna. «Ven a verme», escribe, y agrega enseguida la dirección https://www. Tumblr. Com/ con una contraseña de ingreso. Copias y pegas: «PERDONA NUESTRAS SUCIAS MENTIRAS, PERO AL

MENOS YA LO ENTIENDES. TE ESPERAMOS DENTRO», dice el cartel de bienvenida al sitio en medio de la oscuridad que cubre la estación Santa Ana cuando tu micro se detiene. Bajas y en la calle encuentras varios patrulleros de la policía estacionados con las balizas rojas encendidas. ¿Qué pasó?, preguntas al paso. Amenazaron con un atentado, dice alguien. Dejaron una mochila abandonada y los pacos se la llevaron. Ya es noche cerrada y te introduces en el túnel sin hacer caso, buscando la mejor combinación para llegar a Irarrázaval. Cruzas la estación con tu aparato en la mano: tecleas, manipulas, navegas por el sitio que te han indicado y en el identificador ves la imagen de una mujer vuelta de espaldas, con el cabello largo que cae casi hasta su cintura por detrás de los hombros. Un pedazo de sol arriba, en un costado de cielo, quema parte de la fotografía. Está desnuda o vestida de un modo muy ligero. Te asalta una curiosidad de vagabundo entre cartones viejos. «Quién eres», preguntas. «Muñeca Rusa», dice quien sea que esté del otro lado. Y repite: «Ven a verme». La pantalla comienza a llenarse con globos de diálogo: «Un día de estos» / «Ahora mismo» / «Para hacer qué exactamente» / «Lo que quieras» / «No te creo», escribes, y Muñeca Rusa te envía una foto de respuesta instantánea que logra convencerte. Digitas, con cautela todavía: «Voy en el Metro» / «Qué estación» / «Santa Ana» / «Estás cerca» / «Dónde bajo» / «En Bustamante» / «Me voy a demorar» / «Son cinco paradas» / «No te duermas» / «Estoy despierta» / «Qué haces ahora» / «Voy a la ducha» / «Estás sola» / «Estoy caliente», anuncia, y ella o él (porque no hay norma que garantice el género de este intercambio) digita una dirección no lejos de la estación donde tendrías que descender. «Me estás siguiendo», afirmas, ya que te resulta evidente que en el cruce de mensajes diarios Muñeca Rusa se ha entrometido en tu casilla o la ha copiado de algún vínculo. Pero es ella quien te acusa: «Ya deja de mirarme», escribe, y la admonición te hace rebobinar rápido sobre el sitio que alguna vez visitaste más por asociación con el observatorio de Milton que por lujuria virtual. De modo que Muñeca Rusa es ella, esas fotos, esas posturas al desgaire, de algún modo casuales pero atractivas en su artificio, aunque siga siendo un albur el sexo del texto (en la primera visita al sitio pensaste

en una mujer soltera y aburrida, ya vieja quizá, pero luego te pareció jovencísima por el tipo de comentario que incluía al pie de las fotos, y luego pareció que un hombre —su marido o su novio— tomaba el mando y subía mensajes en la pantalla, hasta que finalmente podías apostar que lo hacían por turno, muertos de la risa con las variadas combinaciones de imágenes, cual más temible que la anterior). Te sientas a esperar la llegada del tren mientras pides detalles de la advertencia donde vas a meterte. Me llamó la atención tu anuncio, admites, y Muñeca Rusa te explica que vive rodeada de máquinas y ojos que la miran todo el tiempo, es de esas construcciones nuevas que se pusieron de moda, dice, las ventanas de los edificios se topan unas con otras, y que al principio ella se asustó pero luego dominó la sensación de acoso (así la define) y ahora la disfruta, entonces le preguntas a Muñeca Rusa si no te está utilizando con fines perversos, a lo que ella contesta con una frase venenosa que sacude tu carne con un vértigo inmediato, oscuro. Tu sangre se combustiona y agita, sube a tu cabeza. De pronto ya no piensas, dejas de lado todo recato y subes al vagón casi temblando por una urgencia brusca, entre el vaivén de los carros vacíos que crujen y se alborotan corriendo a toda velocidad bajo la ciudad como un grito en la selva después de meses de castidad pasados en los laberintos del Transantiago. Obedeces al llamado de un cuerpo que es sobre todo el tuyo, buscando aire, y sales a la calle cinco estaciones más allá con el aparato en la mano, dispuesto a saciar tu hambre y tu sed con un faisán abierto en la mesa. Vas camino, ya. Excitado a morder el hueso. Atraviesas el parque desierto, y todo lo que ves por delante son posturas: la del Misionero, la trampa de la yegua, la del perrito, la nave espacial, la del Mesías, mientras Muñeca Rusa te guía a través de la pantalla con las indicaciones breves y sabias de un localizador invisible: sigue dos cuadras hacia el sur, enfila a la izquierda, sube media cuadra, vas a ver un edificio nuevo de dos plantas, entra y dile al portero que vienes a buscar un encargo, o mejor no digas nada, el tipo es un idiota, se pasa la vida husmeando en lo que no le importa, sigue nomás, camina recto hasta el segundo bloque, atraviesa el pasillo, eso es, gira a la izquierda, vas bien, casi que llegas, apúrate, ya estás frente al

ascensor, vamos, no te demores, sube al quinto piso, a la salida hay dos puertas, elige la primera que veas, empújala, pasa dentro, al fondo del pasillo, aquí estoy, acércate, tengo hambre. La zozobra te guía. Sientes el relámpago que quiebra las distancias y tensa el deseo. Nada más que eso: no hay recursos a imágenes ni recuerdos. Se trata de un puro aliento que pide ser ahogado. O a la inversa: vas a fundir tus ansias con un vacío físico que no mental. La verdad te arrastra hacia el fondo. Vivirlo es tan distinto a escribirlo. La puerta está entornada, y sólo en ese instante apagas el aparato que arde en tus manos y cruza los cables de tu cabeza. El pasillo de ingreso está oscuro, y antes de cerrar la puerta a tus espaldas consideras un segundo la situación: vas a caer muerto, te van a drogar y violar entre siete camioneros que alquilan el cuarto para sus fines de semana de descanso, pero ya estás rendido al juego de la Muñeca Rusa y no lograrías retroceder aunque quisieras: ella te tiene en su red, has caído bajo lo que parece ser una venganza feroz y milenaria. Ya deja de mirarme, dice. Pero tú siempre has mirado: a la Piba que se dejaba ver sobre las baldosas del patio y sabía que tú sabías, a Ingrid que miraba hacia ninguna parte y se evadía lejos del alcance de Tito y los vecinos, a Eva que miraba queriendo adivinar a su vez, a e-Gloria que nunca miraba y lo veía todo. Qué hacen los hombres sino mirar mujeres toda la vida hasta arrancarse los ojos o perder un tornillo tal como miras tú cada vez más intensamente todavía, mientras el deseo de las mujeres se posa siempre del otro lado de lo que miran. Una sombra surge en el pasillo y abulta la penumbra con una bata de color chillón. Tumblr, Tumblr, aquí dentro te espero, parece decir. Y tú: whatsapp, Muñeca Rusa, whatsapp. Apenas logras verle la cara. Esto sí que es bueno: ibas a una exposición y terminaste en una orgía. Aquí empieza tu novela, en esta cueva de nada es donde se exhibe el arte y la deshonra. Quedas parado en mitad del corredor, extiendes las manos, intruseas corriendo ligeramente un pliegue de la toalla, fisgoneas con los dedos, escarbas y aprietas sobre la piel húmeda, recoges el cuerpo blando y tibio que se abre desde el interior de la bata. Los pechos se inflan, llenos y claros al tacto. Buscas más y Muñeca Rusa te recibe, se gira sin pronunciar palabra y se deja atrapar con una especie de murmullo

agitado y ciego que se levanta hacia las sombras de la sala. Oyes un click y crees percibir el ojo rojo de una cámara que se pone a funcionar (pero no estás seguro) cuando ella pasa sus manos y recupera la iniciativa. No te molesta, ¿no?, susurra, y no alcanzas a diferenciar una cosa de otra, si la intromisión del registro en la oscuridad o la carne viva de Muñeca Rusa, porque ambas se confunden en la misma brasa. Y ahora qué vas a decir. Sí, una pantera llamó en medio de la noche para que la visitara en su lecho junto al río, señor juez. Humano yo, me dejé tocar.

Desde la ventana del pasillo ves la demolición que ha iniciado su tarea en la techumbre de la casa de Milton. Hay tejas sueltas, otras corridas de su sitio y un gran forado en el costado que da hacia el norte. El puesto de observación de tu vecino ha dejado su lugar a una intemperie desnuda, con medio muro desplomado. No hay nada que espiar salvo el desolado espacio donde te paras a levantar mentalmente el acta de salida. Recorres el interior, pieza por pieza. No encuentras a Tito colgado de ninguna viga ni al perro Negro muerto en la tina del baño (dos posibilidades que te aterraban al ingresar por el portón). Las llaves están donde debían. Todos han cumplido con su parte del trato. Es un día de fiesta. En el patio hay botellas tiradas y el agua de la piscina tiene un tono verdoso sobre el que flotan algunas basuras. Un hedor de agua estancada se eleva entre un manto de hojas secas. Te entretienes limpiando la superficie con ayuda de una varilla y luego caminas hacia la sombra del garage donde encuentras una caja de vino blanco abandonada. La herrumbre ha ido dejando sus marcas en los muros y sobre el tanque de parafina que sobrevive en un rincón ocioso. Un aire gélido sopla en el garage, como si visitaras una cripta, y sales de vuelta a la luz del sol. Cada paso que das te reafirma en la decisión de haber hecho lo correcto. Vas y vienes pisando el terreno que no volverás a ver ni habitar una vez que ingresen las retroexcavadoras y los *bulldozers* abriendo el hoyo para plantar lo que sea que Altamirano y Asociados haya planificado para el lugar. Entras a la casa y apoyas las manos en las paredes que serán demolidas, y zapateas sobre el piso de madera que será levantado y convertido en tablas sueltas. Son gestos funerarios que deberías evitar por inútiles y pueriles. Ninguno te lleva adonde quieres ir. Tomas asiento al pie de las escaleras y revisas los altísimos cobros de servicio acumulados durante meses, y que Ingrid y Tito han dejado impagos como testimonio de amistad. Todavía tendrás que cancelar esos favores por tu derecho a entregar la casa. Guardas los papeles y esperas. Poco a poco, te invade el malhumor. No es la quemadura del sexo súbito que

cayó sobre ti la otra noche. Tampoco el malestar del día después. En verdad no tienes ni idea de dónde viene ni lo que significa, pero te incorporas, resoplas inquieto y caminas hacia la doble puerta interior que da hacia la sala. Intentas abrirla pero la madera parece estar hinchada y la manilla se traba. Empujas. Te dan ganas de patearla con furia, sacarla de cuajo. De hecho la golpeas con el pie.De pronto estás pateando la doble hoja de la puerta con todas tus fuerzas para derribarla. Una de las hojas cede y se abre. Pero no te parece suficiente. Nada te parece suficiente. Te entusiasmas. Vas en busca del palo que has visto tirado en el suelo, junto a la entrada de la cocina, y vuelves con él acezante, empuñándolo como un garrote que dejas caer sobre la puerta sin detenerte a pensar que ya está abierta, porque golpeas encima una y otra vez hasta destrozarla. Golpeas y golpeas. Pero quieres más, mucho más, y recorres el interior de la casa con el garrote en la mano, tirando abajo cantos y ventanas, hecho un loco. Hay un placer enorme en tirar abajo la casa, una voluptuosidad demoníaca que te inunda y arrebata mientras bateas sobre los marcos hasta doblarlos con un crujido frenético. Gritando casi, maldiciendo en medio del estruendo que se libera cuando los vidrios estallan. Eres feliz en medio de la furia. Qué te importa que llamen a la policía o a los bomberos. No te importa nada ni nadie. Sigues adelante. Esta todavía sigue siendo tu casa.

Qué rara es la vida que llevas, dice Emilio, tras oír que vas y vienes, que te irás pronto y regresarás de nuevo. Está sentado con su portafolio de proyectos en el regazo y las manos apoyadas devotamente sobre la cubierta de color amarillo. Desvías la mirada del croquis que te ha extendido y sonríes. Viniendo de Emilio, el comentario puede ser un reproche o un elogio, pero prefieres no indagar. Te habías olvidado de él, hasta el día que llamó para recordarte el encargo del dibujo que tenía entre manos. Insistía en entregártelo personalmente, con ese afán de presencialidad de quien busca realzar cada uno de sus emprendimientos. Han quedado de encontrarse en un café de la calle Jorge Washington y, mientras Emilio habla, notas que su confianza sigue desplegada como una vela al viento. Continúa trabajando en doble jornada con la inmobiliaria y la banda de músicos, pero te sorprendes pensando en otra cosa cuando habla de una gira de conciertos a lo largo del país y se explaya con noticias de Eva. El enigma de lo nuevo ha perdido todo magnetismo con el uso que has hecho de él, y otra serie ya inició su curso en la vida interior de todos los días. No te parece mal que así ocurra. Te precipitas en una dirección tan poco habitual que a duras penas identificas tus manías de doliente, como si la furia desatada contra tu propia casa te hubiese liberado del infumable luto que cargabas hasta hace unas horas. Levantas la hoja de block que Emilio te ha extendido y la observas un instante, suspendiéndola de modo que ambos puedan valorarla. Más raro es tu dibujo, dices después de analizarlo. Ni siquiera veo dónde está la casa. Emilio extiende el brazo y con un dedo comienza a repasar las líneas, mientras avanza una explicación que más parece una guía de signos al pie de un mapa para orientarse. Una sola casa no tiene ninguna importancia, explica. Es lo primero que uno aprende trabajando para las inmobiliarias. Es el espacio el que cuenta; qué tipo de espacio hay para construir, cuál es la calidad del suelo, las regulaciones de altura, el entorno del barrio, su punto dominante. ¿Sabes cuál es el punto dominante del lugar donde estaba

tu casa?, pregunta Emilio, que ya ha dejado muy atrás la imagen que te hacías de un mariposo superfluo y ahora demuestra un conocimiento experto del terreno. Mueves la cabeza en una negativa sincera: no tienes ni idea cuál pueda ser el punto dominante. Piensa en la calle sin salida, dice Emilio, con elocuente firmeza, abriendo ambas palmas por delante: allí es donde uno puede situar y hacer menos abstracto el concepto que la define.¿Y entonces?, Preguntas sin adivinar, y él hace chocar las manos en el aire: *no-way-out*, exclama, conclusivo. El muro es el punto dominante, y eso es lo que tienes ahí.

Echas el cuerpo hacia atrás, buscando perspectiva ante el dibujo. Emilio te tiene en sus garras, si se tratara de eso. Pero por supuesto que no se trata de eso, sino de inclinarse ante su evidente talento (aparte de que echar el cuerpo hacia atrás y luego inclinarse adelante puede considerarse una secuencia de movimientos no exentos de malicia, tu gestualidad está fuera de época: hoy por hoy el escándalo es que te sigan gustando tanto las mujeres, no que te fijes en un hombre que desea ser deseado como si fuese una mujer). Parece una sala de teatro, dices, elogioso. Es lo que es, dice Emilio. Me contaste que te dedicabas a eso, ¿no? Apruebas con la cabeza. Admites que el resultado luce más real incluso de lo que se obtendría a través de un trazo calculado, de líneas frías y precisas.Un efecto de engaño domina el conjunto. Sobre el muro, cuyas líneas ocupan buena parte de la hoja en horizontal, Emilio ha dibujado un escenario que incluye el semblante de las casas distribuidas a ambos costados, reflejando en *trompe l'oeil* no sólo la calle y la plaza con su aire quieto de provincia sino también la perspectiva del muro al fondo, con sus siluetas de tedio redimido en los juegos de la infancia. Por eso te cuesta apartar los ojos del dibujo. De un modo que no esperabas, Emilio ha tomado el atajo de la imaginación para llegar al punto dominante de tu calle sin salida, porque en ella el muro fue siempre un lugar de penitencia. Allí era donde los niños transaban el pago de sus prendas cuando eran derrotados, mientras los demás corrían a esconderse en los patios y el perdedor se quedaba contando hasta diez, hasta veinte, hasta cincuenta, con la testa pegada al muro y la frente apoyada sobre los brazos para cumplir con su castigo (y lo recuerdas como un instante

denso y solitario, porque no veías a nadie y todos arrancaban de ti, estabas solo con la cuenta a viva voz como un ruego perdido entre los jardines que servían de escondite a los demás). Levantas la cabeza y asientes: Te debe haber costado trabajo, dices. Es un regalo, dice Emilio. Me lo quedo, entonces. Claro que sí, confirma él. Y antes de que dobles la hoja de block, Emilio te extiende un cartón duro y rugoso para protegerlo. Este niño me está cuidando como una madre, piensas, casi horrorizado. Para qué querías el dibujo, pregunta Emilio. Me dijiste que tenías la idea de hacer algo especial, una acción de arte o una performance. Sí, pero ya está hecha, aclaras, sin agregar detalles. Esto lo dejo para mí, e indicas el dibujo que has guardado en el cartón. Como recuerdo, dices. Emilio se sonroja y los ojos le brillan más de lo necesario. No lo habías visto trastabillar hasta este momento, y de golpe ahora depende de ti. Y él lo sabe. Es la desgracia de la homosexualidad, si acaso así es como se vive la plegaria del mismo sexo. Si no te aburriera la perspectiva, podrías invitarlo a la casa recuperada e iniciar allí tu novela recién concebida, entre los primeros escombros que inauguraste y los vidrios rotos y las puertas abiertas que derribaste, echando abajo la culpa que arruina a los hombres. Una cosa sórdida y terrible según la norma local, y que sin embargo navegara con firmeza hacia el objetivo de establecerse y buscar seguridad a plazos fijos, con un refrigerador de dos puertas y una lavadora automática que acompañe a Emilio en su frágil optimismo. Pero está tan lejos de ti esa nueva normalidad (que imaginas hermana de la antigua esclavitud) que desvías la conversación hacia temas generales, disolviendo rápido el tropiezo. Hablan de los días que quedan y luego se despiden en la puerta del café, donde vuelves a agradecerle el obsequio. Emilio dice fue un gusto, o algo por el estilo. Saludos a Eva, dices tú, con una virilidad que también te suena muy pero muy pasada de moda.

Una tarde te pierdes en el Parque Forestal. Es domingo y has ido con la familia de paseo a una feria detrás del museo donde venden regalos y muñecos en puestos adornados con luces de colores que cuelgan de un kiosco a otro. Es vísperas de navidad. La explanada está llena de gente y comienza a oscurecer cuando te distraes con los remolinos de papel que se agitan en el rincón de un puesto de artesanías. Las figuras remedan estrellas y soles para atraer la atención. Acercas la cara y soplas con fuerza sobre las hélices de celofán para intentar agitarlas todas a un mismo tiempo. Las puntas se revuelven sobre sus varillas y un leve mareo se apodera de ti mientras fijas la vista. Retrocedes y al levantar los ojos ya no ves a los padres ni a los hermanos a tu lado. Es como si un trompo los hubiese barrido al soplar las figuras de papel. Asustado, te apartas unos pasos mirando alrededor. Alguien pasa a tu lado llevando unos paquetes y cuando vuelves a mirar ya no logras ubicar el puesto donde has estado unos segundos antes. O todos parecen iguales, serpenteando en la forma de un interminable corredor bajo las ampolletas crudas que cuelgan de los puestos de la feria. Un paso más en dirección contraria y estarás perdido. Sientes que una corriente te empuja hacia el centro del gentío que se apiña entre dos filas que avanzan con lentitud, siguiendo el tránsito pesado hacia un lado y otro de la explanada. Te quedas quieto, esperando ser empujado de vuelta hacia la orilla. Miras tus zapatos, el polvo que se levanta y cubre las puntas bajo esos cientos de pisadas que cruzan la feria de un extremo a otro. En un momento te llevas los puños a la cara y restregas tus ojos con fuerza, ahogado. Alguien te toma de los hombros. Un rostro surge, inclinado sobre ti. Qué haces, quién eres, cómo te llamas. Por qué lloras. Niegas con la cabeza. No tengas miedo, dime cómo te llamas, insiste el hombre. Raúl, mientes, porque sabes que es peligroso decirle la verdad a los adultos. Muy bien, Raúl. Acompáñame, dice el hombre. Vamos a llamar a tus papás.

Un rato después estás sentado sobre uno de los tablones de atención al público en un puesto de máscaras infantiles. El hombre te ha dejado

jugar con los cartones de colores mientras anuncia tu nombre de niño perdido a través de los altoparlantes colgados en los postes de la feria. Pero tú no estás perdido, o al menos no bajo el nombre de Raúl, y te distraes examinando las máscaras con auténtica curiosidad, ya pasado el susto de ahogarse bajo el polvo de los zapatos. Las máscaras están hechas de un papel brillante y flexible, con dibujos de pequeños diablos enrojecidos y pálidos fantasmas de cresta subida. Pides permiso para probar una que representa a un brujo con turbante en la frente y adornado con una estrella al centro. Imaginas que llegas una tarde donde la Piba con la máscara calzada en el rostro para ocultar tu identidad de niño, y con la promesa de sacarle la suerte logras introducirte en la terraza y quedar a solas con ella, la pequeña mano de la Piba entre las tuyas un poco sucias, mientras lees su destino con la mirada fija en la minúscula y parda redondela de piel que sobresale a un costado de su muslo derecho. Tú también llevas esa marca, pero la vacuna se ve mucho mejor en la pierna de la Piba, y decides quedarte con la máscara de brujo cuando los padres lleguen a buscarte.

Pero, ¿y si no lo hacen? ¿Si te dejan allí y la feria cierra en unas horas más y se apagan las luces y nadie te recoge del puesto donde esperas? ¿Qué será entonces de ti? Miras al dueño del puesto, un hombre gordo y lento que sin embargo sonríe de un modo que te parece bondadoso cada vez que alguien se acerca a consultar los precios. Tendrás que aprender el oficio y probablemente convertirte en su ayudante, al menos hasta que los padres den con tu paradero o encuentres el camino de vuelta a la casa. Por suerte tienes las señas del barrio en tu reducida noción del espacio. Una calle corta con una plazoleta en la esquina, y el pasaje que hace de pista de carrera para las bicis que se chantan al pie del muro o caen de lado antes de estrellarse. El muro frente al cual el hombre que huía ese mediodía se detuvo como pillado en una trampa, sacó un revólver y alzó la mirada hacia la ventana del segundo piso justo cuando apareció tu madre para sacarte de allí mientras llegaban los autos con balizas azules en el techo. Con el globo se habría salvado. Es lo que piensas luego, cuando te reúnes con tu amigo Raúl en un rincón del garage. Él es tu

compañero de aventuras y está de acuerdo. Dice sí, seguramente, mientras arrastra un pequeño balón de gas de cinco kilos que ha traído con mucho esfuerzo desde su casa. Acomoda su tesoro junto al tanque de parafina donde los hermanos vienen a fumar, y juntos con Raúl echan una mirada vigilante sobre las mangueras, los neumáticos y los sacos de tierra que han traído para construir el globo. El modelo ha salido de un libro de Raúl donde dos hombres se elevan dentro de un canasto con una bola de aire sobre sus cabezas, desplegando la vista desde la hazaña que ambos se han prometido remedar algún día. Los preparativos del viaje ocupan tus conversaciones con Raúl. Has cortado unas llantas de forma irregular para que hagan de parachoques en los bordes, y Raúl se ha esmerado liando cuerdas entre el canasto y la enorme bolsa de aire que han rescatado de un nailon en desuso tirado en el basural, del otro lado del muro. Han trabajado duro durante meses, en las tardes y algunas noches, arrastrando los materiales al rincón del garage y espantando las preguntas de los hermanos que vienen a fumar (los cigarrillos son marca Hilton y vienen forrados en un papel dorado que coleccionas con fruición una vez que los tiran del paquete).Faltaba poco para la primera prueba cuando el hombre entró a la calle sin salida perseguido por los policías. Con el globo se habría salvado, piensas, y entonces todo habría sido distinto. Habría saltado dentro del canasto y cortado las cuerdas y echado fuego a la llave del gas para inflar la bolsa hasta elevarse como un pájaro vertical sobre las casas del barrio. ¿Era eso lo que esperaba? ¿Sabría de su existencia a través de la madre y fue por eso que dirigió su fuga hacia la calle y disparó antes incluso de ver aparecer a los policías en la esquina? ¿Quién era él, al final, y por qué tanto revuelo entre los padres hasta el día que abandonaron la casa? Tantas preguntas suspendidas con la escena en tu retina, interminable y recurrente. Desearías darle una conclusión a como dé lugar, como si descubrieras un vínculo misterioso entre el desenlace real de la captura y otro final posible que sólo depende de tu esfuerzo imaginativo. Es lo que angustia tu supersticiosa espera en el kiosco de artesanías. Si los padres no vienen por ti, la nave quedará inconclusa y esa fuga vertical que has planeado para combatir el

miedo que te asalta en las noches quedará para siempre arrumbada en el garage. No se trata de perderse por error, como ahora, sino de elevar algún día tu fantasía por sobre las circunstancias. Es la idea del escape lo que da vueltas en tu cabeza, no el secreto de la identidad que se ha metido en el callejón. Y entre tanto te distraes y entretienes con las máscaras de carnaval para no quedarte solo. Descubres de pronto cuánto te gustan porque el tiempo pasa a tu lado sin que te des cuenta ni te importe. Si no puedes escapar, te gustaría dedicarle la vida a las máscaras. Las luces han comenzado a diluirse en la explanada. Alguna gente pasa y te sonríe al alejarse. Raúl, dice el hombre acercándose con cierto desconsuelo. Pero tú no necesitas oír el resto de la frase. Tú no eres Raúl. Vas a esperar con paciencia de grande que todos se hayan ido para que los padres aparezcan preguntando por tus señas. Ojalá sin nombrarte, porque entonces nunca sabrán que eres tú quien está detrás de la máscara.

Trabajas de noche en la obra que has venido barruntando desde la llegada. Ahora esta es tu casa. Habitas en ella con prescindencia de llaves y cerraduras. Allí despiertas del sueño cuando la ciudad duerme; de sus puertas entras y sales al alba, cuando los buses sacuden las esquinas a primera hora de la mañana. Relees las situaciones que borroneaste durante los días de playa. El aspecto doméstico del asunto no te interesa en absoluto, pero es necesaria una superficie sobre la cual deslizarse para que A sea pillado en falta cada vez que rinde visita a la mujer en el hospicio. El *pathos* de A es la indagación de B, un vínculo profesional que justifica el seguimiento a sol y sombra de su cliente. En cuanto al hospicio, se trata de una casona de tres pisos en forma de buque con amplios jardines, salas de recreación, gimnasio acondicionado con poleas de agarre, y un restaurante tipo casino en la planta baja.

La mujer por la cual A se interesa está internada en el piso del morir. Cuatro o cinco veces a la semana, o en rigor en cada oportunidad que tiene de zafar de sus compromisos, A llega hasta el hospicio y sube al piso donde yace internada. En ocasiones la encuentra dormida, otras veces está consciente pero fuera de órbita, como si hubiese comenzado a vivir en otra parte bajo los efectos de la morfina. A se sienta a su lado y habla. Es todo lo que hace. Habla y cuenta una historia que es siempre la misma pero que modifica, retoca y alimenta según si la mujer duerme, lo escucha aun cuando mantenga los ojos cerrados, o lo mira un instante con una fijeza loca antes de dejar caer de nuevo la cabeza sobre las almohadas. A traza un relato discontinuo, de momentos que se topan y colores que salpican sobre el fondo de una tela. La historia cambia a fuerza de repetirla, tal como sucede con los mitos y las leyendas según quien escuche, aunque el sentido sea inalterable porque ya vive fuera del tiempo. A se oye hablar y a veces cree estar recorriendo la parábola del hijo pródigo en versión ultramoderna: cuenta un viaje, un orgullo, un regreso, y luego la contracara de su caída, el motivo de permanencia que evoca el

nombre del cadáver que cuida y acompaña con palabras que parecen purgadas y fuera de este mundo, sin estructura estable, pronunciadas en una lengua que A apenas domina mientras avanza a tientas y le habla a la mujer. El caso es que A cuida de ella, vigila y atiende su agonía con fidelidad inalterable. Esta determinación de A no es arbitraria ni antojadiza. Ella y él lo han discutido antes, muchos años antes de llegar a este umbral. En su monólogo junto a la cama, A evoca un momento en particular al que vuelve con el recuerdo porque resulta significativo de sus relaciones con la mujer, un momento que ahora se ha mezclado con su relato y forma parte de la historia que él cuenta sentado sobre la silla, algo inclinado sobre el cuerpo que yace tendido en la cama. ¿Recuerdas?, dice A con una voz que ha perdido tono y énfasis, pero conserva una consistencia de cosa vivida. Ella no responde, por supuesto, pero es lo que él espera para poder continuar. Mira su rostro pálido y vulnerado, se rehace de una melancolía súbita, y sigue adelante. Tú estabas por entrar a un examen de órganos y yo me iba por un tiempo de Chile, dice. No sabía cuán largo sería el viaje pero sí que demoraría en volver. Almorzamos liviano en el restaurante de la planta baja de este mismo hospicio, y horas después nos abrazamos junto a los escalones para despedirnos. Me dijiste que morirías de eso que habían descubierto en tu cuerpo y ahora llevabas contigo desde hace unos meses. Yo encajé mal tu sinceridad y respondí que también yo moriría de eso que llevaba en el cuerpo al irme tan lejos. No nombré tu enfermedad ni mi desierto. Dije que todos moriríamos de aquello que ocupaba nuestros días: las ansias, los sueños, los instantes, los encuentros improbables. Te quedaste muda, sin ganas de contradecirme, perdonando mi literatura con agua en los ojos y las manos tibias cogidas entre las mías, a pesar de que yo insistía en presentar las cosas de un modo que fuera posible encubrirlas. Luego giraste y subiste por los escalones, elástica y todavía firme. Tres veces nos escribimos en esos años. Una vez tú para contarme las novedades de tu cuerpo (que parecía un campo de pruebas y un santuario al mismo tiempo, entre ritos vigilantes y cuidados extremos). Una segunda vez yo para exaltar las batallas de tu química. Y finalmente de nuevo yo para anunciar que estaría a tu lado

cuando lo necesitaras. Pero eso era darse importancia, elevarse a uno mismo hasta donde el coraje te llevaba, pasando por alto que tú no necesitabas a nadie, sino al revés. Es la vida quien te busca cuando te encuentro aquí tendida. Lo sé ahora que vengo cada tarde a contarte esta historia para que no te vayas. Y si te vas a ir de todos modos, vuelvo para que no me olvides. Es tonto que lo diga yo, pero tú sabes a lo que me refiero. No me olvides, repite A, cansado del silencio que cuelga del cuarto y como ansioso de una noticia, porque ella le ha dicho antes que lo verdaderamente triste de irse es llevarse una parte del otro, dejar al otro que ha vivido en el que se va. A veces ella sonríe con los caninos a la vista (o es lo que cree ver A: esos hermosos caninos que afilan aún más su recuerdo hacia los días de adolescencia en que ella le daba cobijo para evitar que durmiera en el suelo del departamento de Buenos Aires, cual fugitivo que era y seguiría siendo) y tuerce la cara hacia el lado izquierdo, donde invariablemente A toma posición en la silla para seguir de cerca sus reacciones (al otro lado de la cama nunca hay nadie, siempre los dos solos en el cuarto que extrañamente parece estar siempre lleno de gente alrededor). Ella tiene la tez blanca y muy delgada, con la carne chupada y los huesos de los maxilares formando puntas agudas sobre los pómulos. Su piel tiene un aspecto enfermizo, a punto de quebrarse o diluirse. En contraste, A repite convencido algunos gestos de continuidad hasta convertirlos en rutina: recoge sus manos, despeja unas mechas de pelo adheridas a su frente, moja sus labios con algodón humedecido, despeja las mangueras de suero para que no estorben sobre los brazos. Ocasionalmente, una sonrisa burlona surge en la expresión de la mujer. Ella tuerce el cuello y A ve allí una ocasión para acomodarse en la silla y retomar la historia desde el principio, como si le hablara al oído por primera vez y tuviera que seguir así para mantenerla de su lado mientras no le falten las palabras. Te voy a contar una historia, dice A, y acerca de nuevo los labios a su cara para saber si ella escucha, aunque sabe que no lo hace o percibe sólo un eco retardado. Es una historia de amor que todavía no entiendo, dice A, por eso vuelvo a contártela, y cada palabra calma la voracidad de la tiniebla, como sucede con los niños cuando piden la misma historia y ninguna

otra cada noche para llenar los huecos del miedo y de la nada. Pero A sabe que las historias de amor ocurren sólo en la memoria (para A se diría que es la única razón de la memoria: extraer una belleza actual allí donde hubo confusión y apetitos encontrados en su día), historias auténticas e inverificables, y por eso se lanza a contar sin hacer caso de las lagunas o faltas de sentido en su parlamento. Tampoco le importa que ella no escuche o capture sólo unas pocas frases. Le basta con sentarse a su lado y referir lo que ha estado haciendo, el ocio y los afanes de las horas, balbuceando en los intervalos la oscuridad que lo trabaja.

En ocasiones desearía intentar variantes, pero A no conoce otra forma de cuidarla. Acompaña a la mujer en las tardes y luego se retira sin apuro a la hora del cierre. Saluda a la recepcionista y pasa en dirección a la salida con un teléfono en la mano. Al verlo, B se pone de pie de inmediato y firma el libro de visitas. Una simple inicial para que A sepa que ha estado allí y no lo olvide. A se aleja del hospicio y B lo sigue.

Hasta aquí la parte no revelada de A, su memoria del duelo. Luego es B quien habla. O más bien observa, anota, refiere lo improbable de todo delito o confesión biográfica (para él, las únicas autobiografías que valen la pena son las que cuentan la historia de otro distinto). Su impasibilidad es proporcional a la misión encomendada. Ha venido al mundo a mirar, no a tratar de existir, y realiza su trabajo con una meticulosidad y discreción enervantes para el propio A. Sólo en una oportunidad recuerda haber perdido la compostura. Era de noche y miraba por la ventana con las luces apagadas como solía hacer cada vez que se instalaba en su puesto de vigilancia ubicado en el edificio contiguo al que A ocupaba en Ñuñoa. Por lo general lo veía dar vueltas en el cuarto hasta que, cansado, su cliente se echaba en la cama para calmar un insomnio perpetuo. Entonces B se distraía con la mujer que vivía en el piso superior, inmediatamente arriba del balcón de A. No era joven ni particularmente atractiva, pero sí inquietante (incluso para él, que estaba hecho de fierro para esos menesteres). O es que siempre resulta inquietante tender la mirada de una ventana a otra entre dos edificios unidos por un patio interior y observar de

cerca, como protegido por una campana de cristal (una campana negra, en cualquier caso), la rutina de una mujer sola, o aun acompañada, pero que de pronto se desprende del vínculo espacial que la une a su entorno y sale al balcón, aislada, extravagantemente suspendida en un gesto que parece dirigido a quien la mira sin descubrirse. Como una flor en un basural, piensa B, lírico, sorprendido de verse capturado por un deseo mimético (el deseo del deseo del otro, según lo que ha entendido B de los libros que lee A, y que él ha buscado con cierta resignación en la biblioteca municipal), y sobre el cual vuelve a reflexionar cada noche cuando la mujer sale unos minutos fuera, riega unos maceteros antes de irse a dormir o se pasea por el balcón con un cigarrillo entre los dedos, se detiene un segundo a mirar las ventanas del edificio que tiene al frente y él la dibuja, aérea y maciza al mismo tiempo desde la implacable oscuridad que lo protege. Luego ella vuelve a meterse dentro y se concentra en algo que B no sabría reportar con certeza debido al cambio en el ángulo de observación. Se trata de una situación normal, en él y los demás, hasta la medianoche en que nota movimientos inusuales en el departamento del frente. Ve que A enciende la luz de la sala como alertado de una catástrofe y luego sale fuera con el pijama puesto y unos pantalones enfundados encima. Durante largos y complicados minutos, B vacila: en rigor debiera seguirlo, es lo que dice su contrato. Pero las luces han quedado encendidas y el asunto tiene todo el aspecto de una ausencia transitoria. Entonces, cuando ya parece evidente que ha ido en busca de algo más serio que un paquete de cigarrillos, lo ve aparecer en la terraza del piso superior. Qué tipo más caprichoso. Ignora cómo hizo para ingresar al departamento de arriba, pero sabe muy bien cómo es que sale, porque de pronto estaba colgando del balcón de la mujer y con las plantas de los pies desnudos buscando apoyo sobre la baranda inferior. En ese minuto pensó que buscaba llamar la atención. Lo veía de espaldas, con la cara presumiblemente aplastada contra el exterior del edificio colindante y el cuerpo sujeto de los brazos que se estiraban de una forma horrible, a punto de perder agarre. Adónde quería ir, o volar, B no tenía idea, pero estampillado como estaba no podía llegar lejos. Es lo que piensa B, quien está a segundos de

intervenir, ir en su ayuda para insultarlo enseguida por su exagerada compulsión al espectáculo. Pero se contiene: enciende la luz, alarmado, y al frente la mujer retrocede dos pasos, pinchada por la sorpresa de descubrir a B apostado en el edificio contiguo, en línea recta al ventanal donde ahora ella apoya las espaldas en actitud precavida. Fija los ojos en B (siente que ha sido descubierta, pero es todo lo contrario porque es B quien se ha puesto en evidencia al encender la luz), mientras B abandona su obligado anonimato y revela todo su interés por la situación de A, quien por su parte se expone a un ridículo mayor en su afán de pasar de un balcón a otro para recuperar su departamento. Ya sabía él cuando lo contrató que era un excéntrico, pero esto ya le parece demasiado. Se cree la muerte, piensa B, burlón, irritado por la extravagancia de A y secretamente alterado por la precaria exhibición atlética de su cliente. Quisiera restarle importancia, pero sabe que un movimiento en falso basta para que A se precipite como un muñeco y B pierda el trabajo. El detalle resulta revelador, y de pronto B comprende todo con un chispazo: A *es* la muerte, sin más. La lleva encima o se le pega, porque de pronto el cuerpo pierde apoyo y hace un giro apenas perceptible en el aire, flexiona las piernas buscando acomodarse al vacío y resbala con violencia hacia el remolino que brota, voraz y vertiginoso, tirando de sus talones hacia el hueco de los estacionamientos. Se cae. El cuerpo de A aletea desesperado en el acto de despeñarse y B estampa la cara contra el vidrio para mirar, queriendo atraparlo con los ojos mientras la mujer aprieta las palmas de las manos abiertas sobre el ventanal (y es como si buscara sujetarse de un objeto sólido y seguro antes que verse arrastrada al fondo). No hay estilo ni fineza en la última reacción de A, pero un impulso nacido menos de la determinación que del azar lo saca del vórtice: agita el esqueleto y los hombros se doblan ligeramente hacia fuera queriendo salir del aprieto, mientras el peso del vientre equilibra el desbalance y proyecta las piernas hacia el interior. Todo sucede rapidísimo. Golpea la baranda y en un giro de último recurso voltea la espina de la columna antes de resbalar y caer con el cuerpo entubado hacia el piso. Salvo para él mismo, A se suicida o se esfuma de golpe. Como sea, ya no es visible para los

demás. Ni en el balcón de la mujer ni en el suyo propio, y tampoco abajo, aplastado contra el piso. No hay siquiera un charco que indique la tragedia ni rumor alguno que la seque. A está tirado sobre las baldosas y acurrucado, exhausto y solo, invisible gracias a la posición en que ha quedado junto al pequeño muro de su terraza, y sin fuerzas de momento para incorporarse. Dice estoy bien cuando ella pregunta algo angustiada desde el piso de arriba, pero miente con descaro: le zumban los oídos, siente los brazos desgarrados y las piernas le tiemblan enloquecidas. Decide quedarse tendido un rato, con la vista en el cielo abierto y sin techo. Qué pretendes, se dice, volviendo de a poco. Qué se supone que quieres hacer. Matarse por entrar tiene aún menos sentido que quedarse fuera. Saltar de un balcón a otro, de una edad a otra, de un espacio a otro, de una sombra al sitio de luz que ya se fue y se llevó todos los momentos anteriores en el instante mismo de brincar, sólo puede traer nuevas catástrofes. Mantiene la cabeza apoyada en la baldosa, sin atender a los ruidos del exterior, Y cierra los ojos como si todo hubiera acabado para él realmente.

Desde su puesto de vigilancia, B no alcanza a ver el cuerpo extendido junto al balcón; su ángulo es cerrado y el terror lo invade. Comprende que si A ha desaparecido, también él tendrá que seguirlo y desaparecer a su vez. Ha fallado y su presencia ya no se justifica (o al menos no en su condición de solemne observador). Sólo le queda entrar en escena. Mira a la mujer que le devuelve una negativa y B la interpreta como una súplica. No hay mucho más que agregar. Sostienen la mirada uno en el otro durante un lapso que es brevísimo pero se dilata hasta abarcar el tiempo que se toma el deseo en incubar un fruto. Ella da media vuelta, ingresa al departamento, cierra el ventanal y se pierde dentro de la sala. B abandona su puesto, baja y cruza rápido el patio interior que separa los dos edificios, sube hasta el piso de A, empuja la puerta del departamento, avanza un paso, husmea, retrocede, apaga las luces, deja la puerta entornada, sale al pasillo, sube las escaleras en busca de la mujer.

Le muestras el borrador a C. Lo lee de una sentada y se reúnen en un bar la tarde siguiente. Allí te suelta su conclusión: lo que ocurrió antes en realidad ocurre después, ¿no es cierto? De eso se trata, dices.

O es lo que está por ocurrir ahora. Por supuesto, confirma él. ¿Qué pensaría el agrimensor de *El castillo* si encontrara la novela de Kafka en uno de los anaqueles de la posada donde pasa la noche? Se miran los dos, colgados del mismo asombro. Me duele el pecho, doctor, dice C. Con malicia. Quiere decir que todavía hay esperanza.

Has pagado todas las cuentas de la casa y ahora esperas que llegue un funcionario de la inmobiliaria a recoger los recibos y llevarse las llaves. Las de electricidad son las más abultadas, de lejos. Calculas cuánto has gastado en sostener el divorcio de Ingrid y Tito, considerando los meses de arriendo, las boletas impagas y los perjuicios morales. Estos últimos resultan intasables, si acaso el pasado tiene un valor equivalente al precio efectivo pagado por Altamirano y sus socios. En contraste, el dinero es una sangría entre tus manos, pero haces el gran total disculpando los debes y con la conciencia tranquila. Guardas las cifras para cotejarlas con Gloria cuando llegue el momento, y recorres los interiores procurando poner un poco de orden en los destrozos tirados en el piso luego de tu brote nihilista.

Revisas por última vez el garage, desconectas el filtro de la piscina, aseguras una puerta trasera que da al patio. Recoges las basuras tiradas entre las ramas de una bugambilia de hojas amarillas y enderezas una escoba. Certificas que los grifos del lavaplatos no goteen. Todo está en orden. Si alguien te observara diría que estás a punto de poner una canción de Edith Piaf para saltar luego por la ventana. En vez de optar por una lógica trágica, subes al segundo piso y te paras en el pasillo, donde lanzas una mirada inexpresiva hacia la demolición en la casa de Milton, ya bajo el trinche resuelto de las palas mecánicas y una grúa instalada en pleno corazón del sitio, con un garfio sediento que se proyecta inclinado hacia la techumbre. ¿Cómo será no ser visto por nadie, y sin embargo estar a la vista y sin ocultarse, como ahora que permaneces quieto y silencioso a lo largo de las escaleras? No vas a especular más. Un tiempo perfecto se ha conjugado y cumplido alrededor. Has echado abajo las puertas, husmeado en las piezas con aire de sabueso y girado de revés cada uno de sus rincones, pero la infancia que buscas no está más, por mucho que lustres sus imágenes vicarias. Constatarlo es tu despedida. Te vuelves de espaldas hacia los cuartos. Llegas hasta la ventana que

da hacia la calle, desde donde puedes extender la mirada sobre el muro y el sitio eriazo que lo trasciende. En cinco años será un centro de relajación o un conjunto comercial con salas de cine y restaurante japonés. No hay ninguna epifanía que desees llevarte o resulte apropiada para la ocasión. Esto es, y no es grave. Si acaso realizaste tu misión con un celo excesivo, rodeado de anillos y gases que hicieron más saturnina la tarea. Apoyas los brazos en la saliente de la ventana con la actitud de un extranjero asomado al barco que lo aleja de su isla favorita. Ahora el hombre tendrá que volver al trabajo. No hay misterio en ello, todo el mundo lo hace. Incluso puedes distinguir desde tu posición al funcionario de la inmobiliaria que viene a media cuadra, oteando bajo el sol la numeración de las casas para cerciorarse de que avanza por la vereda correcta. Viste un traje azul oscuro, corbata de color y camisa blanca. Lleva un maletín apretado bajo el brazo. Se detiene frente a la casa de Milton, consulta una libreta que extrae del bolsillo de la chaqueta y camina vacilante unos pasos hasta detenerse junto al portón. Observas —espías más bien— sus movimientos de notario. Pulsa el timbre sin saber que no funciona, y espera. Luego remece con inquietud pero cierta reserva el portón y la cadena. Levanta la vista y tú el brazo para indicarle que lo has visto. Haces un gesto con la mano para darle a entender que irás enseguida. El hombre alza un pulgar hacia el cielo en señal de acuerdo. Tiene toda la paciencia de su lado. En veinte minutos, media hora a lo sumo, será él quien te despida en la puerta y tú quien camine de vuelta bajo el sol, un hombre más entre los millones que se topan y alejan en las esquinas. Habrá un choque de manos previo, ceremonioso, y él agregará unas palabras de consuelo, algo relativo al progreso y la oportunidad. No habrá nada que agregar. Negocio concluido a precio de mercado. Él ya habrá guardado los recibos en el maletín y con las llaves en la mano se habrá sorprendido de los vidrios rotos en el piso y algunas puertas desencajadas de los marcos. Tuvimos algunos inconvenientes con los arrendatarios, dirás en tono de disculpa, hermético y sin abundar en detalles. Pero él estará tranquilo. A la inmobiliaria no le interesa la casa, sino el espacio donde fue construida. Lo mismo que a ti, sin ir más lejos, pero por motivos

distintos. ¿Todo bien?, pregunta él, levantando un poco la voz desde el portón de la calle, y su llamado al desgaire sacude tu breve distracción mientras sigues acodado sobre la ventana. Sí, sí, respondes, voceando. Le haces otro gesto con la mano, ahora convertida en un puño que no sabes dónde poner. Absurdo. Qué tontería. No hay motivo de lucha porque nadie ni nada ha forzado la entrega. Es lo que conviene a todos, y tú eres el primero entre todos. Ni mejor ni peor, ni heroico ni banal. Tus blasones son las series de televisión que animan los esfuerzos de la clase media, los goles de chilena el domingo, y para de contar. Señor. El enviado de la inmobiliaria llama de nuevo desde el portón, algo aturdido y agobiado por el calor. Ya, un segundo, dices. Voy altiro, y esa expresión, altiro, queda zumbando un segundo en tu cerebro, enredada en la lengua como un beso que no logras olvidar. Altiro, repites, pero esta vez sólo para ti, en un murmullo largo que nadie puede oír porque atraviesa el tiempo que tienes para salir. Te apartas de la ventana. Un hombre entra disparando al mediodía en la calle sin salida y el olor de la pólvora cubre tu infancia; otro llega caminando cuarenta años después para echar abajo el hogar que consumió tu adultez. La ecuación te derrumba. No es justo ni injusto, sólo sabes que es así. Entre un incendio y otro, escribes. Entre una muerte y otra, has escrito tu vida. Ese ha sido tu crimen; escribir el nombre que llevas perdido y que tanto has buscado fuera de ti. No eres culpable ni inocente; ahora eres viejo. Lo notas. Atraviesas la pieza que da sobre el pasillo pero se te hace difícil llegar hasta allí. Las piernas te pesan. Cruzas una puerta y entras en otra. La casa se multiplica. De golpe vas de pieza en pieza hasta encontrar un último espejo. Al frente sólo ves tus espaldas. Basta. Ya no sigas. Aléjate altiro. Altiro, ¿qué significa? Piensas en el brillo metálico de una bala de plata guardada en el pecho, inmediata y metálica. Altiro: corre, úsala, dispárate sin dejarte matar. Amar lo que amas es lo único que tienes al final. Te acercas al hueco de las escaleras. Ves la boca de un pequeño remolino que te chupa hacia el fondo. Apoyas una mano. Sales a abrir.

Edición en formato digital: septiembre de 2015

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 9789568228965

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl